

# 25 Días De Navidad

Angela Bennett



# 25 Días De Navidad

Angela Bennett

Título original: 25 Días de Navidad


Fecha de publicación: Diciembre 2022
Diseño de portada: Angela Bennett
Foto de portada: Diseño Propio

*A la persona más fuerte que conozco: mi hermana.*

# Índice

# Noviembre



La suave luz del atardecer se colaba por las ventanas de la fachada principal. Una de ellas estaba abierta, apenas un palmo, y la brisa del mar entraba haciendo ondear las cortinas.

Eric se acercó a ella y apartó la suave tela blanca. Observó la zona verde que se extendía tras la carretera que separaba la vivienda del parque. Vio a gente que paseaba a sus perros, niños jugando y grupos de turistas tomando fotos de ellos mismos con las famosas casas coloridas de fondo. Inspiró profundamente y sus pulmones se llenaron del aire fresco de la bahía. No había muchas cosas que echaría de menos de San Francisco, pero el olor salado del mar sí sería una de ellas. La decisión estaba tomada y no pensaba echarse atrás. Su vida allí había terminado y ahora empezaría de nuevo en el lugar en el que, en realidad, siempre había querido estar.

Cerró la ventana y dejó caer la cortina. Giró sobre sí mismo y dio un último vistazo a la sala que se mostraba ante él. Aquella había sido su casa en los últimos años, pero nunca había sido un hogar. Era el lugar al que regresaba después de un duro día de trabajo, el sitio en el que dormía por las noches y donde trabajaba cuando no le apetecía ir a la oficina. Pero jamás la había sentido como un verdadero hogar y ese había sido una de las razones que lo habían empujado a dejarlo todo. No era el único motivo ni el más importante. El principal tenía nombre de mujer.

Un golpe en la puerta principal lo devolvió a la realidad. Caminó con rapidez hacia el vestíbulo de entrada y al abrir se encontró con una pareja sonriente. Ambos lo miraron con entusiasmo, agarrados de la mano eran la misma imagen de la felicidad. Eric quería eso. Quería tener a alguien a quien coger de la mano y sonreír sin poder evitarlo. La imagen de un rostro de suaves líneas y piel nívea se formó en su mente, apretó los puños y se obligó a esbozar una sonrisa.

—Hola Liz, Rupert —saludó él.

—Hola, Eric. Estamos emocionados de poder mudarnos tan pronto —contestó la mujer.

—No hay problema, ya he arreglado todos mis asuntos por lo que no es necesario que me quede más tiempo en San Francisco —dijo él—. ¿Queréis que confirmemos el estado en que os traspaso la casa? Podemos dar una vuelta por las estancias y…

—No es necesario, Eric. Confiamos plenamente en ti —lo interrumpió Rupert.

—De acuerdo. En ese caso, aquí tenéis los dos juegos de llaves. El servicio de limpieza, como os comenté, está pagado hasta final de este mes. Os recomiendo que hagáis uso de él —explicó él—. Ha sido un placer y… Os deseo lo mejor.

Liz se acercó a él y lo abrazó. Eric se quedó inmóvil sin saber muy bien cómo reaccionar. Las muestras de cariño siempre lo desconcertaban, sobre todo cuando provenían de personas a las que no conocía bien. Palmeó la espalda de la mujer con torpeza y estrechó la mano de Rupert. Con un gesto de cabeza como despedida salió de la casa y caminó con rapidez hacia el coche. Se sentó tras el volante y soltó el aire hasta sentir que no le quedaba nada dentro.

Desvió los ojos hacia el parque y, después, los posó una última vez en la casa. Arrancó y tomó la calle a su derecha siguiendo en dirección norte.

Podría haber tomado una ruta menos escénica y con menos tráfico, pero quería pasar por el Golden Gate como despedida. Sabía que no volvería a esa ciudad en mucho tiempo. Quizá no regresara nunca más, pero la idea no le provocó inquietud. Estaba haciendo lo que deseaba y, por primera vez en su vida, iba a hacer lo que de verdad le dictaba su corazón, en vez de dejarse llevar por lo que se esperaba de él.

Una sonrisa genuina se dibujó en su rostro. La primera desde no sabía cuándo. Pisó el acelerador y cruzó el puente, dejando atrás la que había sido hasta ese momento su vida sin sentir ningún remordimiento.

# 1 de Diciembre



Los lunes eran día de limpieza de escaparate y Cathy se afanaba en ello. Su madre había insistido en que no era necesario que lo hiciera, puesto que habían colocado la decoración navideña el sábado anterior al cerrar la tienda y habían aprovechado para quitar el polvo y cualquier pelusa que pudiera haber. Pero a Cathy no le importaba, sabía lo importante que era que los escaparates de cualquier negocio estuvieran impolutos, aunque ese no era el único motivo.

Cathy amaba la Navidad. Era su época favorita del año y la que más disfrutaba. A pesar de tener veintiocho años, para ella las fiestas navideñas seguían estando llenas de magia e ilusión. Todos los años se esmeraba en decorar la tienda con mimo, dedicaba horas a colocar los adornos y siempre compraba cosas nuevas, dejando los ornamentos que se quedaban antiguos para usarlos en casa. Su padre siempre fruncía el ceño cuando la veía aparecer con una bolsa de su tienda favorita en Seattle, pero se le pasaba pronto cuando veía con qué felicidad su hija se entregaba a la tarea de decorar.

Tarareaba un villancico, mientras con el plumero quitaba motas de polvo imaginarias del pequeño árbol de Navidad que había en el escaparate, cuando sintió que alguien la observaba desde el exterior. Levantó los ojos y se quedó estupefacta al reconocer a Eric en la figura que la miraba fijamente desde la acera.

Soltó un pequeño chillido, dejó caer el plumero y sin pararse a coger el abrigo salió como una exhalación por la puerta de la tienda.

Eric la miraba sorprendido con las manos en los bolsillos y Cathy no pudo evitar abalanzarse hacia él y echarle los brazos al cuello. ¡Cuánto lo había echado de menos!

—¡Cathy! —exclamó él en un susurro.

La chica sintió cómo Eric le pasaba los brazos por la cintura y la abrazaba con fuerza pegándola a su cuerpo. No supo el tiempo que estuvieron así, pero cuando se retiró él posó una mano en su mejilla y con un dedo le limpió la lágrima que resbalaba por su rostro.

—Oh, mira qué boba soy. Me he puesto a llorar.

—No eres boba —la corrigió él.

—¿Cuándo has llegado? No tenía ni idea de que venías al pueblo. ¿Vas a quedarte para Navidad? ¿Tu padre lo sabe? Tengo que avisar a mis padres, les encantará verte.

Cathy sabía que estaba hablando sin parar. Las palabras parecían manar de ella en cascada sin que pudiera detenerlas. La conmoción de ver a Eric la había tomado por sorpresa, decir que se había alegrado de verlo era poco. Estaba emocionada de tenerlo frente a ella y… Se dio cuenta de que seguía teniendo los brazos alrededor del cuello de él. Un poco avergonzada los retiró y los cruzó a la altura del pecho. No confiaba lo suficiente en sí misma como para no volver a abrazarlo en cualquier momento y Cathy conocía a Eric. Su amigo no era muy dado a demostraciones públicas de afecto.

—Será mejor que entremos. Está empezando a nevar y has salido sin abrigo —dijo él y señaló a la puerta de la tienda.

—Sí, claro. Tienes razón. Vamos —dijo ella, lo cogió de la mano y tiró de él hasta que estuvieron dentro del establecimiento.

Eric paseó la mirada por la tienda y Cathy lo dejó a su aire. Lo conocía demasiado bien para saber que él necesitaba comprobar y asimilar lo que había cambiado desde la última vez que había estado allí. Eric necesitaba familiarizarse con su entorno para conseguir sentirse cómodo y habían pasado cinco años desde la última vez que había estado en Shackleton.

Sí, Cathy llevaba la cuenta.

—Habéis añadido aparejos de pesca —comentó él acercándose a la estantería donde estaban colocados los mismos.

—Sí. Hace dos años vino un grupo para pasar un fin de semana, uno de esos viajes organizados por las empresas para que sus empleados establezcan vínculos y hagan amistad los unos con los otros —explicó ella—. Vinieron a hacer escalada en primavera y uno de ellos le comentó a mi padre que si hubieran podido adquirir lo necesario para pescar habrían aprovechado el viaje. Así que mi padre añadió un estand para las cañas de pescar y una estantería con todo el material necesario para hacerlo. La verdad es que se vende bastante, a la gente le gusta pescar en el Lago Tawana y papá está contento.

—Me alegro de que el negocio vaya bien.

—Ya sabes, las actividades al aire libre se han puesto de moda. A los de la ciudad les gusta venir a la montaña y disfrutar de la naturaleza.

—Lo hacen para luego presumir ante sus amigos —dijo Eric—. A la mayoría no les interesa ni les gusta la naturaleza, pero como bien has dicho, está de moda.

—Bueno, da igual el motivo —dijo ella mientras recogía el

plumero del suelo—. Es bueno para el negocio y mis padres están satisfechos con las ventas.

Le hizo un gesto a Eric para que la siguiera hasta el fondo de la tienda donde estaba ubicado el mostrador. Guardó el plumero y se quitó el delantal que llevaba. Miró a su amigo y dibujó una sonrisa pícara al tiempo que señalaba un plato que había en un lateral cubierto por una pequeña tapa de cristal.

—¿Te apetece una?

Eric abrió mucho los ojos.

—¿Son… tus galletas de jengibre?

—Sí.

—¿Las sigues haciendo?

—Por supuesto, a los clientes les encantan y yo disfruto haciéndolas.

El hombre la miró y después al plato. Cathy levantó la tapa y le hizo un gesto. Eric no lo pensó y cogió una, le dio un bocado y el gemido que emitió al masticar el dulce hizo que Cathy se sonrojara. Lo vio cerrar los ojos mientras degustaba la galleta con verdadero placer y no pudo evitar pensar en si ella podría hacerlo gemir de esa manera. Su propio pensamiento la sobresaltó y se regañó a sí misma. Eric era su amigo, su mejor amigo, y nunca la había mirado de ninguna otra forma. Que ella llevara colada por él desde el día en que se habían conocido no cambiaba nada. Para Eric, Cathy siempre sería su amiga y nada más. Pero no pudo evitar fijarse en el atractivo que su amigo exudaba. Su rostro había adquirido una madurez que lo hacía parecer interesante e inaccesible.

Estaba segura de que las mujeres debían caer rendidas a sus pies en San Francisco. Incluso las gafas de pasta que llevaba le daban un aire intelectual irresistible.

—Siguen siendo las mejores galletas que he probado en mi vida —dijo él interrumpiendo así los pensamientos de Cathy.

—No digas tonterías. Estoy segura de que en San Francisco hay pastelerías con los dulces más exquisitos que se puedan encontrar. Es una ciudad tan cosmopolita… Algún día me gustaría visitarla.

—No te pierdes nada, Cathy —replicó él con tono duro y ella se encogió un poco ante sus palabras.

Pero Cathy lo conocía muy bien y sabía que ese tono no iba dirigido a ella, sino a lo que sea que le hubiera ocurrido a Eric en San Francisco.

—¿Pasó algo en San…?

—Quiero que me hagas veinticinco galletas.

—¿Cómo?

—Sí, veinticinco. Una por cada día de diciembre hasta Navidad —explicó él.



Eric no tenía ni idea de dónde había salido aquello, pero una vez que las palabras abandonaron su boca, tuvo la certeza de que era justo lo que quería.

Deseaba poder desayunar todas las mañanas con un pedazo de Cathy y si tenía que ser en forma de galleta, pues que así fuera. Quizá nunca podría tenerla de ninguna otra forma, excepto como amiga, pero poder saborear sus galletas era para él como mantenerla dentro de su ser y que ambos se convirtieran en uno solo.

Dios, sin duda estaba perdiendo la cabeza si todo lo que se le ocurría era pedirle que le hiciera galletas y soñar con ella todas las noches.

—¿Podrías hacerlas para mañana? Sé que estás ocupada y la repostería ocupa mucho tiempo. Te pagaré por ellas —se ofreció él, porque era lo mínimo que podía hacer.

—¿Estás loco? —preguntó ella y Eric pensó que se refería al hecho de cocinar galletas para él—. ¡Jamás te cobraría por mis galletas!

Eric la miró esperanzado. ¿Significaba eso que se las haría?

—Por supuesto que te las haré, aunque…

—Dime.

—¿Vas a quedarte hasta Navidad? —preguntó ella en un susurro que a Eric le sonó esperanzado.

Su corazón se aceleró de repente al pensar que ella lo quisiera allí. ¿Querría Cathy tenerlo cerca? Que viviera en el pueblo como cuando eran adolescentes, poder verse a menudo y hablar casi a diario. Era lo que Eric más ansiaba en la vida y por la forma en que ella lo estaba mirando en ese momento parecía que Cathy también lo quería.

—Sí.

—¿En serio? ¿Y qué pasa con tu trabajo? ¿Puedes tomarte tantas vacaciones? Oh, ya veo, vas a trabajar desde casa… La línea de internet ha mejorado mucho en los últimos años, así que no tendrás problemas con eso. ¿Dónde vas a vivir? ¿Con tu padre?

Eric no pudo evitar soltar una carcajada. Esa era la Cathy que él recordaba. La chica que no había dejado de hablar desde el mismo instante en que se habían conocido. Se pegó a él en cuanto lo vio en el

colegio y ya no lo soltó hasta que Eric se fue a la universidad y ella se quedó en Shackleton. Lo que para él había sido el mayor error de su vida, aunque no era el momento de pensar en ello.

—Me mudo para quedarme, Cat —dijo Eric, usando el diminutivo que ella solo le permitía a él utilizar—. He comprado la casa de los Mulligan.

Cathy lo miró boquiabierta y con los ojos como platos. Eric esperó con paciencia hasta que el silencio se alargó demasiado. No le solían importar los silencios, incluso los prefería cuando no tenía nada que decir, pero en ese momento se moría por saber lo que Cathy pensaba sobre que él fuera a vivir en Shackleton de manera permanente.

—Esto…

—¿Vas a vivir aquí? ¿Para siempre? —preguntó al fin ella.

—Sí.

—Pero… Pero… —La chica sacudió la cabeza y su coleta oscura se balanceó en la parte posterior de esta—. ¿Puedes trabajar desde aquí durante tanto tiempo o tendrás que viajar?

—En realidad… Ya no tengo trabajo —contestó Eric y se encogió de hombros.

—No lo entiendo. La empresa es tuya —señaló ella.

—Era mía. La he vendido. También he vendido mi casa y mi coche. He venido en uno de alquiler, aunque necesitaré comprarme una camioneta. El coche que tenía en San Francisco no era adecuado para la montaña.

—Necesito sentarme —dijo Cathy y agarró el pequeño banco de madera que usaban en la tienda para llegar a la parte superior de las estanterías y se dejó caer en él.

En ese momento, la campanilla de la puerta sonó y una pareja de mediana edad se adentró en la tienda. Eric los miró y deseó que se demoraran mirando artículos para que él pudiera terminar la conversación con Cathy, pero no tuvo suerte. La pareja caminó hacia el mostrador y se colocó tras él, esperando que terminara su gestión. Maldijo en su interior y se giró hacia Cathy de nuevo.

—Será mejor que me marche. ¿Por qué no te pasas por mi casa mañana por la tarde y me traes las galletas? Podremos seguir hablando sobre todo esto —dijo él.

Cathy pareció dudar un instante, pero asintió con vehemencia.

—Por supuesto que iré. Tienes mucho que contarme —dijo ella—. Iré mañana cuando termine aquí. Tenemos una cita.

Eric se aclaró la garganta al escuchar la palabra «cita» por lo que solo pudo asentir y sin añadir palabra salió de la tienda.

En el exterior la nieve caía con más fuerza y se dijo que era apremiante el conseguir un coche nuevo. Así que, con esa idea en mente, sacó el móvil del bolsillo de su abrigo y llamó a su padre.

# 2 de Diciembre



La sala de espera del área de dirección del Aserradero MacArthur pretendía deslumbrar a sus visitantes con sus lujosos sillones y lámparas de araña. El suelo de madera estaba pulido de manera tan eficiente que una persona podía verse reflejada en él. La estancia era tan lujosa que Eric sentía ganas de vomitar. Había estado en muchas oficinas como esa y la gente que trabajaba en lugares así tendían a ser… insoportables, por usar una palabra no demasiado ofensiva.

El único motivo por el que estaba allí era Damon y se preguntó por enésima vez por qué no había quedado con su amigo en algún otro lugar. Sabía la respuesta, Damon estaba tan ocupado que no podrían haberse visto hasta la noche. Y Eric tenía su noche ocupada. Con una cita.

Se quitó las gafas y se pasó una mano por el rostro. Cathy había usado la palabra «cita» y él no sabía qué pensar. Por un lado, se alegraba de que las cosas parecieran avanzar en esa dirección, pero le parecía que todo estaba ocurriendo demasiado rápido. También estaba el asunto de que, quizá, Cathy no se había referido a una cita romántica al usar esa palabra. Al fin y al cabo, una cita podía ser de muchos tipos y, sin duda, ellos habían tenido muchas amistosas a lo largo de los años.

Una puerta se abrió a sus espaldas, se giró y vio a su amigo caminar hacia él a grandes zancadas.

—¡Eric! —exclamó Damon que llegó hasta él y lo abrazó.

—Hola, Damon. Veo que sigues igual de efusivo que en la universidad.

—Y tú sigues siendo el empollón estirado al que parece que le hayan metido un palo por el culo —repuso Damon con un guiño.

—Eres el único amigo al que le permito que me hable así.

—Soy tu único amigo, Eric —contestó con una carcajada el otro hombre y le palmeó la espalda—. Pasemos a mi despacho.

Damon le indicó a su asistente que no le pasara llamadas y pidió

café para ambos. Eric se sorprendió de que su amigo se acordara de cómo prefería la bebida y así se lo dijo.

—Me pasé cuatro años comprando café para los dos. No es algo que se me vaya a olvidar en la vida —dijo Damon.

Tomaron asiento en unos cómodos sillones, uno frente al otro. Eric miró a su amigo y frunció el ceño.

—Estás más delgado que la última vez que nos vimos.

—Eso fue hace dos años, Eric.

—Da igual. Has perdido peso.

Damon desvió la mirada hacia el gran ventanal ubicado a su derecha. La vista era espectacular, el bosque se extendía hasta perderse entre las laderas de las cercanas montañas. El hombre suspiró y se encogió de hombros.

—A veces, la vida nos tiene reservadas sorpresas que no esperamos. Situaciones que no son lo que habíamos pensado o planeado.

—Pero siempre hay posibilidad de cambio —repuso Eric—. Mírame a mí, es justo lo que estoy haciendo.

—Sí, fijémonos en ti —dijo Damon y apoyó los codos en las piernas clavando sus ojos verdes en los de Eric—. No pensé que tuvieras las agallas suficientes para hacerlo, pero aquí estás.

—Así es. Lo he vendido todo y voy a empezar de nuevo en el sitio del que no debería haberme marchado nunca.

—No hubieras sido feliz aquí, Eric. Tenías un futuro prometedor ante ti y lo conseguiste. Triunfaste y ahora eres rico… ¿Multimillonario? —preguntó su amigo con una mueca.

—El dinero no es importante y, aunque suene a frase manida de calendario de *mindfulness*, te puedo asegurar que no da la felicidad —afirmó Eric con rotundidad.

Damon abrió la boca para responder, con seguridad mediante un comentario sarcástico, cuando un golpe seco en la puerta lo interrumpió. Se enderezó en su asiento y dijo:

—Adelante, Seth.

El asistente de Damon se adentró en el despacho portando dos tazas de café. Las dejó en la mesa auxiliar que había entre ambos y, a continuación, sacó de su bolsillo varias pequeñas bolsas de azúcar.

—¿Necesita algo más, señor MacArthur? —preguntó el chico.

—Seth, te he dicho que puedes llamarme Damon. Estamos en el siglo XXI —gruñó el hombre.

El chico no se inmutó ante el tono de su jefe y se dirigió a Eric.

—¿Desea algo para acompañar el café, señor Ferguson?

—No, gracias. Con el café es suficiente.

—Si necesita algo más, señor MacArthur —dijo el asistente enfatizando el apellido de su jefe—, solo tiene que avisarme.

Con un gesto de cabeza, el chico abandonó el despacho. Eric cogió su taza y miró a su amigo por encima de esta.

—¿Qué? —gruñó Damon.

—¿De qué iba todo eso?

—No sé a qué te refieres.

Eric observó a su amigo, sorbió de su taza y asintió. Si su amigo no quería contarle qué es lo que pasaba entre su asistente y él, lo respetaría. Eso fue lo que los unió en la universidad: el hecho de sentirse diferentes, saberlo y aceptarse mutuamente con respeto y lealtad incondicional.

Miró su reloj y comprobó que los muebles que había comprado semanas atrás llegarían a su nueva casa en una hora, así que se bebió el resto del café de una sola vez y miró a su amigo.

—Antes has dicho que eres mi único amigo, pero no es cierto. Cathy es mi amiga, fue mi mejor amiga antes de que tú y yo nos conociéramos.

—Eso solo pasó porque mi querido padre decidió enviarme a un internado y no pude estudiar en el instituto del pueblo —se lamentó Damon apretando los puños—. Te aseguro que, si hubiera estudiado en el mismo sitio que tú, Cathy hubiera tenido que competir por tu amistad conmigo.

Eric sonrió al escuchar a su amigo.

—Le he pedido a Cathy que me haga galletas.

Damon se atragantó con el café y empezó a toser. Eric se incorporó y le palmeó la espalda. Cuando se recuperó su amigo lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Cómo?

—Fui ayer a la tienda y tenía galletas en el mostrador. Sus galletas de jengibre son las mejores del mundo, tienes que probarlas.

—No lo dudo, pero no entiendo la parte en que le has pedido que te haga galletas.

—Es parte de mi plan de… Bueno, hacer que se enamore de mí.

—¡¿CÓMO?!

Esta vez Damon hizo la pregunta gritando. La puerta del despacho se abrió de repente y Seth apareció tras ella con los ojos muy abiertos y pálido como el papel. Los miró y al ver a los dos hombres cómodamente sentados se sonrojó. Se aclaró la garganta y desvió la mirada.

—Siento la interrupción, me pareció escuchar que me llamaba, señor MacArthur.

—Seth…

—Los dejo que sigan con la reunión.

Antes de que Damon pudiera añadir nada más, el asistente desapareció y el hombre resopló con frustración. Eric lo miró

levantando una ceja y Damon negó con la cabeza.

—Explícame… No sé ni por dónde empezar, Eric. ¿Enamorarse de ti?

—Sí, Damon. Cuando hablamos y te conté que volvía a Shackleton no compartí contigo todos mis motivos.

—Me dijiste que estabas cansado de la vida en una gran ciudad y que tu trabajo no te llenaba. Que todo el mundo en Sillicon Valley estaba interesado en hacer dinero, sin preocuparse por los demás y que te sentías…

—Deshumanizado —terminó Eric la frase—. Sí, así es. Pero mi motivo principal es ella. Llevo enamorado de Cathy desde que la conocí cuando tenía diez años y me mudé aquí con mi familia. Es mi mejor amiga —Damon lo miró con una mueca— junto contigo. Sois mis mejores amigos, os quiero a ambos, pero estoy enamorado de ella.

—Me alegra saber que no estás enamorado de mí. Aunque si alguna vez decides pasarte a mi bando…

Damon movió las cejas en gesto seductor y Eric rio.

—No soy gay, Damon, y lo sabes. —Miró su reloj y comprobó que debía marcharse si quería estar en casa cuando llegaran los transportistas de la empresa de muebles. Se levantó y tomó su abrigo —. Ahora tengo que irme, solo quería que supieras que, quizá, necesite tu ayuda.

—No sé cómo podría ayudarte, pero ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —afirmó Damon con rotundidad—. Siempre he sabido de tu interés por Cathy, me lo dejaste claro el primer año de universidad cuando intenté concertarte una cita con una compañera de clase, pero ¿dejarlo todo atrás y empezar de cero por ella?

—Tengo que intentarlo. No tengo ni idea de cómo voy a hacer que ella me vea con otros ojos. Para Cathy siempre he sido solo un amigo —se lamentó él—. De todas formas, no podía seguir en San Francisco. Aquella vida no era para mí.

—Está bien. Solo llámame cuando me necesites y te ayudaré en lo que pueda.

Eric sintió que la emoción le embargaba. Siempre había podido contar con Damon, saber que tenía a alguien con quien podía contar para cualquier cosa era importante para él. Su madre llevaba fuera de escena desde que sus padres se divorciaron y su padre viajaba mucho por trabajo.

—Bien, tengo que irme. Pero la próxima vez que nos veamos hablaremos de lo que supone para ti ser gay en un pueblo tan pequeño y cuál es la historia que hay detrás de tu relación con ese asistente tan especial que tienes —dijo Eric con una sonrisa burlona.

—De nuevo, no sé de qué hablas.

Riendo, Eric abrazó a su amigo y se despidió de él. Salió del despacho, le dedicó un gesto de cabeza a Seth que se lo devolvió y abandonó la empresa.

No había tenido tiempo de preguntarle a Damon qué tal le iba dirigiendo el aserradero, pero en ese momento tenía prisa y tendría más ocasiones de hablar con él.

Por ahora, Eric tenía que dirigir la colocación de los muebles que había comprado para que, cuando Cathy llegara a su casa, esta pareciera más un hogar que un almacén abandonado.



La nieve caía con fuerza cuando Cathy llegó a la que había sido hasta hacía poco tiempo la casa de los Mulligan. Aparcó junto al coche que había estacionado a la entrada de la casa y se dio cuenta de que era el del padre de Eric. Sacó la caja con las galletas y bajó del vehículo. Caminó con dificultad entre la nieve que se acumulaba en el camino de entrada y llamó al timbre y esta se abrió un segundo después. Supuso que Eric la habría escuchado llegar.

—Hola, Cathy —la saludó él con su calma habitual.

—Hola, Eric —dijo ella, adentrándose en la casa.

—Estás empapada —dijo él mirando hacia sus pantalones.

Cathy llevaba puestas sus botas de goma, pero la altura de la nieve superaba el borde superior de esta y sus vaqueros estaban empapados.

—Está nevando con fuerza.

—Lo siento, debería haber despejado el camino —dijo él contrito.

—No pasa nada.

—Te traeré una toalla. Quítate las botas y siéntate junto a la chimenea.

Eric desapareció por el pasillo y Cathy aprovechó para observar su alrededor. La estancia principal estaba compuesta por una inmensa cocina situada al fondo a la derecha, un espacio vacío rodeado por grandes ventanales a la izquierda y a su derecha, delante de la chimenea había un enorme sofá y un par de sillones.

Intentó asimilar el tamaño del espacio, desvió la mirada hacia arriba y se sorprendió al comprobar la altura del techo. Las paredes tenían un recubrimiento de paneles de madera de un metro y el resto

estaba pintado en color crema. No había cortinas en las ventanas, pero estas eran blancas de aluminio. El suelo era también de láminas de madera, pero en un color más claro que el de las paredes lo que creaba un contraste impresionante, pues parecía ampliar el espacio.

Se quitó las botas y las dejó junto a la entrada. A continuación, de deshizo del abrigo, pero no encontró perchero donde colgarlo. No quería dejarlo en el sofá pues también estaba mojado así que lo colocó en el suelo. Este estaba reluciente por lo que no supondría ninguna diferencia para una prenda que estaba empapada.

Caminó hacia la cocina, para dejar la lata de galletas en la encimera, cuando vio en el otro lado de la isla que era parte de esta dos magníficos hornos.

—He traído dos toallas por si quieres usar una para el pelo —dijo Eric a su espalda.

—¡Tienes dos hornos! —exclamó ella con entusiasmo.

Casi corrió hacia los electrodomésticos y los admiró con la boca abierta. Abrió las puertas de ambos y observó los botones que tenían en la parte frontal.

—La cantidad de cosas que podría hornear aquí.

—Puedes usarlos cuando quieras —dijo Eric—. Es más, eso me lleva a una de las cosas que quería decirte.

Cathy tomó las toallas que él le ofrecía y comenzó a pasar la más pequeña por el pelo. Se lo había dejado suelto y pensó que hubiera sido mejor recogerlo.

Eric abrió un cajón y sacó algo pequeño. Se acercó a ella y le agarró una de las manos haciendo que ella dejara de restregarse el pelo con la toalla. El hombre depositó en su palma una llave.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Es la llave de mi casa, de esta casa. Bueno, una copia —aclaró él.

—¿Me estás dando una llave de tu casa?

Eric se sonrojó un poco y Cathy pensó que el color rosado de sus mejillas lo hacían todavía más atractivo.

—Sí, bueno. Eres mi mejor amiga, he pensado que si alguien debía tener una llave de mi casa esa eras tú.

—¿Y tu padre?

—Él está fuera continuamente con el camión. Se pasa semanas enteras lejos de casa por trabajo. Es mejor que la tengas tú —dijo él con determinación.

Eric retiró la mano y miró la lata de galletas. La abrió y cogió una.

—Solo he hecho veinticinco como me pediste.

—Por eso me como una ahora y otra cuando cene. Estamos a dos de diciembre, tengo que ponerme al día.

Cathy soltó una carcajada y se alejó de él. Ver a Eric disfrutar de

sus galletas le provocaba cosas en el estómago. Se acercó a la chimenea y extendió las manos para calentarlas.

—¿Dónde están el resto de tus cosas?

—¿Qué cosas?

—Pues… —Cathy señaló a su alrededor—. Tus muebles, cuadros, velas, libros… No sé, tus objetos personales. Las cosas que se suelen tener en las casas.

—Mi ropa está arriba, en la habitación. Y los libros los he colocado en estanterías en la estancia que va a ser mi despacho en esta planta. Arriba solo están el dormitorio principal y su baño correspondiente. Si quieres te puedo enseñar la casa y…

—¿Me estás diciendo que vas a dejar tu casa así? —preguntó ella, estupefacta.

—No te entiendo.

—¡La casa está vacía!

—Tiene muebles —refutó él.

—No parece un hogar, Eric. No tienes alfombras, ni muebles auxiliares, ni siquiera una mesa para comer.

El hombre miró a su alrededor y se llevó una mano a la nuca.

—Un hogar —murmuró él.

—Claro, necesitas convertir esta casa en un hogar. Dijiste que vas a vivir aquí, ¿verdad? Has comprado la casa, ahora tienes que adaptarla a ti para que sea tu refugio. El sitio donde estés cómodo, donde te sientas tú mismo después de un largo día de trabajo —explicó ella mirando a su alrededor mientras imaginaba lo maravillosa que aquella casa podía ser—. El lugar donde puedas esconderte del resto del mundo y sentirte bien —dijo ella en un susurro.

—¿Tú tienes un sitio así?

—No, todavía no. Pero algún día lo tendré —contestó ella con seguridad.

—Ayúdame a convertir esta casa en mi refugio —pidió él.

Cathy lo miró y durante un instante se perdió en esos profundos ojos marrones que parecían ver a través de ella. Siempre se había sentido así con Eric, como si fuera el único que podía entenderla. La única persona a la que no necesitaba explicarle cómo se sentía porque él era capaz de ver en su interior.

También detectó en la mirada de él algo más. Un brillo de esperanza y Cathy se dijo que no iba a decepcionar a Eric. Su amigo depositaba su esperanza en que ella lo ayudaría y por supuesto que lo haría.

—Convertiremos tu casa en un hogar. ¿Tienes algo que hacer mañana?

—No, pero ¿tú no tienes que trabajar?

—Hablaré con mis padres —dijo ella—. Iremos de compras.

El rostro de Eric se iluminó y le dedicó una sonrisa que hizo que las piernas le temblaran un poco. Había echado de menos esa sonrisa.

—Está bien. Tenemos una cita mañana.

# 3 de Diciembre



Una de las cosas que más le había gustado a Eric de vivir en San Francisco era que tenía un clima más templado que el interior del estado de Washington y nunca nevaba en la zona de la Bahía. Sin embargo, había echado de menos tener unas navidades blancas.

La nieve había seguido cayendo durante la noche, nada sorprendente teniendo en cuenta que era diciembre. El amanecer llegó con un cielo despejado, aunque Eric sabía que volvería a nevar durante el día. De momento, se conformaba con que no lo hiciera durante la mañana. Quería disfrutar de la compañía de Cathy.

Se duchó y tomó un desayuno rápido consistente en un par de tostadas con mantequilla y un café cargado. Le llevó más tiempo decidir qué llevar puesto. Miró la ropa de su armario durante largos minutos hasta que llegó a la conclusión de que no iba a necesitar en su futuro inmediato tantos trajes. Su vestuario consistía, principalmente, en trajes y camisas, pantalones de vestir y corbatas, atuendos adecuados para las innumerables reuniones a las que su antiguo socio lo arrastraba por todo Sillicon Valley y gran parte del país. Eric odiaba esos encuentros con directores de grandes empresas que solo sabían presumir de los beneficios que sus compañías habían conseguido, al tiempo que alardeaban de lo que ellos habían aportado a ese éxito.

Tomó unos vaqueros, una camisa y un jersey. Se puso las únicas botas que tenía y decidió que necesitaba comprarse ropa de manera urgente. Se le ocurrió que, quizá, Cathy estuviera dispuesta a acompañarlo a Seattle o a cualquier otra gran ciudad y ayudarlo a adquirir un vestuario nuevo.

Salió al exterior e inspiró una enorme bocanada de aire frío que le inundó los pulmones y le hizo sentir más vivo de lo que se había sentido en los últimos años. La casa que había comprado quedaba bastante apartada del resto de viviendas en esa calle y tras ella solo había bosque y montañas. Escucho el piar de un par de pájaros y los ruidos de la naturaleza y se sintió en casa. Con una sonrisa subió al

coche de su padre y condujo hasta la tienda de Cathy.

Tardó más de lo esperado en llegar porque por el camino se cruzó con la quitanieves que estaba trabajando en la carretera. Saludó al conductor de la máquina, aunque no lo reconoció, y cuando llegó a la tienda Cathy lo esperaba en la puerta.

Paró junto a la acera y la observó acercarse a él. Llevaba un grueso abrigo rojo de paño, un gorro de lana del mismo color azul de sus ojos y una bufanda gris alrededor del cuello. La belleza de ella lo golpeó con fuerza en el pecho, su corazón se aceleró y se le secó la boca. Cathy golpeó la ventanilla del lado del acompañante con una mano enfundada en unos guantes negros y Eric pulsó el botón para bajarla.

—Buenos días, llegas tarde —dijo ella con una enorme sonrisa.

Eric dejó de respirar durante unos segundos. Tragó con fuerza y no fue capaz de articular palabra. Cathy siempre había sido guapa, pero el paso de los años la habían convertido en una mujer espectacular. Su rostro se había afinado y sus pómulos eran más pronunciados. Conservaba la pequeña nariz respingona que él siempre había adorado y, en ese momento, tenía las mejillas sonrosadas por el frío. La noche anterior había estado tan nervioso que no había sido capaz de detenerse a contemplarla como lo estaba haciendo en ese instante. Sus ojos azules brillaban y varios mechones de pelo oscuro escapaban del gorro y enmarcaban su rostro.

—Blancanieves —dijo en apenas un susurro.

Pero ella lo escuchó y abrió mucho los ojos por la sorpresa. Eric se dio cuenta de lo que acababa de hacer y se regañó mentalmente. No podía dejarse llevar de esa manera o la acabaría asustando. Hasta él mismo se sentía un poco abrumado por los sentimientos que llevaban inundando su alma desde que había llegado a Shackleton y había visto a Cathy por primera vez.

—Nadie me ha llamado así desde que te fuiste —murmuró ella.

—Me alegro —contestó él sin pensar y esbozó una mueca—. Quiero decir que me dijiste que solo me permitías a mí llamarte de esa forma.

—Así es. Porque tú nunca lo hiciste con la intención de dar a entender que era una damisela en apuros, una chica que necesitaba a un hombre que la rescatara y la hiciera feliz.

—Tú nunca has necesitado a nadie, Cathy. Eres una mujer valiente, independiente y que se las apaña muy bien sola. Te lo dije antes de marcharme a la universidad y sigo pensando lo mismo: puedes hacer cualquier cosa que te propongas —le aseguró él.

Cathy desvió la mirada y observó la calle principal del pueblo que se extendía ante ella. Movió la cabeza hacia los lados de manera apenas perceptible, aunque Eric lo vio.

—Bueno, ¿vamos a hacer esas compras o piensas quedarte en el coche? —dijo ella esbozando de nuevo esa magnífica sonrisa.

—Claro.

Eric detuvo el motor, bajó del coche y lo cerró. Se acercó a ella y no pudo evitar deslizar los ojos por su cuerpo. Bajo el abrigo llevaba unos pantalones de pana y un grueso jersey, así como sus inconfundibles botas. Desde niños Cathy nunca había llevado nada que no fueran zapatillas deportivas o botas. Incluso en la fiesta de graduación en su último año de instituto se puso un par de botas negras con su vestido rojo de gasa. Eric jamás olvidaría la imagen de ella cuando fue a recogerla a su casa. Cathy no necesitaba ni maquillaje ni llevar zapatos de tacón, su par de botas eran parte de ella y la convertían en una mujer única.

Cathy lo miró con una ceja levantada y él se aclaró la garganta.

—Bien, ¿por dónde empezamos?

—Pues lo primero es parar en la cafetería de Teddy y tomarnos un chocolate caliente.

—¿Teddy? —preguntó él y la chica asintió—. ¿Teddy Montgomery?

—Sí. Regresó al pueblo cuando acabó la universidad. Su padre enfermó y se hizo cargo de la cafetería. Lo cuidó hasta que falleció un par de años después.

Comenzaron a andar y Cathy se agarró a su brazo como siempre había hecho cuando eran adolescentes. Eric sintió una descarga cuando el brazo de ella enlazó el suyo.

—De acuerdo, tomemos ese chocolate caliente.



Cathy no podía dejar de sonreír y el motivo era Eric. Verlo cargado de bolsas era divertido, pero lo mejor era cuando lo dejaba sin palabras.

—Sigo sin comprender por qué necesito tantas velas.

—Primero, son bonitas y quedan bien como decoración —expuso ella contando con los dedos—. Segundo, vivimos en la montaña y las tormentas de nieve nos dejan sin electricidad con demasiada frecuencia. Tener velas te facilita la vida cuando quieres ir al baño sin acabar con la nariz rota.

—Las linternas…

—Y tres —dijo ella, interrumpiendo a Eric y alzando un tercer dedo—, creo que le darían calidez a tu salón creando la atmósfera acogedora de un verdadero hogar.

Eric abrió la boca, no emitió ningún sonido y la cerró. La volvió a abrir y negó con la cabeza.

—De acuerdo, no puedo rebatir tus argumentos.

Cathy tocó las palmas dando un par de pequeños saltos y se vio recompensada con una sonrisa de Eric. Merecía hacer la boba en mitad de la calle si a cambio recibía la atención y las sonrisas de él.

—Hemos comprado velas, cubiertos y platos, un par de cuadros, cortinas, alfombras, mantas y cojines. ¿Queda algo más? —preguntó él con una mueca.

—Queda lo más importante —dijo ella—. Pero para el lugar al que tenemos que ir necesitamos el coche.

—¿A dónde…?

—¡Cathy!

Una voz profunda interrumpió la pregunta de Eric e hizo que ambos se giraran hacia su dueño.

Un hombre de baja estatura y vientre prominente se acercaba a ellos a paso rápido. Un tupido bigote adornaba su rostro e intentaba cubrir su calvicie con los escasos cabellos que le crecían en un lateral de la cabeza.

—Alcalde, buenos días —lo saludó ella.

—Me pareció ver desde la distancia que eras tú y, entonces, reconocí a Eric. Me alegro mucho de verte por el pueblo, muchacho —dijo el hombre al tiempo que extendía la mano.

Eric estiró los brazos y mostró las bolsas que cargaba. Cathy contuvo una carcajada porque solo había necesitado echar un vistazo a su amigo para saber que no reconocía al hombre.

—No te preocupes, chico —contestó el hombre y le palmeó la espalda—. Hacía tiempo que no te veíamos por el pueblo, ¿piensas quedarte hasta Navidad?

—El alcalde Wilson siempre está intentando que el pueblo esté lleno de gente en las fiestas navideñas, ¿verdad? —dijo Cathy y le dedicó una sonrisa al hombre.

Vio el destello de reconocimiento que se dibujó en el rostro de Eric al escuchar el apellido del alcalde.

—Bueno, no queremos que el pueblo se vacíe y se convierta en un lugar fantasma de esos que quedan abandonados —dijo el hombre con seriedad.

—Por supuesto que no —contestó Eric—. Shackleton es un lugar estupendo para vivir. Ese es el motivo de que haya regresado para establecerme aquí de manera permanente.

La declaración de su amigo hizo que el alcalde se enderezara y la ilusión se reflejara en su cara.

—¡Eso es fantástico! —exclamó el hombre—. En el pueblo hemos seguido tus éxitos y estamos muy orgullosos de que uno de los nuestros haya conseguido tantos avances científicos para mejorar el mundo.

—En realidad, yo no nací aquí y llegué…

—¡Por supuesto que eres uno de nosotros! —lo cortó el hombre—. ¡Se me acaba de ocurrir una idea maravillosa! Todos los años intentamos que alguien importante en nuestra comunidad haga el honor de encender las luces de Navidad, ¿qué te parecería hacerlo tú este año? Sería fabuloso que alguien de tu prestigio inaugurara las fiestas del pueblo —dijo el alcalde moviendo las manos sin parar.

Eric paseaba la mirada del hombre a ella con la boca abierta. Negó con la cabeza y Cathy tuvo que esconder su sonrisa tras una mano. El alcalde estaba entusiasmado ante la idea, pero Eric tenía la misma expresión que si le hubieran dicho que tenía que servir mesas en un bar. La gente no se le daba bien, aunque Cathy discrepaba sobre ello. Eric era capaz de hacer amigos, ella era un claro ejemplo, y también estaba Damon con quien su amigo había desarrollado una buena amistad en la universidad. Según ella lo veía, el problema era que la gente, en general, no quería hacer el esfuerzo por conocer a otra persona que fuera diferente. Eric era introvertido, tenía un sentido del humor peculiar y era brutalmente sincero. Conseguir entender cómo su cerebro funcionaba llevaba tiempo y la gente no parecía querer dedicarlo a darle una oportunidad a alguien tan especial como Eric.

—Yo no creo…

Cathy se pegó a él y le pellizcó el costado con disimulo. Su amigo dio un respingo y la miró con el ceño fruncido.

—Estoy segura de que a Eric le encantará hacerlo, ¿verdad? —dijo ella y lo miró sonriente.

Eric la miró a los ojos y Cathy sintió que todo a su alrededor desaparecía. La mirada castaña de él le provocó un cosquilleo por toda la piel y le pareció ver un destello de reconocimiento en sus ojos. La esperanza se abrió paso en el corazón de ella. ¿Quizá, por primera vez, Eric la estaba mirando como a una mujer y no solo como a su mejor amiga?

—¡Estupendo! —exclamó el alcalde y su voz rompió el trance en el que parecían haber caído ambos—. La inauguración es el día cinco a las ocho de la noche en la plaza del ayuntamiento. Sé que oscurece mucho antes, pero intentamos hacerlo después de la hora de cenar para que así todo el mundo pueda acudir —explicó el hombre.

—Sí, claro. No hay ningún problema. Allí estaré.

—Muy bien. Estupendo, os dejo ahora. Me esperan en el

Ayuntamiento y ya me he retrasado demasiado. ¡Hasta pronto!

Con un gesto de la mano el hombre se despidió y dio media vuelta, regresando sobre sus pasos casi corriendo.

—Acabas de hacerlo muy feliz.

—No parece que tuviera otra opción —se quejó él.

—Venga, vamos al almacén de Linda. Tenemos que comprar los adornos navideños.

—¿Qué adornos? —preguntó Eric con la confusión pintada en la cara.

—Para decorar tu casa. Es diciembre, la Navidad está a la vuelta de la esquina. Tu casa no estará terminada hasta que no tengas un árbol y guirnaldas, algunas figuras de Santa Claus…

—Por lo que veo, sigues enamorada de la Navidad tanto como cuando éramos niños.

Cathy estuvo a punto de soltar que también seguía enamorada de él, pero se mordió la lengua a tiempo. No era el momento ni el lugar.

—Y tú sigues odiándola.

—Tengo mis motivos.

—Lo sé, Eric. Pero si quieres tener un verdadero hogar tienes que llevar el espíritu navideño a tu casa. Quedará preciosa con las luces y la decoración —dijo Cathy imaginando en su mente el enorme salón de Eric decorado.

—Está bien, vamos antes de que me arrepienta.

—No lo harás.

Eric se encogió de hombros y puso los ojos en blanco. Esa vez, Cathy sí soltó una carcajada que consiguió que él también sonriera.

# 4 de Diciembre



Eric mordisqueaba una de las galletas de Cathy mientras observaba su nueva mesa de dibujo. Asintió con la cabeza, miró a su alrededor y le gustó lo que vio.

Había elegido la habitación más grande de la planta baja para usarla como despacho. Una de las paredes estaba cubierta al completo por estanterías llenas de libros y ante esta había colocado la mesa para el ordenador. En el otro lado de la habitación acababa de instalar la mesa de dibujo y dos cajoneras a ambos lados de esta. También había puesto un tablero de corcho y una pizarra blanca magnética en la zona de la pared que quedaba encima de la mesa de dibujo. Estaba deseando ponerse a trabajar, pero el pedido de material que necesitaba para dibujar no había llegado todavía.

Se terminó la galleta y pensó que debería haberle pedido a Cathy que le hiciera más. Una al día no era suficiente para él. Las galletas se habían convertido en una obsesión, a la vez que suponían un incentivo. Cada vez que veía la lata que le había traído su amiga en la encimera de la cocina o se comía una de ellas, la imagen de Cathy acudía a su mente y repasaba una y otra vez las ideas que tenía para hacerle ver a la chica que podían ser más que amigos.

El problema era que Eric no quería asustarla. Si se precipitaba y ella no correspondía sus sentimientos corría el peligro de perder su amistad. Aunque Eric anhelaba tener a Cathy entre sus brazos, no pondría jamás en riesgo la relación que tenían. Cathy había sido y siempre sería su mejor amiga, a pesar de que vivir en estados distintos había hecho que se distanciaran, su reencuentro era muestra suficiente de que su amistad seguía intacta.

Miró su reloj y se dio cuenta de que Cathy llegaría en una media hora. Le prometió el día anterior que iría a su casa después de cerrar la tienda para ayudarle a decorar con todo lo que habían comprado el día anterior. Fue hacia el salón y echó un vistazo a todas las bolsas que se amontaban en el espacio que debería haber sido el comedor.

Eric no sentía la necesidad de tener un sitio al que sentarse a comer, puesto que para eso estaba la isla de la cocina y las sillas altas que había alrededor de esta. Miró de nuevo el reloj y comprobó que tenía tiempo de darse una ducha. Terminar de montar el despacho le había dejado el cuerpo sudado y la ropa llena de polvo.

Decidió darse la ducha en el baño de abajo. Fijó los ojos en la lata de galletas, pero consiguió resistir la tentación. Al día siguiente podría comerse otra.



Cathy se escapó de la tienda un poco antes de la hora de cierre. Le dijo a su padre que tenía que ayudar a Eric y que no la esperaran para la cena.

De camino hacia la casa de su amigo la idea de independizarse regresó a su mente. Era algo a lo que llevaba dándole vueltas desde hacía un año, pero no se decidía a hacerlo. Un sentimiento de culpa se adueñaba de ella cuando pensaba en buscar una casa o un apartamento, aunque no había muchos de estos últimos en Shackleton.

Sus padres eran mayores y el motivo por el que Cathy no se fue a la universidad cuando terminó el instituto. Decidió quedarse en el pueblo, trabajar en el negocio familiar y pasar el mayor tiempo posible con ellos. Su madre tenía setenta años y su padre setenta y dos, ambos tenían buena salud, pero Cathy había notado en los dos últimos años que a su padre cada vez le costaba más trabajar tantas horas seguidas. Y ese era el motivo que la retenía en casa, no quería dejarlos solos.

Con la mente ocupada en la idea de tener su propia casa llegó a la de Eric. Al bajar del coche no pudo evitar suspirar al ver la enorme vivienda. Era una casa magnífica, de estilo exterior rústico que se mimetizaba a la perfección con el entorno. El interior era incluso mejor puesto que había sido totalmente renovado.

Llegó a la puerta y llamó al timbre. Ese día no había nevado, pero el viento soplaba del norte y Cathy se ajustó la bufanda. Esperó dos minutos y volvió a llamar. Se asomó por una de las ventanas que daba al porche y vio que las luces estaban encendidas lo que significaba que Eric estaba en casa. ¿Quizá estaba atendiendo una llamada? Llevaba la

llave que él le había dado en el bolsillo del pantalón así que decidió usarla.

Abrió la puerta y entró. Cerró y se quitó el abrigo que, una vez más, tuvo que dejar en el suelo. Eric ni siquiera había colgado el perchero que habían comprado el día anterior. Se quitó las botas y dejó la bolsa que llevaba en la mano en el suelo. Se giró hacia el salón con la intención de ir a buscar a su amigo cuando esté apareció por el pasillo y Cathy se quedó petrificada.

Eric se adentró en la estancia con gesto confuso hasta que sus ojos se posaron en ella. Cathy lo observó boquiabierta. Su amigo solo llevaba una toalla anudada alrededor de las caderas que colgaba demasiado baja, dejando al descubierto unos marcados abdominales y mucha piel.

Cathy inspiró con fuerza mientras contemplaba al hombre que se mostraba ante ella. Subió la mirada hacia su torso y se le secó la garganta. Si los abdominales de Eric eran magníficos, sus pectorales parecían haber sido esculpidos por un maestro del Renacimiento. Deslizó los ojos por sus brazos y el tamaño de sus bíceps le cortó la respiración.

¿De dónde había salido todo aquello? ¿Cuándo se había convertido Eric en el ejemplar masculino que tenía ante ella?

Gotas de agua se deslizaron por el pecho de él y Cathy sintió un cosquilleo cálido entre las piernas. El deseo de pasar la lengua por la piel mojada de él y recoger las gotas con la lengua la golpeó con fuerza. Sacudió la cabeza y pensó que aquel no podía ser su amigo. Eric siempre había sido… Eric. Ella estaba enamorada de él, desde siempre, y, aunque no lo había visto desnudo, su amigo siempre fue un chico delgado al que nunca le gustaron los deportes.

No podía dejar de mirarlo. Sentía que le ardían las mejillas y le sobraba la ropa. El corazón le latía con fuerza en el pecho y la necesidad de acercarse a él y tocarlo la tenía abrumada.

—Eh… —Eric se aclaró la garganta—. Veo que has usado la llave. Estaba en la ducha y no te he escuchado.

—S-si —tartamudeó ella.

—Dame dos minutos y estaré contigo. Puedes empezar a vaciar las bolsas. De todas formas, tú eres la experta en decoración.

El hombre se dio la vuelta y subió las escaleras que llevaban a la planta de arriba y Cathy pudo apreciar cómo se le marcaba el trasero con la toalla.

Decidió hacer lo que él le había indicado y comenzó a sacar objetos de las bolsas. Colocó los cojines y las mantas en el sofá y sillones. Preparó los candelabros y los puso en la repisa de la chimenea, dejó en un lateral las cortinas y sus accesorios pues para eso necesitaría la ayuda de Eric.

El corazón le seguía latiendo a mil por hora y seguía notando el rostro caliente. ¿Cómo iba a ser capaz de mirarlo a la cara cuando regresara? Jamás había pensado que Eric pudiera ser tan atractivo. Cathy lo quería porque confiaba en él, podía ser ella misma a su lado y Eric tenía un corazón enorme. Era sincero, generoso y la respetaba y apoyaba. Con esa forma de ser, no fue difícil para ella que pasara de ser su mejor amigo a algo más. Pero en ese momento, después de verlo semidesnudo, Erica acababa de convertirse en el futuro protagonista de todas sus fantasías.

—Ya estoy listo. ¿Qué hay que hacer?

Cathy se enderezó y lo miró de reojo. Resopló aliviada al comprobar que él estaba completamente vestido.

Señaló las bolsas con las cortinas y las barras de esta.

—¿Tienes herramientas? Las necesitamos para colgar las cortinas, los cuadros y el perchero de la entrada.

—Sigo sin entender por qué necesito un perchero cuando ya tengo un armario para los abrigos justo al lado de la puerta.

—Para las visitas, Eric.

—Si tú lo dices —dijo él con un encogimiento de hombros—. Iré a por las herramientas. Por cierto, ¿vamos a poner también los adornos navideños que compramos?

—Necesitas un árbol de Navidad.

—¿No es suficiente con todo lo que compraste ayer? No creo que dejaras ni una sola guirnalda en la tienda.

—Eres un exagerado. —Cathy puso los ojos en blanco y se sintió más relajada—. La mayoría de los adornos son para colgar en el árbol.

—Todavía no sé por qué me dejo llevar por tus ideas y hago todo lo que me dices —refunfuñó él.

—Porque me quieres —contestó ella.

—Es cierto —dijo él en voz baja.

Cathy se volvió ante el tono de él, pero Eric ya caminaba hacia el pasillo en busca de las herramientas.

La forma en que él había pronunciado las palabras hizo a Cathy pensar que había algo más tras ellas, pero lo descartó de inmediato pues no quería que su traidora mente tirara por unos derroteros que no la llevarían a ninguna parte.

Para Eric solo era, y siempre había sido, su mejor amiga. Cualquier otra cosa que ella pudiera pensar era… Su imaginación jugándole una mala pasada.

Volvió su atención a las bolsas que tenía ante ella y sacó las cortinas para extenderlas sobre el sofá. Todavía tenían mucho trabajo que hacer para convertir esa enorme casa en un hogar para Eric.

# 5 de Diciembre



Nunca se le había dado bien hablar en público, motivo por el que siempre era Dylan quien se encargaba de hablar con los clientes. Su exsocio era el encanto personificado y era capaz de venderle un bikini a un esquimal en pleno diciembre.

A Eric le aterrorizaba tener que hablar ante un grupo de personas porque, simplemente, no se le daba bien la gente de manera general. Por eso, incluso después de tantos años, seguía sorprendiéndole el haber conseguido desarrollar una amistad tan profunda con Cathy y Damon. Ellos eran sus únicos amigos y para Eric era suficiente. No necesitaba a nadie más.

Aparcó el coche de su padre a varias calles de distancia de la plaza del ayuntamiento. Necesitaba ese tiempo para hacerse a la idea de que, con total seguridad, tendría que decir unas palabras ante todo el pueblo. No tenía nada planeado, ni siquiera sabía qué es lo que se esperaba de él. Solo poseía la certeza de que sería un total y absoluto desastre.

Eric no era extrovertido, no sabía de qué hablar con otras personas, a veces no se daba cuenta de que alguien estaba bromeando y los dobles sentidos solían ser un misterio para él. No le caía bien a la gente porque siempre decía lo que pensaba, eso si conseguía hablar y era capaz de formar una frase coherente. No tenía don de gentes y por eso el colegio y el instituto podrían haber sido una pesadilla si no hubiera conocido a Cathy. Y, después, Damon fue su ancla en la universidad.

Dobló la esquina de la última calle que lo separaba de la plaza e inspiró con fuerza. Se dijo que podía hacerlo, solo tenía que decir algo en la línea de que estaba contento de encontrase en Shackleton y desearles felices fiestas a todos. A continuación, pulsaría un interruptor y el pueblo se iluminaría, y entonces podría marcharse.

A pocos metros de la plaza vio una silueta familiar enfundada en un abrigo rojo. La reconoció al instante y cuando ella se giró y le

sonrió, los nervios de Eric se templaron. No desaparecieron por completo, pero dejó de sentirse como si fuera un pez que hubiera picado el anzuelo y, además de asfixiarse fuera del agua, estuviera sufriendo el agonizante dolor de tener algo metálico clavado en la boca.

—¿Estás listo? —preguntó Cathy.

—Jamás.

Su respuesta le arrancó una carcajada a la chica y su expresión se suavizó. Eric se quedó embobado con la sonrisa tan dulce que Cathy le dedicaba.

—Todo saldrá bien. Solo se trata de encender unas luces. Has hecho cosas mucho más importantes que estas.

Eric miró hacia la plaza y vio a una multitud congregada alrededor del enorme árbol de Navidad que había sido colocado en medio de esta.

—¿Ha venido todo el pueblo?

—Podría decirse que todos quieren ver al hijo pródigo.

—Pero si ni siquiera he nacido aquí —masculló él.

—Para la gente de Shackleton es como si lo hubieras hecho —afirmó ella—. ¿Cuántos genios informáticos crees que han salido de este pueblo? Tú eres el único. Eres parte de este lugar y es hora de que te sientas en casa.

Eric dejó que las palabras de ella se asentaran en su interior para que le dieran el valor suficiente de enfrentarse a una muchedumbre que estaba deseando ver a su supuesto héroe.

Él nunca se había considerado a sí mismo excepcional, pero todo el mundo siempre insistió en ponerle una etiqueta a lo que él era: «altas capacidades», «superdotado» o «genio» eran algunas de las palabras que habían usado para referirse a él a lo largo de los años. Lo único que Eric había deseado toda su vida era ser uno más, un chico normal y corriente, tener amigos con los que vivir experiencias y, quizá, conseguir a la chica de sus sueños.

—Vamos, Eric. No podemos hacer esperar al alcalde —dijo Cathy.

Intentó moverse, pero sus ojos estaban fijos en toda la gente que se había reunido ante el enorme árbol.

Entonces, sintió que la mano de Cathy se deslizaba en la suya. La calidez de la piel de ella se le extendió a lo largo del brazo. Miró hacia abajo, donde sus manos se unían y levantó la cabeza para fijar sus ojos en los de ella. Cathy le dedicó una sonrisa tierna que hizo que el corazón se le detuviera un instante. La chica apretó su mano y le dio un pequeño tirón, Eric sintió la garganta seca, pero el contacto de sus manos hizo que todo dejara de existir excepto ellos dos. Y Eric hubiera ido en ese momento a cualquier lugar que Cathy quisiera llevarlo.

Sus pies comenzaron a moverse siguiendo a su amiga. Llegaron al

pequeño escenario que habían colocado ante el árbol de Navidad y, con las manos todavía unidas, subieron los tres peldaños de la pequeña escalera lateral.

Eric no podía apartar los ojos de ella. Cathy sonreía al alcalde en ese momento y se disculpaba por el retraso. El hombre contestó algo, pero él no prestó atención. La calidez que emanaba del contacto de sus manos lo tenía subyugado. ¿Qué se sentiría al tener sus cuerpos pegados, desnudos, el uno junto al otro? En ese momento, Eric hubiera dado todo lo que tenía por tener a Cathy en sus brazos y poder demostrarle lo que sentía por ella.

—Eric, ¿nos harías el honor de decir unas palabras?

La pregunta del alcalde rompió el hechizo en el que había caído y lo devolvió a la realidad. Parpadeó varias veces antes de girar la cabeza y mirar al hombre. Intentó decir algo, pero su boca no fue capaz de emitir sonido alguno. Sintió un tirón en la mano y miró a Cathy. Ella lo miraba con expectación y un brillo en los ojos que dejaba claro que confiaba en él.

Se aclaró la garganta e hizo algo sin pararse a pensar en ello. Se llevó la mano de Cathy a los labios y le besó los nudillos con suavidad. Los ojos de ella se abrieron mucho y su boca dibujó una pequeña «o». Eric la soltó y se dirigió a donde estaba el alcalde, se situó ante el micrófono. Inspiró con fuerza y habló:

—Muchas gracias a todos por haber venido. Es un honor que el alcalde Wilson me permita ser este año quien inaugure la Navidad en Shackleton. Estoy muy feliz de haber regresado al pueblo porque —hizo una pausa, miró a Cathy y esta asintió con la cabeza animándole a seguir— este es mi hogar y no podría estar mejor en ninguna parte.

El estallido de los aplausos del público lo sorprendió y estuvo a punto de salir corriendo. Eric comprendió que le aplaudían a él y esbozó una tímida sonrisa.

—Felices fiestas a todos —dijo para finalizar su improvisado discurso.

El alcalde le indicó que lo siguiera hacia la derecha del escenario y le señaló un interruptor colocado en un poste metálico. Eric levantó la mano y, sin mirar a la muchedumbre que seguía aplaudiendo, bajó la pequeña palanca y la plaza al completo se iluminó.

El gran árbol de Navidad ubicado a su espalda se encendió, los adornos colgados en las farolas se iluminaron y los árboles, cuyas hojas se habían caído con la llegada del otoño, volvieron a la vida alumbrados por las minúsculas tiras de luces que se habían colocado en ellos.

Eric entrecerró los ojos hasta que sus pupilas se adaptaron a toda la luz brillante que había a su alrededor y tuvo que reconocer que el pueblo se había convertido en una bella estampa navideña, con la

nieve acumulada a los laterales de las calles y los escaparates de las tiendas también iluminados.

Se alejó del alcalde y caminó hacia Cathy.

—Ha sido un discurso precioso —dijo ella con los ojos húmedos.

—Tú eres preciosa —contestó él.

Si las palabras de Eric le sorprendieron, Cathy no lo dejó entrever.

—¿Qué tal si nos tomamos un chocolate caliente? —sugirió ella.

—Empiezo a pensar que te has vuelto adicta a esa bebida.

—Después del café, es mi bebida favorita…. Mmm.

El gemido de Cathy lo golpeó con fuerza y sintió que su cuerpo despertaba de nuevo.

—Venga vamos. No seré yo el responsable de tu síndrome de abstinencia si no obtienes la cantidad que necesitas al día de esa sustancia.

—Es chocolate, Eric. Chocolate.

Bajaron del escenario donde el alcalde había tomado el micrófono y se dirigía al pueblo. Caminaron en silencio, uno al lado del otro, hasta que alcanzaron la cafetería.

Por primera vez en mucho tiempo Eric se sintió tranquilo, cómodo y feliz.

# 6 de Diciembre



El sonido de un vehículo hizo que Eric casi corriera hacia la ventana para comprobar que, en efecto, se trataba de Cathy.

Intentó regañarse a sí mismo, pero no lo consiguió. Desde la noche anterior un nerviosismo expectante se había asentado en su estómago y no le había permitido dormir.

Se sentía ilusionado y lleno de esperanza. Cathy lo había tomado de la mano y habían subido al escenario juntos de esa manera. Recordar la forma en que ella le había mirado durante el discurso y el posterior encendido de las luces hacía que suspirara como si fuera un maldito adolescente. Lo peor de todo era que no le importaba lo más mínimo porque lo que sentía por ella le asustaba, pero, al mismo tiempo, le hacía muy feliz.

Nevaba con fuerza en el exterior por lo que se abrigó a conciencia, agarró las llaves y la cartera y salió al exterior. Cathy le sonrió desde su coche y le hizo señas. Eric subió al asiento del acompañante y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Pensé que íbamos a ir en mi coche —dijo él y se dio cuenta de que sonreía como un bobo.

—Sí, pero me he traído la camioneta de mi padre que es más grande y tiene más sitio.

—Empiezo a estar asustado. ¿De qué tamaño quieres que sea el árbol?

—Grande, por supuesto —contestó ella con una sonrisa y dio marcha atrás.

Durante el trayecto hablaron sobre el pueblo y Cathy le puso al día sobre quién seguía viviendo allí y quién se había marchado. Le sorprendió descubrir que la mayoría de estudiantes con los que había compartido clases en el instituto seguían en Shackleton. Algunos habían ido a la universidad para después regresar al pueblo, otros no continuaron con sus estudios y encontraron un trabajo en la zona.

—¿A dónde vamos a comprar mi gran árbol de Navidad?

—¿Te acuerdas de Liam Sawyer?

—¿El *quarterback*?

—Sí, el mismo —confirmó ella—. Consiguió una beca deportiva para estudiar en la universidad, pero tuvo que regresar antes de terminar los estudios porque su padre enfermó. Falleció un año después y él se quedó en el pueblo.

—Vaya —musitó él.

Eric sintió una opresión en el pecho. Ninguno de sus progenitores había fallecido, pero había sufrido la pérdida de todas formas y sabía lo difícil que era.

Diez minutos después se adentraron por un pequeño camino que quedaba al oeste del pueblo. Cathy detuvo la furgoneta y estacionó junto a otros vehículos que allí había. A unos metros, en una explanada delimitada por una pequeña valla de madera, se exponían numerosos abetos de distintos tamaños y formas. Había personas mirando los ejemplares, más de las que Eric había esperado, y algunos niños corrían alrededor de los árboles.

Bajaron del coche y Cathy lo miró con una sonrisa traviesa. Eric se acercó a ella y sintió la tentación de abrazarla y pegarla a su cuerpo.

—Comienza la búsqueda del árbol perfecto —anunció ella.

—No sé por qué, pero me da la impresión de que, en realidad, mi opinión aquí no cuenta para nada.

—Por supuesto que sí. El árbol es para tu casa.

—Si tú lo dices…

Se adentraron en el pequeño bosque de abetos y comenzaron a caminar entre ellos. Eric señalaba algún árbol y Cathy, a continuación, negaba con la cabeza y explicaba por qué no le gustaba. Perdió la noción del tiempo que estuvieron mirando árboles, a él le parecían todos iguales y se hubiera llevado cualquiera. Sin embargo, su amiga parecía estar disfrutando con la búsqueda del árbol perfecto y él no iba a estropear el momento. Había descubierto una nueva adicción: las sonrisas de Cathy.

Cathy exclamó algo y pegó un par de pequeños saltos. Eric soltó una carcajada y se acercó a ella. Se situó tras su amiga y observó el árbol que había ante ellos.

—Parece que hemos encontrado el adecuado —comentó él.

—Es precioso —alabó ella—. Quedará perfecto en tu salón.

—Si a ti te gusta, nos lo llevamos.

Eric sintió el calor que emanaba del cuerpo de Cathy. Su pecho casi rozaba la espalda de ella y lo invadieron unas ganas tremendas de abrazarla y hundir la nariz en su cuello. Quería olerla y empaparse de su esencia, esa que era única de ella y que lo había vuelto loco de adolescente.

Levantó los brazos para rodear su cintura, pero una voz lo

interrumpió.

—Parece que habéis encontrado el vuestro.

Ambos se giraron, Eric bajó los brazos con rapidez y observó al hombre que había hablado. Era muy alto, más que él mismo, tenía una barba de tres días, unos profundos ojos grises y el pelo castaño corto y despeinado. Llevaba unos vaqueros, una gruesa camisa de cuadros y un par de recias botas negras. Liam, porque Eric estaba seguro de que se trataba de él, cumplía con el estereotipo clásico de leñador.

—¡Liam! —exclamó Cathy—. Me alegro de verte, no sabía si estarías tú aquí o nos atendería tu hermano.

—Le he dado el fin de semana libre a Jonathan. Lleva toda la semana volviéndome loco porque ha conocido una chica de Harlow y solo piensa en quitarme la camioneta para ir a verla —explicó el hombre poniendo los ojos en blanco.

Cathy soltó una carcajada y Eric no pudo evitar fruncir el ceño. ¿Qué era lo que ella encontraba tan divertido en el otro hombre?

—¿Ya no recuerdas lo que era tener su edad? —preguntó Cathy—. Todos éramos iguales.

—Supongo que sí, pero a veces pienso que debería haberlo obligado a ir a la universidad.

—¿Qué edad tiene tu hermano? —intervino Eric, sintiéndose molesto de que no lo incluyeran en la conversación.

—¡Oh! Lo siento mucho —se disculpó Cathy—. Liam, este es Eric Ferguson. Quizá lo recuerdes del instituto. Era mi mejor amigo.

—Soy su mejor amigo —la corrigió Eric y extendió el brazo hacia el otro hombre—. Eres Liam Sawyer, nuestro *quarterback* estrella.

El carpintero le estrechó la mano y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Siento mucho lo de tu padre —dijo Eric.

—Gracias —contestó el otro hombre de manera escueta, le soltó la mano y giró la cabeza hacia Cathy—. Entonces, ¿os lleváis este?

—Sí, por supuesto. Es para Eric, se ha mudado al pueblo y ahora vive en la casa de los Mulligan.

—Al final, todas las ovejas negras terminamos volviendo al redil —dijo Liam con una sonrisa torcida.

El hombre levantó el árbol con una mano y colocó la otra bajo la maceta que sostenía el abeto. Dio la vuelta y se dirigió hacia una mesa de madera que había situada en un lateral con una pequeña caja metálica, una calculadora y un cuaderno. Cathy lo siguió y se entretuvo hablando con él mientras este preparaba el árbol pasando una cuerda por las ramas para sujetarlas contra el tronco.

Eric los observó en la distancia y no le gustó la escena. Cathy charlaba animadamente y Liam… Bueno, desde donde él estaba el carpintero parecía estar coqueteando con ella. Le sonreía mientras ella

hablaba y, en un momento dado, dijo algo que la hizo reír a carcajadas. Eric apretó los puños y resopló. El sonido de su móvil lo distrajo, sacó el aparato del bolsillo de su abrigo y vio que era un mensaje de Dylan. Era lo último que necesitaba en ese momento. Bloqueó el móvil y caminó con paso firme hacia donde Cathy y Liam estaban.

—¿Todo listo? —preguntó con voz tensa.

—Sí, justo iba a pagar…

Eric sacó la cartera y le dio un billete de cien dólares a Liam, después agarró el árbol y se dio la vuelta para dirigirse a la furgoneta de Cathy.

—Espera, Eric. Tengo que darte el cambio.

—Quédatelo.

—Pues… bien, gracias —contestó Liam en tono confuso.

Caminó con el árbol hasta el vehículo y esperó a que Cathy llegara. Abrió el coche y colocó el abeto dentro, asegurándose de que quedaba tumbado para que no golpeara los laterales del maletero. A continuación, se subió al asiento del acompañante y esperó a que su amiga arrancara. Esta lo hizo y lo miró, pero él no le devolvió la mirada.

La escuchó suspirar y, a continuación, el coche se puso en marcha.

# 7 de Diciembre



Cathy conducía su viejo coche muy despacio. Nevaba con tanta fuerza que le costaba ver la carretera. Su padre le había insistido en que no saliera, pero era domingo y quería aprovechar que tenía el día libre para ir a casa de Eric. Esperó hasta después del almuerzo, sin embargo, la nieve no parecía querer dar una tregua por lo que se lanzó a la calle sin pararse a pensarlo demasiado.

Había decidido no avisar a su amigo. Temía que le diera alguna excusa para que ella no fuera a visitarlo y no quería darle la opción de hacerlo. Sabía que algo le pasaba a Eric y por más que había intentado descubrir de qué se trataba, no lo consiguió.

El camino de vuelta a casa de él para dejar el árbol fue tenso y su amigo casi no pronunció palabra. Descargaron el árbol y le dijo que estaba cansado, dándole a entender que prefería que ella se marchara. Cathy no quería imponer su presencia y decidió que era mejor dejarlo solo.

Pero Eric no le había enviado ningún mensaje y le preocupaba haber hecho algo que le hubiera molestado.

Así que ahí estaba, conduciendo bajo una enorme tormenta invernal para intentar aclarar las cosas con su mejor amigo y que volviera a ser el de siempre. El motivo que iba a esgrimir era decorar el árbol que habían comprado el día anterior y esperaba que Eric no la echara a patadas de su casa.

Llegó a su destino con bastante dificultad, la nieve se estaba acumulando con rapidez en la carretera y al bajar de su coche se preguntó si podría volver sin problemas a su casa.

Una vez delante de la puerta, enderezó la espalda y llamó al timbre. Eric tardó varios minutos en abrir y cuando lo hizo la sorpresa se dibujó en su rostro.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte, Eric —respondió ella con sarcasmo—. ¿Vas a dejarme entrar o me voy a congelar aquí afuera?

—Sí, claro. Pasa.

Cathy entró, se quitó el abrigó y descalzó. Miró al salón y comprobó que su amigo había colocado el árbol en el lugar que ella le sugirió el día anterior. Eso era buena señal y se dijo que Eric no iba a pedirle que se marchara. Le dedicó su mejor sonrisa.

—Conozco esa expresión. Vas a pedirme algo —dijo él.

—¿Pedirte? No, qué va. He venido para que decoremos el árbol de Navidad y coloquemos el resto de adornos.

Cathy lo miró a los ojos y Eric puso los suyos en blanco.

—De acuerdo. Terminemos con esto de una vez.

—Cualquiera diría que no te gusta la Navidad o…

—Es que no me gusta.

—O que no te agrada mi compañía —terminó ella.

Eric frunció el ceño mientras depositaba una caja con adornos encima del sillón.

—Por supuesto que me gusta pasar tiempo contigo. ¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Tu comportamiento de ayer —dijo ella—. No hablaste en el camino de vuelta y casi me echaste de tu casa.

—Yo no…

—Me dijiste que estabas cansado, que viniendo de ti significa que quieres estar solo.

Con la ayuda de Eric, distribuyó las tiras de luces a través de las ramas del abeto. Su amigo las conectó a la pared y cuando se encendieron soltó una exclamación.

—Es precioso. Ahora lo más divertido: la decoración.

Cathy empezó a colgar figuras y bolas de colores en el árbol. Eric la imitó en silencio. La chica lo observaba cada vez que agarraba un nuevo adorno, el rostro de él mantenía el ceño fruncido y decidió darle un poco más de tiempo.

Terminaron con el árbol y pasaron a colocar guirnaldas, pequeños Santa Claus hechos de felpa, coronas navideñas y lazos por toda la estancia. Eric la seguía, sosteniendo en las manos los objetos para que ella los colocara, pero continuaba sin hablar. Y cuando puso el último adorno se dijo que necesitaba saber qué le ocurría a su amigo.

—Ahora solo queda el muérdago.

—Yo no he comprado muérdago —replicó él.

—Lo traje ayer.

La bolsa que había dejado el día anterior en la entrada seguía en el mismo sitio. Cathy la agarró y sacó la rama de muérdago artificial de ella. Giró sobre sí misma hasta que encontró el lugar ideal para colgarla.

—La pondremos aquí, justo donde termina el vestíbulo de entrada y el techo tiene forma de arco. ¿Tienes una escalera?

Él asintió y se fue a buscarla. Cathy lo observó alejarse por el pasillo y negó con la cabeza. Decidió que ya había tenido suficiente.

Su amigo regresó con una pequeña escalera de tres peldaños y la colocó ante ella. Cathy subió, quitó el papel que protegía el adhesivo que traía el muérdago y lo situó en mitad del arco que el techo hacía en esa parte. Perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer, las manos de Eric la sujetaron por la cintura y aguantando su peso la bajó de las escaleras y la depositó en el suelo.

Quedaron a escasos centímetros el uno del otro. Las pupilas de Eric se dilataron y Cathy sintió que se le aceleraba la respiración. Los ojos de Eric eran de un asombroso marrón oscuro en los que a ella siempre le había gustado perderse.

Sentía las manos de él en su cintura, presionando en su piel a través de la ropa. El cosquilleo entre sus piernas se acrecentó y sin darse cuenta se acercó más a él. Las mejillas de Eric se colorearon levemente y aumentó el agarre en el cuerpo de ella.

Cathy intentó recuperar el control de sus sentidos, pero Eric estaba tan cerca de ella que solo tenía que levantar los brazos y rodear el cuello de él. Quería sentir los músculos de él bajo las palmas de sus manos, pegar su pecho al del hombre y juntar sus labios.

El sonido de su teléfono móvil la sobresaltó. Dio un paso hacia atrás y tropezó con la escalera. Eric movió las manos de su cintura a sus brazos para estabilizarla. Exhaló con fuerza y desvió la mirada.

—Deberías contestar, puede ser importante —dijo él.

Cathy se separó y fue hacia la entrada, sacó el móvil de su bolso y comprobó que era su madre.

—Hola, mamá.



Eric se alejó de ella y fue hasta la cocina, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de una sola vez. No era suficiente para apagar el calor abrasador que le recorría el cuerpo, pero era un principio.

Había estado a punto de besar a Cathy. Tenerla tan cerca, con su cuerpo a escasos centímetros había hecho que se olvidara de todo. Todavía sentía un hormigueo en las manos, tocarla hacía que Eric quisiera más. Ni siquiera importaba que estuvieran vestidos y hubiera

varias capas de ropa entre ellos. Anhelaba abrazarla, besarla y que ella gimiera entre sus brazos.

Eric jamás había deseado a nadie como la deseaba a ella. Cathy siempre lo fue todo para él y eso no había cambiado, aunque hubieran pasado muchos años separados sin apenas verse.

Bebió otro vaso de agua que no hizo nada por calmar el otro tipo de sed que sentía. Pensó en servirse una copa de algo de alta graduación.

—Mi madre quiere hablar contigo.

Se giró y vio que Cathy le tendía su teléfono. Miró el aparato y después a ella.

—Ya sabes cómo son las madres —se quejó ella.

Eric en realidad no sabía cómo se comportaban las madres. La suya había decidido que no quería serlo.

Tomó el teléfono de las manos de su amiga y contestó.

—Hola, Mildred. ¿Cómo estás?

—Bien. Bueno, estoy un poco preocupada. Le he dicho a Cathy que no se le ocurra regresar hoy. Pronostican que seguirá nevando con la misma intensidad hasta mañana, no quiero que se arriesgue a volver desde tu casa con su coche —expuso la mujer hablando a gran velocidad—. Las quitanieves no han salido todavía y Bill piensa que las carreteras van a quedar inutilizadas en un par de horas. Sé que no te importa que se quede allí contigo, pero conozco a mi hija y querrá volver.

Eric miró a Cathy que se había cruzado de brazos y lo observaba con atención.

—No te preocupes, yo me encargo de todo.

—Sabía que podía contar contigo —dijo Mildred con alivio—. Me alegro mucho de que hayas vuelto. Cathy te ha echado de menos y yo también. ¿Vendrás pronto a cenar?

—Por supuesto, cuenta con ello.

—Estupendo. Dile a mi hija que la quiero. Y, por supuesto, a ti también, Eric.

La mujer terminó la llamada y Eric le devolvió el teléfono a su amiga.

—¿Ha colgado?

—Sí. Te quedas aquí esta noche.

—Podría marcharme ya, las carreteras estarán todavía bien para circular.

—No vamos a arriesgarnos y le he prometido a tu madre que me ocuparía de ti. ¿Te apetece pasta para cenar?

Sin esperar respuesta, Eric comenzó a preparar la comida. Cathy lo observó un rato y entonces le dijo que le gustaría darse una ducha. Le facilitó toallas y le dejó uno de sus pijamas, mientras estaba en el

baño Eric preparó la pasta y una ensalada. Sacó una botella de vino blanco y la descorchó para que se aireara antes de la cena.

Cuando ella regresó de la ducha Eric se quedó sin aliento al verla. Llevaba el pelo húmedo, uno de sus pijamas que le quedaba demasiado grande y los gruesos calcetines de lana que le había dado. Eric recordaba que su amiga siempre tenía los pies fríos.

—Eso huele muy bien —dijo ella.

—Siéntate, por favor. ¿Te apetece vino?

Eric le indicó uno de las sillas altas que había en la isla de la cocina. Llenó una copa y se la puso delante.

—Gracias.

Cathy tomó un sorbo y miró a su alrededor.

—Necesitas una mesa con sillas, Eric.

—¿Para qué? Me gusta comer en la cocina.

—Pero ¿y cuándo tengas invitados?

—¿Qué invitados, Cathy?

Ella puso los ojos en blanco, Eric le sirvió un plato y se lo acercó. Colocó el cuenco de la ensalada entre ambos y comenzaron a comer en silencio.

Con el primer tenedor de pasta Cathy gimió y Eric maldijo para sus adentros. Ella continuó saboreando la pasta y a su entrepierna pareció gustarle los sonidos que ella hacía cada vez que se llevaba el tenedor a la boca.

—Esto está delicioso. No sabía que cocinabas tan bien.

—En San Francisco no salía mucho, decidí aprender a cocinar para no alimentarme exclusivamente de comida basura. A los dos meses o así me di cuenta de que se me daba bien —explicó él con un movimiento de hombros.

—Lo mío es la repostería, el resto se lo dejo a mi madre. Pero no pasa nada, porque ahora que sé que eres un gran cocinero, hacemos la pareja perfecta. Tú cocinas y yo me encargo del postre.

Su traicionera mente conjuró la imagen que ella había descrito y una cálida felicidad le inundó el pecho al imaginarse a ambos viviendo juntos, haciendo algo tan familiar como era cocinar en pareja.

Un pensamiento cruzó su cabeza y soltó sin pensar:

—¿Hay algo entre Liam y tú?

El tenedor resbaló de la mano de Cathy y cayó al suelo. Sin duda, la pregunta la había cogido por sorpresa. Eric se reprochó su falta de tacto. Se levantó y sacó un tenedor limpio del cajón, se lo dio a ella y recogió el otro del suelo para dejarlo después en el fregadero.

—¿Liam?

—Sí, Liam Sawyer. Ayer parecía… que eráis muy amigos.

Cathy removió la pasta con el tenedor sin mirarlo a los ojos y Eric

sintió que se abría un abismo bajo sus pies. ¿Qué iba a hacer si estaban saliendo juntos? Jamás se le ocurrió pensar que ella pudiera estar con alguien, había sido un imbécil al pensar que solo tendría que llegar a Shackleton y ella estaría esperándolo. Ni siquiera sabía si ella podía llegar a sentir algo por él.

—Hemos salido un par de veces. Es un hombre encantador y me hace reír, pero…

—¿Pero?

Eric se aferró al borde de la encimera con el corazón latiéndole a mil por hora.

—No hay química entre nosotros. Después de la segunda salida nos dimos cuenta de que no existía esa atracción necesaria para continuar —explicó ella y añadió—: Solo somos amigos.

Eric volvió a respirar. El mundo pareció asentarse de nuevo sobre su eje y tomó asiento. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había quedado de pie. Pero quedaba otra pregunta que tenía que hacer. Después de haberla visto con Liam tenía que asegurarse.

—¿Sales con alguien?

Cathy lo miró a los ojos.

—No.

Él no necesitó que ella añadiera nada más. Asintió, dio un sorbo al vino y continuó comiendo. Ella hizo lo mismo y terminaron de cenar en silencio.

Eric pensó que había llegado el momento de ponerse en marcha. No sabía cómo iba a hacerlo, pero tenía claro que no podía quedarse esperando a que ella le diera una señal clara. ¿Y si aparecía otro hombre? ¿Y si Cathy conocía a alguien antes de que Eric pudiera confesarle lo que sentía por ella? Shackleton era un pueblo turístico, la gente visitaba la zona para deportes relacionados con la naturaleza todo el año. No podía permitir que alguno de esos turistas se cruzara con su amiga despertando su interés.

Con esa idea en la cabeza terminó de recoger la cocina y se preparó para afrontar la que sabía que iba a ser una noche difícil.

# 8 de Diciembre



La noche no fue solo difícil, sino pura tortura.

Tal y como Eric imaginó, Cathy se empeñó en que compartieran la cama. Aludió a los cientos de veces que lo habían hecho de niños y en la adolescencia. Se cruzó de brazos y le dedicó su típica expresión obstinada mientras le aseguraba que, si él dormía en el sofá, ella lo haría en un sillón. Eric la conocía demasiado bien como para dudar de sus palabras.

Eric se alegró de haber comprado una cama de tamaño grande porque eso le daba más espacio para poder mantener una distancia prudencial con ella, aunque no fue así. Durante toda la noche, Cathy no dejó de pegarse a él. Eric incluso se levantó para comprobar que el termostato funcionaba correctamente y que la calefacción estaba encendida por si el problema de ella era que tenía frío.

A las dos de la mañana dejó de luchar y permitió que ella pegara la espalda a su pecho. Intentó dejar espacio suficiente para que, en el hipotético caso de que ella se despertara, no notara la erección de Eric clavada en sus nalgas.

La erección no desapareció en toda la noche lo que hizo imposible que Eric pudiera dormir. El olor de ella lo rodeaba por todas partes y sentirla pegada a él era como tener una estrella fugaz al alcance de la mano y no poder tocarla.

A las siete de la mañana abandonó la cama con sigilo y se dio una ducha en el baño de la planta baja. Dejó caer el agua templada por su espalda mientras se masturbaba con una mano. Lo hizo mientras imágenes de Cathy gimiendo bajo él poblaban su mente. Cuando terminó se sintió mal por haberse dejado llevar por su imaginación y usar a su amiga como objeto de sus fantasías. Mientras se secaba se repitió que ella no solo era su mejor amiga, sino la mujer de la que estaba enamorado.

Salió del baño negando con la cabeza. Si continuaba hablando consigo mismo con esa frecuencia acabaría perdiendo la cabeza.

Preparó café y se sentó en la cocina, observando el blanco paisaje que rodeaba la casa a través de la ventana. Unos minutos después escuchó ruido en la planta de arriba e imaginó que Cathy se había despertado así que se puso manos a la obra con el desayuno.

La chica apareció diez minutos más tarde. La vio asomar la cabeza por la esquina y sonrió. Cathy llevaba todavía su pijama y estaba adorable. Con el pelo revuelto, las marcas de las sábanas en la cara y los ojos somnolientos era la viva imagen de cualquier sueño húmedo que Eric hubiera podido tener en su vida. Se aclaró la garganta y le dio la vuelta al beicon que tenía en la sartén.

—¿Hambrienta?

—Famélica —contestó ella—. Pero antes necesito café. Tu cama es muy cómoda, no recuerdo la última vez que dormí tan bien. Lo que no cambia el hecho de que tenga sueño.

—Siempre te costó madrugar.

—Y tú siempre te levantabas con demasiada energía —replicó ella con una mueca.

Eric le tendió la taza de café y ella tomó un sorbo al tiempo que emitía un gemido.

—Estoy enamorada de tu cafetera.

—Vendí mi casa con todos los muebles, pero la cafetera se vino conmigo.

—Nos hicimos adictos al café a edad temprana.

—Es tu culpa —la acusó él—. Cuando cumplimos los quince decidiste que beber café era lo que la gente popular del instituto hacía y así fue como me llevaste al lado oscuro.

—Te encanta el café. Tarde o temprano habrías caído en la adicción —constató ella.

Soltó una carcajada y se giró hacia la sartén. Apagó el fuego y sirvió dos platos con los huevos revueltos y el beicon. Añadió un par de tostadas a cada uno y le dio un plato a ella. Tomaron asiento el uno al lado del otro.

—Sigue nevando y parece que seguirá así de momento. De todas formas, llamaré a la comisaría cuando termine de desayunar para comprobar el estado de las carreteras.

—Me gustaría ducharme, aunque no tengo ropa interior. ¿Podrías dejarme uno de tus bóxeres?

Eric se atragantó con el café y empezó a toser expulsando líquido por la nariz. Cathy se levantó con rapidez y le ofreció papel de cocina. Cuando consiguió recuperarse y respirar sin que nada obstaculizara sus vías respiratorias sintió que se sonrojaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

—Sí, sí. Ha sido solo el café —dijo él sin atreverse a mirarla a la cara. Se levantó y miró a su alrededor intentando recomponerse, vio la

lata de las galletas y la abrió tomando una—. Voy a buscarte… algo de ropa.

—¿Te estás comiendo una al día?

—Sí, claro. Por eso te pedí veinticinco. Una por cada día hasta Navidad.

Se alejó de la isla de la cocina dándole un buen mordisco a la galleta.

—Es como si tuvieras veinticinco días de Navidad.

—¿Cómo?

Eric seguía intentando recuperarse de la imagen que se había instalado en su cerebro: Cathy llevando solo uno de sus bóxeres y nada más. Era lo más erótico que jamás había podido imaginar y, sin embargo, era solo la escena que su mente había conjurado en unos segundos. Pensar que pudiera hacerse realidad y tenerla así ante él… Sacudió la cabeza e intentó centrarse en lo que ella le acababa de decir. Otra idea se abrió paso en su mente, porque si ella necesitaba ropa interior, ¿qué se había puesto la noche anterior después de ducharse?

—Las galletas de jengibre se comen en Navidad, por lo menos es la tradición en casa de mis padres. Te estás comiendo una cada día por lo que es como si estuvieras disfrutando de la Navidad a diario —explicó ella en tono paciente.

El hombre temió que ella se hubiera dado cuenta de los derroteros que habían tomado sus pensamientos.

—Sí, puede que tengas razón.

—Nunca te gustó mucho la Navidad —señaló Cathy.

—Sabes por qué —murmuró él.

Escuchó cómo ella se levantaba de la silla y se acercaba a él. Segundos después, la calidez de la mano de ella posada en su brazo hizo que se le acelerara la respiración. Con un pequeño apretón su amiga hizo que se girara.

—Sé que fue muy difícil para ti cuando tu madre se marchó justo antes de Navidad, pero es hora de que dejes aquello atrás y disfrutes de las fiestas.

Eric se volvió completamente para mirarla y sintió cómo la calma de ella se tragaba toda su ira, su pena y su resentimiento. No necesitaba nada más si tenía a Cathy.

—Siempre es más fácil cuando estoy contigo —admitió él en un susurro y dio un paso hacia ella.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto, Eric. Sin ti… —Ella pareció dudar, pero continuó—: No ha sido igual desde que te fuiste. Sé que te marchaste hace muchos años, pero para mí fue difícil perderte.

El corazón le dio un vuelco en el pecho y Eric intentó controlar su

entusiasmo porque, hasta el momento, Cathy no había dado a entender otra cosa que no fuera que había echado de menos a su mejor amigo.

—Ahora estoy aquí y no voy a volver a marcharme —le aseguró él.

—Bien.

Levantó la mano y deslizó un dedo por la mejilla de ella. Sintió cómo el aliento de la chica escapó entre sus labios y Eric sintió la imperiosa necesidad de besarla. Tiró de todo el autocontrol que poseía y dejó caer el brazo al tiempo que daba un paso hacia atrás. No podía precipitarse, tenía que ir despacio e ir mostrándole a ella sus sentimientos poco a poco, pues lo último que quería era asustarla.

Si Cathy decidía que lo único que quería de él era su amistad, Eric lo aceptaría. Y para ello no podía soltar todo lo que tenía en su interior, llevaba muchos años manteniendo sus sentimientos a raya. No era el momento de ponerse de rodillas y confesarle que era la única para él, que siempre lo había sido.

Inspiró y le dedicó una sonrisa que ella le devolvió.

—Voy a por lo que necesitas para que puedas darte esa ducha.

Subió las escaleras con rapidez sin atreverse a mirar atrás. No quería correr el riesgo de ver en el rostro de Cathy algo que le hiciera abandonar la idea de ir despacio. Tampoco quería que los ojos se le desviaran hacia el trasero de ella y pudiera así confirmar que ella había dormido sin ropa interior.



Cathy bajó las escaleras despacio, intentando prepararse mentalmente para ver a Eric de nuevo. La mirada que le había dedicado antes de que ella fuera a ducharse la tenía confundida. Durante un instante le pareció distinguir un brillo de interés en los ojos de él, lo que hizo que miles de mariposas echaran a volar en su interior. ¿Existía la posibilidad de que Eric la viera como algo más que solo una amiga? Eran mejores amigos, pero Cathy ansiaba más.

No encontró a Eric en el salón ni en la cocina, así que tomó el pasillo y miró en las habitaciones que allí había. En una había amontonadas varias cajas y nada más, otra estaba completamente

vacía y, finalmente, encontró a su amigo en la estancia que había convertido en su despacho personal. Estaba sentado en la mesa, mirando algo en el ordenador. Golpeó el marco de la puerta con los nudillos y Eric levantó la cabeza de la pantalla, al verla sonrió. Cathy sintió que las piernas se le volvían de gelatina porque Eric era el hombre más atractivo que había conocido.

El pelo castaño le caía por la frente y las gafas de montura gruesa le daban un aire intelectual que a Cathy le calentaba la sangre. Eric siempre fue guapo, de una manera sutil y que no llamaba la atención, pero ella recordaba cómo lo miraban algunas chicas en el instituto. Él nunca le prestó atención a ninguna porque decía que con la amistad de ella no necesitaba nada más.

—Pasa, solo estaba comprobando mi correo —dijo él.

—Así que aquí es donde vas a trabajar —comentó ella.

Cathy paseó por la estancia sintiendo la mirada de él clavada en su espalda.

—¿Para qué es la mesa de dibujo?

—Eso…

El titubeo de él hizo que se girara para mirarlo. Las mejillas de Eric se habían sonrojado un poco.

—¿Qué es lo que pasa?

—La mesa es… para mi nuevo trabajo. Es decir, a lo que voy a dedicarme a partir de ahora —explicó él sin mirarla a los ojos—. Voy a escribir e ilustrar novelas gráficas. Es lo que quiero hacer.

Cathy lo miró sorprendida e impresionada a partes iguales.

—Pero eso es estupendo, Eric —dijo ella con sinceridad—. Aunque… ¿puedes permitirte dedicarte a ello? Quiero decir que, si ya no tienes tu empresa de San Francisco y hasta que consigas un editor, puede pasar un tiempo.

—Eso no es problema, Cathy. Mi empresa… Bueno, exempresa —se corrigió a sí mismo y negó con la cabeza como si le costara hacerse a la idea de que ya no era suya— era pionera en la implantación de la inteligencia artificial en prótesis. Recibimos varios premios a lo largo de los años y nuestra tecnología se usa en muchos ámbitos —explicó él—. Lo que quiero decir es que mi parte de la empresa tenía un valor bastante elevado. Con lo que he conseguido por su venta tengo suficiente para el resto de mi vida.

Cathy lo miró con la boca abierta.

—¿Quieres decir que eres millonario?

—En realidad, «multimillonario» sería la palabra más correcta.

—Creo que necesito sentarme.

Eric se incorporó con rapidez y le ofreció su silla, puesto que no había otro lugar para sentarse en la estancia excepto un banco metálico alto que había junto a la mesa de dibujo. Cathy se dejó caer

en la silla de ruedas y lo miró estupefacta.

—Eres multimillonario.

—Sí.

—¿Por qué?

—Bueno, como ya te he dicho la empresa cotizaba en bolsa y alcanzó un precio de…

—No me refiero a eso. Sino ¿por qué la has vendido? ¿Por qué dejarlo todo, tu trabajo de años, tus éxitos, tu vida en San Francisco? Solo para volver a este pequeño pueblo de montaña que vive del turismo.

—Porque aquí estás tú —contestó él con simpleza.

A Cathy se le derritió el corazón al escuchar las palabras de Eric. ¿Lo había dejado todo para regresar al lugar donde ella estaba? ¿Lo había hecho por ella? Se sintió abrumada, un millón de ideas se le agolparon en la cabeza y el aire se le atascó en la garganta.

Desvió los ojos hacia la estantería y una caja llamó su atención. Se levantó y acercó la mano hacia el objeto, acariciando el lateral con delicadeza.

—¿Es esta…?

—Sí, lo es —confirmó Eric.

—¿La has guardado todos estos años?

—Por supuesto. No podía deshacerme de todos esos recuerdos —dijo él—. ¿Quieres ver lo que hay dentro?

—Sí.

Eric sacó la caja con una mano, le tendió la otra a ella y Cathy la agarró. Se levantó de la silla y él la guio hacia el salón sin soltar su agarre. Caminaron así, agarrados de la mano, hasta llegar al sofá. Tomaron asiento y Eric abrió la vieja lata de galletas de su infancia. Empezó a sacar lo que había dentro y Cathy sintió que se le humedecían los ojos.

—Estas son las entradas de la primera vez que fuimos al cine solos, sin adultos —comentó él sosteniendo las pequeñas piezas de papel entre los dedos.

—¿Guardas todavía esa foto? —dijo ella señalando una imagen de ellos dos.

—Está todo aquí, Cathy. Todo lo que empezamos a guardar desde que nos conocimos. ¿Recuerdas la promesa que hicimos?

Cathy lo miró, con los ojos empañados por las lágrimas. Estas caían sin control por sus mejillas. En aquella caja no solo estaba parte de su infancia, sino también su adolescencia y los momentos que había compartido a lo largo de los años con la persona más importante de su vida.

—Prometimos guardar todo lo que hiciéramos juntos en esta caja para siempre —susurró ella.

—Exacto. Yo nunca rompo una promesa.

Cathy apoyó la cabeza en el hombro de Eric y durante las siguientes horas se dedicaron a rememorar el pasado. Rieron ante las situaciones en las que se vieron envueltos, recordaron sus travesuras y sus experimentos, Cathy derramó alguna que otra lágrima más y, en un momento dado, Eric pasó el brazo por encima de sus hombros mientras continuaban compartiendo recuerdos de su pasado juntos.

El sonido de la quitanieves los devolvió al presente. Eric se levantó y miró a través de las cortinas al exterior.

—Han despejado la carretera y ha dejado de nevar.

Cathy se levantó del sofá y estiró los brazos.

—Supongo que debería volver a casa o mis padres se preocuparan si ven que no regreso cuando ya se puede circular con seguridad —dijo ella.

Eric asintió, volvió junto a ella y guardó todo lo que habían sacado de la caja de nuevo en esta. Cathy sintió el corazón encogerse al ver todos los recuerdos agrupados, de nuevo, en aquella vieja lata. Podría haberse quedado allí sentada, arropada por él, el resto de la tarde. Pasar otra noche con Eric tampoco habría supuesto un problema para ella.

Fue hacia la entrada principal, se calzó y se puso la ropa de abrigo. Su amigo se acercó hasta ella con las manos en los bolsillos.

—Supongo que nos veremos pronto —dijo Eric, aunque sonó más a pregunta que a afirmación.

Cathy sonrió, porque empezaba a darse cuenta de que había mucho más en la mirada que él le dedicaba de lo que en un principio había creído. Y como lo conocía tan bien como a sí misma, sabía que tenía que dejar que las cosas siguieran el curso que Eric impusiera. No tenía problema en hacerlo, su corazón latía henchido de felicidad y ella tenía todo el tiempo del mundo.

Sin pensarlo dos veces, se acercó a él y lo besó en la mejilla.

—Hasta pronto, Eric.

Salió de la casa, subió a su coche y puso rumbo de vuelta a casa de sus padres.

# 9 de Diciembre



Eric estacionó la furgoneta en el camino de entrada de la casa de su padre. Bajó y alcanzó el porche a grandes zancadas. Antes de poder pulsar el timbre, su padre abrió la puerta y lo abrazó con fuerza hasta que sintió que no podía respirar.

—Vas a asfixiarme.

Su padre soltó una carcajada, se separó de él y le palmeó la espalda un par de veces antes de hacerse a un lado y dejarle espacio para que entrara.

En cuanto traspasó el umbral para Eric fue como retroceder en el tiempo. La casa tenía el mismo aspecto por fuera, pero en el interior tampoco había cambiado nada. Se quitó las botas y el abrigo y siguió a su padre hasta la cocina. Este le sirvió una taza de café y luego indicó que lo siguiera a la sala principal, donde el hombre tomó asiento en un viejo sillón y Eric lo hizo en el sofá.

Con la taza de café en las manos, Eric paseó la mirada por la chimenea donde una hilera de fotografías enmarcadas mostraba a su padre junto a él a diferentes edades. Se percató de que no había ninguna foto de su madre y no pudo evitar alegrarse. A su padre le había llevado muchos años hacerse a la idea de la partida de ella, incluso después de firmar el divorcio, el hombre había mantenido fotos y objetos que pertenecieron a su exmujer en la casa.

Eric no sentía remordimientos por lo que pensaba de la mujer que lo había traído al mundo, que era, en pocas palabras, que no la consideraba su madre. El día en que, cuando él contaba con solo diez años, salió de la casa y dijo que se marchaba para no volver, para Eric supuso el momento en que su madre dejó de serlo. Porque las madres no abandonaban nunca a sus hijos.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto —dijo su padre, claramente emocionado.

—Yo también, papá.

—¿Vas a quedarte entonces en Shackleton? ¿De manera

indefinida?

Eric miró a su padre. Carl Ferguson apenas había cambiado con el paso de los años. Seguía teniendo una buena mata de pelo que llevaba demasiado largo, una prominente barriga y unos ojos oscuros muy parecidos a los del propio Eric. Recordaba cómo, de pequeño, su madre siempre había comentado que no había heredado nada de ella y que era idéntico a su padre. Cuando su madre los abandonó, Eric se alegró mucho de no tener ningún parecido a ella. De esa forma podía borrarla de su vida, sin tener nada en él mismo que se la pudiera recordar cada vez que se mirara en un espejo.

—Sí, papá. Como te comenté por teléfono, he vendido mi empresa y mi casa. No hay nada en San Francisco para mí y Shackleton siempre ha sido mi hogar, aunque no viniera a menudo.

No pudo evitar sentirse un poco avergonzado ante el hecho de que nunca visitó su padre con la frecuencia que debería haberlo hecho.

—No tienes que sentirte mal por el pasado, hijo —dijo Carl y le palmeó la rodilla—. Lo importante es que ahora estás aquí y, aunque me hubiera gustado que hubieras aceptado quedarte aquí conmigo, vas a vivir en el pueblo por lo que podremos vernos cada vez que quieras escuchar las historias de tu viejo padre.

—Necesito tu ayuda con varias cosas —comentó él.

—Lo que quieras. No vuelvo a coger el camión hasta el jueves, aunque regresaré el domingo y después volveré a tener unos días libres —explicó su padre.

—Eso es, precisamente, uno de los asuntos que quería tratar contigo.

—¿Mis días libres?

—No, tu trabajo y que pienso que ya es hora de que te jubiles.

Carl lo miró por encima de la taza de café, tomó un sorbo y con gesto pensativo depositó la bebida en la pequeña mesa auxiliar que tenía a su derecha.

—No tengo edad para jubilarme.

—Tienes sesenta años, ya has trabajado suficiente.

—La empresa no da jubilaciones anticipadas —constató el hombre —. Y no pienso aprovecharme de tu amistad con Damon. Sé que él, como director general y dueño de la mayoría de las acciones de la empresa, podría concedérmela, pero no me parece ético puesto que hay compañeros en situaciones familiares más complicadas que la mía —expuso su padre con total tranquilidad.

Eric sonrió. Su progenitor siempre fue un hombre de principios que le inculcó desde pequeño lo que eran la responsabilidad y la ética en la vida. No podía sentirse más orgulloso de su padre que en ese momento.

—No se trata de eso, no pondría en un compromiso a Damon,

aunque ahora me has dado una idea para debatir con él —dijo Eric y se pasó la mano por la barbilla mientras la idea se abría paso en su mente—. Sí, sin duda tengo que volver a visitar a Damon, esta vez será una cuestión de negocios.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Si te jubilas ahora, la pensión que te quedará se verá reducida bastante, pero yo cubriré la diferencia. —Su padre levantó una mano para hablar, pero él lo detuvo—. Déjame que termine, papá. He vendido mi empresa y soy multimillonario. No tendría que trabajar ni un solo día el resto de mi vida y, si alguna vez los tengo, ninguno de mis hijos tampoco tendría que hacerlo. Puedo permitirme tu jubilación, mi dinero apenas se resentiría con lo que supondría completar el resto de tu pensión.

—Pero…

—Papá, has trabajado toda tu vida para que a mí no me faltara nada y no me refiero solo a la parte económica. —Eric hizo una pausa y miró a su padre a los ojos. Esos que eran tan parecidos a los suyos propios—. Cuando mamá se fue te volcaste en cuidarme, pasar tiempo conmigo e intentaste que no la echara de menos pidiendo en el trabajo que te dieran solo rutas locales. Te sentabas a hacer los deberes conmigo todas las tardes y aprendiste a hacer galletas para que yo tuviera dulces caseros como el resto de niños —enumeró Eric y sintió que se le hacía un nudo en la garganta—. Has sido… Eres el mejor padre que se podría tener. Déjame que te devuelva, de alguna manera, parte de todo lo que me has dado.

Su padre lo miraba con el rostro surcado por las lágrimas. El hombre se restregó los ojos para secarlos, pero se le escapó un sollozo. Con torpeza se levantó del sillón y tiró de Eric para que este se levantara y así poder abrazarlo.

No supo el tiempo que estuvieron así. Su padre sollozando en su hombro y él aferrado al hombre que se había sacrificado por él de mil maneras distintas.

Cuando Carl consiguió recuperar el control del llanto volvió a tomar asiento en su sillón y bebió de su taza.

—Entonces, ¿piensas buscarte un *hobby* o vas a dedicarte a contemplar la naturaleza? —se burló su padre.

—Voy a escribir e ilustrar novelas gráficas. Tengo muchas ideas y es algo que siempre he querido hacer.

—Esas novelas son como los cómics, ¿verdad?

—Sí, con más páginas y las historias están más desarrolladas, pero esa es la idea.

—Siempre te gustó dibujar, así que no me sorprende. Me encantará leer lo que hagas.

—De momento es un proyecto, quizá no llegue a ningún sitio y a

nadie le interese publicar mis historias, pero quiero intentarlo.

—Te irá bien, en determinación no te gana nadie —dijo su padre.

Durante un rato, hablaron del pueblo y Carl le contó las mejoras que su amigo Damon había instaurado en la empresa desde que cogió el timón de esta. Los trabajadores estaban muy contentos, los beneficios sociales eran mejores y, en general, el aserradero iba mejor que nunca. Eric se alegró por su amigo, sabía que no había tenido más opción que hacerse cargo de la empresa familiar a la muerte de su padre y, aunque siempre supo que ese era su destino, Damon había compartido con él en la universidad sus sueños. Los cuales distaban mucho de dirigir un aserradero.

—¿Y qué pasa con Cathy?

La pregunta de su padre lo sobresaltó. Pensaba que seguían hablando del trabajo de Carl.

—¿Qué pasa con ella?

—Supongo que ya os habréis visto. Conociéndote, seguro que es la primera persona a la visitaste nada más llegar a Shackleton.

—Algo así —murmuró él.

—Eric, soy tu padre y no soy tonto. El principal motivo de que hayas vuelto al pueblo es ella. ¿O me equivoco?

Soltó un gruñido y miró a su padre con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo has sabido?

El hombre soltó una carcajada y se reclinó en su sillón.

—¿Te crees que no tenía ojos en la cara? Cuando os conocisteis de niños vuestra amistad fue especial desde el primer día —explicó su padre—. De adolescente, era imposible no darse cuenta de la forma en que la mirabas y el hecho de que nunca salieras con ninguna otra chica. Siempre estabas pegado a ella y, déjame decirte, ella a ti. Lo que me sorprende es que te fueras tan lejos.

—Me dieron una beca completa y yo… —Hizo una pausa y rebuscó entre sus recuerdos el día que le dijo a Cathy que se marchaba a la universidad a otro estado—. Tenía que demostrarme a mí mismo que podía conseguirlo, que podía tener éxito y ser algo más que el chico tímido e introvertido al que nadie le prestaba atención excepto Cathy.

—Y lo conseguiste —afirmó su padre—. Así que, ahora que has vuelto, supongo que no la dejarás escapar.

—Esa es la idea —murmuró él.

—Bien, si necesitas algún consejo…

—¿Sobre mujeres?

— O sobre sexo.

—¡Papá! —Eric se cubrió los ojos con las manos—. Los padres nunca practican el sexo. Jamás.

Su padre se echó a reír con ganas y Eric también sonrió.

—Para lo que sí necesito tu ayuda es para conseguir un coche. Estaba pensando en algo de segunda mano, ¿conoces a alguien que quiera vender el suyo?

—¿Me estás diciendo que eres multimillonario y vas a comprarte un coche de segunda mano? —preguntó su padre con incredulidad. Se levantó del sillón con energías renovadas y caminó hacia la entrada principal—. Ya que vas a vivir aquí será mejor que ayudes a la economía del pueblo, así que vamos a ir al concesionario de Martin y vas a comprarle un coche nuevo. El mejor *pick-up* que tenga en la tienda.

—¿En serio? —preguntó Eric mientras se ponía el abrigo.

—Por supuesto. Además, conseguiré que te haga un descuento, aunque no lo necesites —contestó Carl con un guiño.

Eric salió de casa de su padre riendo, lo siguió hasta su furgoneta y montó en el asiento del acompañante.

—¿Sabes? Ya que me voy a comprar un coche nuevo, quizá podría comprarte otro a ti. Esta furgoneta es bastante vieja.

Su padre le dedicó una mirada asesina.

—Voy a pensarme lo de la jubilación, pero mi vieja furgoneta se queda conmigo de momento.

El hombre pasó las manos por el volante con fingida devoción, arrancó y escuchó el sonido del motor embelesado.

—¿Lo escuchas? Está en perfecto estado, así que no se hable más de cambiarla. A ver si te piensas que vas a poder manejarme a tu antojo porque tengas dinero. Sigo siendo tu padre, que no se te olvide que puedo contarle a Cathy muchas anécdotas tuyas embarazosas

Eric rio con ganas y todavía continuaba riendo cuando entraron al aparcamiento del concesionario.

# 10 de Diciembre



Los dueños de las tiendas y negocios de la calle principal de Shackleton se encargaban de mantener las aceras limpias de nieve para ayudar al ayuntamiento a que el pueblo quedara despejado y facilitar así las compras a los vecinos y turistas. Cathy agradecía en ese momento el hecho de que la nieve hubiera sido apartada a los laterales de la calle, pues caminaba con varias bolsas colgando de los brazos al tiempo que cargaba con dos cajas que pesaban más de lo que en un principio había imaginado.

Todos los años Cathy colaboraba con la recogida de ropa, alimentos y juguetes que se llevaba a cabo en el pueblo. Todo lo que recaudaban se destinaba no solo a las familias más desfavorecidas de Shackleton, sino también a las de otros pueblos cercanos y ella disfrutaba ayudando. Era una forma de devolver a la comunidad parte de lo que recibía, porque Cathy se sentía querida en su pueblo. Le encantaba vivir allí y si, en alguna ocasión, se había preguntado cómo habría sido ir a la universidad… Lo descartaba con rapidez porque era feliz y sentía que estaba donde debía estar.

—¿Cathy?

La inesperada voz profunda de Eric hizo que trastabillara con sus propios pies, perdió el equilibrio y si no hubiera sido por él, las cajas habrían acabado en la acera.

Su amigo la sostuvo con fuerza por los brazos y la estabilizó. Cathy resopló, comprobó que las cajas seguían seguras en sus manos y levantó la cabeza para regañar a Eric, pero se encontró con el hermoso rostro de su amigo que la observaba con una sonrisa burlona.

—¿Qué encuentras tan divertido?

—La facilidad con la que pierdes el equilibrio.

—No lo hubiera perdido si no me hubieras asustado. No puedes llamar a la gente sin avisar antes.

—Pero eso es lo que he hecho. Te he llamado por tu nombre antes de lanzarme a hablar contigo —rebatió él.

Cathy puso los ojos en blanco.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a hacer la compra —dijo Eric—. Pero puede esperar, te ayudaré con esas cajas. ¿A dónde vas?

Su amigo le quitó las dos cajas que cargaba en los brazos y las sostuvo como si no pesaran nada.

—¿Desde cuándo eres culturista? —preguntó Cathy deteniendo la mirada en los brazos del hombre.

Eric soltó una risita y la instó a caminar.

—No soy culturista, Blancanieves —contestó él y el uso del apodo que él le había puesto hacía tantos años hizo que el corazón le diera un brinco en el pecho—. Empecé a ir al gimnasio cuando llegué a San Francisco porque necesitaba deshacerme del estrés del trabajo. Mi intención es montarme uno en el sótano de mi casa, aunque ahora mismo no es una prioridad.

—Tenemos un gimnasio en el pueblo —señaló ella.

—Lo sé, pero por si no te habías dado cuenta, no se me da demasiado bien estar con otras personas.

Su amigo le dedicó un guiño y a Cathy se le escapó un suspiro que intentó ocultar hablando con rapidez.

—Estas cajas son para la recaudación anual que el pueblo hace en Navidad, para las familias más desfavorecidas. Mi madre siempre encuentra cosas todos los años en casa que ya no usamos y colocamos una caja en la tienda, junto al mostrador, para que los clientes donen lo que quieran.

—¿Qué tipo de objetos pedís? ¿O aceptáis cualquier cosa que la gente quiera donar?

—Principalmente comida, ropa y juguetes. El reparto se hace justo antes de Navidad para que todo el mundo pueda tener regalos —explicó ella—. Colaboro todos los años e intento conseguir patrocinadores, sobre todo para el tema de los juguetes. Ningún niño debería quedarse sin regalos porque sus padres se encuentren en una situación difícil —dijo ella con tristeza.

Caminaron un par de calles hasta llegar al cruce donde se encontraba el colegio de primaria.

—Es aquí —dijo ella señalando el edificio—. Usamos la biblioteca para almacenar las donaciones y preparar las cajas.

Entraron en el colegio y se dirigieron a la sala que ella había indicado donde se acumulaban bastantes bolsas y cajas. Cathy le dijo a Eric dónde podía dejar las que él llevaba y ella situó las bolsas junto al resto.

—Podría hacer una donación —dijo él—. No puedo donar nada porque, bueno, no tengo nada.

—Todavía no tienes ni una mesa donde comer.

—Ya te he dicho que me apaño bien con la cocina —replicó él—. De todas formas, podría hacer una compra por internet y hacer que os la entreguen directamente aquí.

—No es necesario…

—Cathy, sabes que el dinero no es problema y quiero ayudar —dijo él—. ¿Te espero en mi casa después del trabajo?

Lo miró sin comprender la pregunta.

—¿Para qué?

—Para que me ayudes a hacer el pedido de mi donación, por supuesto.

Eric le dedicó una enorme sonrisa y Cathy no pudo resistirse. Cualquier excusa era buena para pasar más tiempo con él.

—Allí estaré.



Eric casi se abalanzó en dirección a la puerta principal cuando escuchó el timbre. Antes de abrir tomó aire y lo soltó despacio en un intento de calmar los nervios que le atenazaban el estómago.

Ver a Cathy siempre le alegraba el corazón, pero su encuentro con ella de esa misma mañana había servido para que volvieran a pasar tiempo juntos por la tarde. No pensó, cuando se decidió a ir al centro del pueblo a hacer la compra, que se cruzaría con su amiga y que encontraría un motivo para que volvieran a verse.

Tenía claro que debía dar un paso más en la dirección correcta si quería que su relación prosperara hacia algo más. Eric no se había dado cuenta mientras vivía en San Francisco de lo mucho que la había echado de menos. En esos momentos vivían en el mismo pueblo, estaban muy cerca y, sin embargo, se le hacía cuesta arriba el pensar en pasar un solo día sin verla. No quería precipitar las cosas, pero cada vez que estaban juntos todo lo que Eric ansiaba era tocarla, besarla y confesarle lo que sentía.

Abrió la puerta y el aire frío del exterior se coló por esta, pero él ni lo sintió. Cathy llevaba un gorro de lana gris oscuro y su eterno abrigo rojo. La chica levantó dos bolsas que llevaba en la mano y le dedicó una sonrisa luminosa.

—He traído la cena: comida china. Recordé que te gustaba mucho

de adolescente. Espero que siga siendo así.

—Me sigue gustando la comida china. Pasa.

La chica entró y le entregó las bolsas. Eric las dejó en la mesa auxiliar que había delante del sofá y donde había colocado su ordenador portátil. Fue hacia la cocina y sacó dos refrescos del frigorífico. Regresó al salón y Cathy ya se había instalado sentándose entre la mesa y el sofá, abría en ese momento una de las cajas de comida y olisqueaba lo que había dentro.

—Espero que no hayas olvidado cómo usar los palillos —dijo él.

—Por supuesto que no. Nos llevó una semana dominar su uso, es imposible que yo vaya a olvidar cómo usarlos en esta vida ni en la siguiente —contestó ella.

Eric tomó asiento junto a ella y comenzaron a comer en silencio. Le preguntó sobre cómo había ido la mañana con la recaudación solidaria y ella le narró lo que habían conseguido y las cajas que habían preparado.

Cuando terminaron de comer, Eric metió todas las cajas vacías en las bolsas y las llevó a la cocina. Regresó y se sentó, de nuevo, junto a ella. Acercó el portátil y le mostró a ella lo que había estado haciendo durante la tarde.

—Tengo pedidos preparados en varias empresas, pero no he querido tramitarlos hasta que no le echaras tú un vistazo. Temía comprar cosas que no fueran útiles —explicó él.

Cathy comenzó a mirar una página web tras otra y se giró hacia él con los ojos muy abiertos.

—¿Vas a comprar todo esto?

—Sí —confirmó él—. ¿Por qué? ¿No es suficiente? Si quieres podemos ver qué es lo que tiene más demanda y añadir más de…

—¡Eric! —exclamó ella y se llevó la mano para cubrirse la boca.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Cathy, no entiendo qué te ocurre. Ya sabes que no se me dan bien las personas, aunque a ti te suelo leer sin dificultad, ahora mismo me siento muy confuso.

Su afirmación hizo que el semblante de Cathy cambiara y soltara una carcajada. La chica rio durante varios minutos, cada vez que lo miraba, las carcajadas brotaban de sus labios como las gotas de lluvia de las nubes en una tormenta. Eric la observaba atónito sin comprender qué ocurría.

Diez minutos después, Cathy pareció conseguir recobrar la compostura y limpiándose una solitaria lágrima lo miró y negó con la cabeza.

—Eres increíble, Eric. Y divertido. No sabía cuánto había echado de menor reír de esta forma. Solo tú me haces reír así —dijo ella con expresión dulce.

Eric seguía confundido, pero su confusión acababa de pasar a un

segundo lugar porque las palabras de ella lo hicieron sentir importante. Intentó centrarse en el asunto que tenían entre manos.

—Pero ¿necesitamos comprar más cosas entonces?

Cathy rio de nuevo, aunque esta vez no llegó a convertirse en un ataque de risa.

—Eric, es más que suficiente. Casi podría asegurar que lo que tienes aquí —dijo señalando la pantalla del ordenador— es igual que todo lo que hemos recaudado hasta la fecha.

—Ah, bien.

—¿Cómo que bien? ¡Es muchísimo, Eric! No puedes gastarte todo este dinero.

—¿Por qué no? —preguntó él, sintiéndose confundido de nuevo.

—Porque… Porque…

Cathy pareció quedarse sin palabras. Paseó la mirada del ordenador a él y viceversa.

—Cuando me dijiste que eras multimillonario, ¿de qué cantidad estábamos hablando exactamente?

—Bueno, vendí mi parte de la empresa por cinco mil millones de dólares. Según mi abogado, podría haber pedido más, pero no quería alargar demasiado el proceso. Además, no necesito más.

—¿Cinco… mil millones?

La expresión atónita de Cathy le arrancó una sonrisa.

—¿He conseguido impresionarte? —dijo Eric con una sonrisa arrogante.

Cathy le golpeó el brazo y él se echó a reír.

—Dijiste que eras multimillonario, y pensé que, quizá, habías vendido tu empresa por dos o tres millones de dólares.

—Mi empresa ha revolucionado el mundo de las prótesis. La tecnología que desarrollé usando la inteligencia artificial ha permitido que miles de personas puedan volver a caminar, incluso aquellas con parálisis de miembros inferiores por lesión medular —explicó él con orgullo—. Esa tecnología vale muchísimo más, aunque nunca más que las vidas de esas personas que ha podido mejorar. El programa informático que desarrollé debería ser libre para que cualquier empresa pudiera replicarlo y que así llegara a más personas. Pero no es posible porque el programa está registrado a mi nombre y el de mi socio —se lamentó Eric.

—Es maravilloso lo que has conseguido y, aunque la situación no es la que tú querrías que fuera, ya hay muchas personas disfrutando de una vida mejor —lo consoló ella.

La mano de Cathy seguía apoyada en su brazo y el contacto parecía quemarle la piel, incluso a través de la ropa.

—Así que ahora me quieres más porque soy rico.

Ella sacudió la cabeza, pero su sonrisa se mantuvo.

—Siempre te he querido, Eric.

Cathy pareció darse cuenta de lo que había dicho y abrió la boca para añadir algo, pero él se le adelantó.

—Sal conmigo a cenar. Mañana, por ejemplo —soltó Eric sin pensar.

El semblante de Cathy volvió a mostrar sorpresa, pero se recuperó con rapidez. Apretó los labios y desvió la mirada. Eric pudo sentir cómo el cuerpo de ella se tensaba y frunció el ceño.

—Yo… Mañana no puedo —dijo ella.

Se levantó y rodeó el sofá. Miró a su alrededor hasta que sus ojos se posaron en el vestíbulo de entrada.

—Tengo que irme, mañana tengo que madrugar porque el pedido de guantes para esquiar llega antes de la hora de apertura. Le dije a mi padre que yo me encargaría, para que él no tuviera que levantarse tan temprano.

Eric se incorporó y caminó hacia ella. Conocía a Cathy y sabía que la chica estaba intentando desviar la conversación y rellenarla con cualquier otro tema.

La detuvo cuando esta se puso el abrigo y con suavidad la instó a que se diera la vuelta. Se miraron durante unos segundos, el nerviosismo de Cathy era evidente y tenía las mejillas sonrojadas.

—Mañana he quedado con mis amigas. Todos los años cenamos juntas antes de Navidad. Empezamos a hacerlo cuando Lauren se casó hace tres años, no puedo faltar —dijo ella casi sin respirar.

—Podemos quedar otro día —susurró él.

Ella dio un paso hacia atrás, agarró su gorro y se lo puso. Se colgó el bolso y se acercó a la puerta.

—Sí, claro.

—¿El viernes? —preguntó Eric.

—Mejor…. Mmm… Lo hablamos, ¿vale? Te llamaré, o seguramente nos veamos antes. El pueblo no es tan grande —balbuceó ella. Abrió la puerta y salió al exterior, antes de cerrar tras ella se giró hacia él—: Hasta luego.

Eric se quedó unos minutos observando la puerta que su amiga le había cerrado, prácticamente, en la cara. Se pasó una mano por el rostro y resopló mientras regresaba al salón. Se dejó caer en el sofá y agarró el ordenador, tramitó los pedidos que había hecho en las diferentes páginas web e indicó la dirección de entrega del colegio de primaria de Shackleton. Después, dejó de nuevo el aparato en la mesa y se recostó en el sofá.

¿Acababa Cathy de rechazarlo? Eric no era un experto en mujeres. En realidad, era exactamente lo opuesto cuando se trataba de relacionarse con otras personas, pero tenía la amarga sensación de que su amiga le había dado calabazas.

¿Es que había malinterpretado el interés de ella? Cathy le había dicho que estaba muy feliz de que él hubiera vuelto al pueblo y lo había echado de menos. Sus ojos brillaban cuando hablaba con él y sonreía constantemente. Eric había tomado todos aquellos detalles como muestra de que ella sentía algo más profundo por él.

Quizá se había equivocado. ¿Qué sabía Eric del amor? Solo tenía para comparar lo que él sentía por Cathy y era un sentimiento que parecía consumirlo desde dentro y que hacía que no existiera nada excepto ella cuando estaban juntos. Pero ¿era así como todo el mundo se sentía?

Se pasó las manos por el pelo con frustración. Decidió que tenía que distraerse con algo. Fue hacia su despacho y se sentó ante la mesa de dibujo. El material que necesitaba para empezar a trabajar en sus primeros dibujos llegó por la mañana, por lo que empezó a realizar bocetos en un intento de sacarse de la cabeza a Cathy y su estrepitoso fracaso al pedirle una cita.

# 11 de Diciembre



Eric se pasó todo el día intentando dibujar. No lo consiguió, lo único que sacó adelante fueron varios bocetos y la preocupación y frustración que sentía no lo abandonaron en ningún momento.

No podía sacarse de la cabeza que Cathy lo había rechazado. De manera sutil, pero lo había hecho. Se había negado a salir con él a cenar, ¿qué otra cosa podía significar si no el hecho de que no quería tener una relación romántica con él?

Se sentía agobiado, la casa parecía asfixiarlo y necesitaba salir de allí. Pensó en cenar, pero el apetito lo había abandonado. A las nueve de la noche decidió ir al pueblo, la gente solía ahogar sus penas en alcohol y, aunque Eric no bebía ni siquiera cerveza, pensó que podía ser una buena opción. Cualquier cosa que le entumeciera la mente durante un rato serviría.

Salió de su casa y descartó conducir, puesto que su intención era beber. Caminó hacia el centro del pueblo, admirando por el camino las casas decoradas a su paso. Los vecinos de Shackleton disfrutaban con las festividades navideñas y se entregaban a ello desde el día siguiente a Acción de Gracias.

Algunas casas tenían numerosas figuras hinchables en el jardín delantero. Papá Noel, renos, muñecos de nieve y cualquier elemento relacionado con la Navidad se movían con suavidad al ritmo de la brisa nocturna. Tiras de luces adornaban ventanas y puertas, guirnaldas se enroscaban en los rieles de las barandillas de los porches e incluso el sonido amortiguado de villancicos le llegaba desde algunas viviendas.

Sin duda, Shackleton era un paraíso navideño en esa época y, de alguna forma, toda esa expresión festiva convertía al pueblo en un lugar cálido, familiar y hacía que Eric sintiera, más que nunca, que estaba en casa.

Se detuvo ante la puerta del bar. El pub irlandés llevaba establecido en el pueblo desde que él era niño. Lo regentaba desde

siempre la familia Brady, aunque el viejo Pete debía de ser ya bastante mayor.

Abrió la puerta y el ruido del interior lo envolvió de inmediato junto con el olor a cerveza. Entró y se dirigió directamente a la barra, tomó asiento en uno de los taburetes y se quitó la ropa de abrigo. Miró a su alrededor y se sorprendió al comprobar que el local estaba bastante lleno para ser un jueves. Los clientes, en su mayor parte, parecían ser turistas, pero también distinguió varias mesas ocupadas por gente del pueblo. Al fondo parecía haber una reunión de chicas, aunque no reconoció a ninguna.

Detrás de la barra, un chico de pelo oscuro y ojos claros se acercó hasta él.

—Buenas noches, ¿qué te pongo, Eric?

Miró al camarero y entrecerró los ojos intentando recordar quién era. ¿Se conocían o es que el chico lo había reconocido? En realidad, no le sorprendía lo más mínimo puesto que todo el mundo parecía saber quién era él. Cuando paseaba por el pueblo o entraba en alguna tienda, la gente se dirigía a él por su nombre.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Sinceramente, no.

—Soy Connor Brady. Estaba dos cursos por debajo de ti en el instituto, aunque me pasaron a clases avanzadas y coincidimos en un par de asignaturas.

—¿Eres el nieto del viejo Pete?

—Sí, el mismo —confirmó el chico—. Mi abuelo murió y mi padre no quiso hacerse cargo del negocio familiar, se dedica a otras cosas —comentó sin darle importancia, aunque a Eric no se le escapó el brillo duro en los ojos claros de Connor—. En fin, ¿qué te pongo?

—Quiero emborracharme —soltó Eric sin pensar.

Connor soltó una carcajada.

—Entonces has venido al sitio perfecto. Aunque antes de servirte necesito saber si vas a conducir después.

—He venido andando y pretendo volver de la misma manera.

—Estupendo. ¿Cerveza?

—Sí, supongo que está bien para empezar.

Media hora después, Eric se había bebido tres cervezas servidas en jarra. Se notaba relajado y la cabeza ligera como si todas las preocupaciones hubieran abandonado el rincón que ocupaban en su mente. Se quitó las gafas y se frotó los ojos, volvió a ponérselas y confirmó que el problema no eran los lentes, sino sus propios ojos. Aquella debía ser la nebulosa de la que todo el mundo hablaba en relación al alcohol.

Miró su jarra vacía y llamó a Connor.

—Nunca había bebido cerveza en jarra.

—Se llama pinta, el tamaño en el que se sirven en Irlanda y Reino Unido.

—Las pintas tienen muy buena pinta —dijo él dejando escapar una risita.

Connor sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que ya has bebido suficiente.

—Ni de lejos. Sírveme otra —pidió Eric.

—Ponme a mí otra —dijo una voz masculina a su derecha.

Eric se giró hacia el dueño de la voz y se sorprendió al ver a Liam.

—¿Qué haces aquí?

—Esto es un bar, he venido a beber —contestó el carpintero.

—Me refería a… —Eric observó la camisa a cuadros que el hombre llevaba y su atención se dispersó—. ¿Por qué siempre vas vestido como un leñador?

Liam le dedicó una enorme sonrisa.

—Quizá porque trabajo con madera.

Connor depositó las dos jarras de cerveza en la barra y le habló a Liam.

—Creo que Eric ya ha bebido suficiente, pero insiste en seguir.

Liam lo escudriñó con atención mientras le daba un sorbo a su cerveza.

—Nah, todavía está bastante sobrio. Seguro que si le preguntas algo sobre ordenadores podrá darte una larga explicación sobre el tema.

Eric recordó de repente la pregunta que había intentado hacerle al hombre antes.

—¿Por qué te has sentado aquí?

—Estaba libre.

Frunció el ceño y observó al hombre.

—Tú y yo no somos amigos.

Escuchó a Connor reírse por lo bajo, pero no le prestó atención.

—Podríamos serlo —dijo Liam.

—Saliste con Cathy.

—Así es.

—¿La besaste? ¿Te acostaste con ella?

—¡Guau! —exclamó el hombre—. Así que por eso no te caigo bien. De acuerdo, pongamos las cartas sobre la mesa. Salí un par de veces con ella, es cierto. No nos besamos y no nos acostamos. Nos dimos cuenta de que entre nosotros no había… No sé, esa química de la que todo el mundo habla. Decidimos ser solo amigos. ¿Contento?

Eric sintió que el alivio lo inundaba por dentro. Pensar en tener que cruzarse por el pueblo con alguien que hubiera estado con Cathy le revolvía las tripas. Saber que Liam y ella no habían llegado a ese punto lo tranquilizaba.

—Entonces sí podemos ser amigos.

Levantó su jarra y la entrechocó con la de Liam que lo miraba con una mueca burlona.

La puerta del pub se abrió y un grupo de chicos jóvenes entró hablando y riendo en voz alta. Se acomodaron en una de las mesas que había pegadas a la pared y tomaron asiento en los bancos acolchados situados a cada lado de esta. Uno de los jóvenes se acercó a la barra y pidió jarras de cerveza y chupitos de tequila.

Eric se terminó su bebida y miró a Connor, primero cerrando el ojo izquierdo y después el derecho.

—¿Estás ya lo suficiente borracho? —le preguntó Liam que no se había terminado todavía su primera cerveza.

—Bebes demasiado despacio.

—Me gusta saborear la cerveza —contestó el hombre—. Así que te interesa Cathy.

—Estoy enamorado de Cathy —aclaró Eric y se preguntó si habría hablado más de la cuenta.

—Vale, y ¿qué piensas hacer?

Eric hundió los hombros, apoyó los brazos en la barra y dejó caer la cabeza.

—No tengo ni idea. La invité a cenar ayer y me rechazó. Me dijo que tenía una reunión con sus amigas, pero estaba nerviosa. Creo que me mintió.

En ese momento, las risas del grupo de chicos aumentaron. Algunos se levantaron y hablaron en voz alta, Eric fue consciente del ruido de un par de sillas al caer y unas voces femeninas.

—Mierda —masculló Connor desde detrás de la barra.

Eric se giró en su asiento y, a pesar de que su visión no era completamente clara en ese momento debido al alcohol ingerido, distinguió a Cathy de inmediato. Estaba con el grupo de chicas que había visto al entrar y que se sentaban al fondo del pub.

Dos chicos, parte del grupo que había llegado gritando y riendo, estaban junto a estas. Parecían haber bebido demasiado, uno de ellos gesticulaba de manera exagerada y el otro miraba a Cathy con un hombro apoyado en la pared. Su amiga intentó levantarse, pero el chico le puso una mano en el hombro y le impidió hacerlo. Después, el joven se dejó caer en una silla junto a ella. Eric frunció el ceño al ver la familiaridad con la que el chico se dirigía a su amiga.

—Estos universitarios siempre acaban dando problemas. No saben beber —comentó Liam.

Entonces, el chico posó la mano en el muslo de Cathy y Eric sintió que la rabia se apoderaba de él. ¿Quién se creía ese cretino que era para tocar a su chica? Se levantó con ímpetu y casi dejó caer el taburete.

—¿Qué pasa? —preguntó el carpintero. El hombre miró hacia el grupo del fondo—. Mierda, esa es Cathy.

—Sí, y ese gilipollas la está tocando.

Eric se dirigió hacia el grupo a grandes zancadas, casi perdió el equilibrio un par de veces, pero llegó hasta ellos sin caerse.

—Imbécil, quítale las manos de encima.

El chico lo miró sorprendido.

—¿Me hablas a mí?

—Claro. ¿Ves a algún otro gilipollas por aquí que esté tocando a mi novia?

—¿Qué me has llamado?

El universitario se levantó de la silla con la furia dibujada en la cara, era más alto que Eric y, si el volumen de sus brazos no engañaba, era deportista. Se acercó a él dejando solo varios centímetros entre ellos, pero no se dejó intimidar por el chico.

—Gilipollas —repitió Eric—. Lárgate de aquí, estáis molestando a estas chicas y estabas tocando a mi Cathy.

El chico le dio un empujón y rio cuando Eric trastabilló dando un par de pasos hacia atrás.

—¿Quién te crees que eres? Lárgate de aquí y déjanos disfrutar de la noche.

Eric sintió que la ira tomaba las riendas y sin pensarlo dos veces levantó el brazo y estampó el puño contra el rostro del chico. Este soltó un grito, mitad asombro mitad enfado, y se llevó las manos a la cara.

—Pero ¿qué haces? —preguntó el otro chico que estaba sentado—. Acabas de pegarle a mi hermano.

—Es un gilipollas.

El otro se levantó de la silla y fue hacia él. Lo cogió por la camisa y lo zarandeó. Eric lo empujó en el pecho, pero fue como intentar mover un muro. El chico soltó una mano y le clavó el puño en el estómago, lo que hizo que Eric se doblara en dos y cayera en el suelo. Escuchó el grito de alguien, miró hacia arriba y se dio cuenta de que había perdido las gafas, aunque pudo distinguir sin problemas la silueta amenazante del chico que le había golpeado.

Intentó levantarse y sintió que alguien le ayudaba desde atrás, sosteniéndolo por las axilas. Vio movimiento a su izquierda, escuchó forcejeos y el lamento de alguien.

—Quédate aquí —dijo Connor.

Al parecer, el camarero era quien lo había ayudado a levantarse. Lo depositó en una silla y se acercó al grupo que forcejeaba a pocos metros de él. Una mujer lloraba y alguien parecía intentar apaciguar los ánimos. Se escuchó el sonido de cristales y, entonces, luces azules y rojas inundaron el local. Se escucharon más voces y la palabra

«policía». Eric se sintió aliviado, pero no duró porque alguien se acercó a él y le estampó un puño en la cara. El pub empezó a dar vueltas y Eric cayó de la silla.

Unos segundos después unas fuertes manos lo agarraron y tiraron de él hacia el exterior. El frío de la noche lo golpeó con fuerza y le ayudó a deshacerse de la confusión que poblaba su mente. Se dejó guiar hacia una ambulancia y allí fue atendido por un médico que le dijo que no tenía ningún corte, pero que el golpe del estómago le dolería durante varios días. También le informó de que el ojo se le pondría morado y le indicó que tomara analgésicos y se pusiera hielo.

Liam lo encontró sentado en el escalón de la acera con un paquete de hielo pegado al rostro. El aspecto del hombre no era mejor que el suyo. Tenía manchas de sangre en la camisa, cortes en el labio y en una ceja, y el pómulo derecho inflamado.

—Has liado una buena en el pub. Connor está enfadado.

—Me haré cargo de los destrozos.

—Eso mismo ha dicho Cathy.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? —preguntó Eric, preocupado.

—Sí. Ella y el resto de chicas están bien. Pero si Connor está enfadado, Cathy está furiosa.

—Lo importante es que esté bien y que esos gilipollas hayan entendido que no pueden ir por ahí tocando a mujeres sin permiso.

—Créeme que les ha quedado claro que no pueden tocar a tu Cathy.

—No es mía —replicó Eric.

—Allí dentro —dijo Liam señalando el pub— dijiste que lo era. Aunque creo que es lo que tú quieres que sea.

Eric se removió inquieto y sintió un pinchazo en el vientre.

—¿Por qué has intervenido?

—No iba a dejar que te rompieran la cara. Recuerda que ahora somos amigos.

—Supongo que sí lo somos. Me has defendido y te han golpeado por mi culpa.

—No hay nada como una pelea para estrechar lazos —comentó Liam jocoso—. Toma, he recuperado tus gafas. No se han roto.

Eric se las puso y vio a pocos metros, en la acera, a Cathy que hablaba con un policía. Ella le devolvió la mirada, frunció el ceño y volvió la cabeza.

—Tendrás que disculparte porque la has jodido a lo grande.

—Solo intentaba ayudar y…

—A veces, las mujeres no necesitan superhéroes —señaló Liam—. En fin, piensa en una buena forma de disculparte.

—¿Alguna idea?

Liam rio y lo miró con ternura.

—No tienes ni idea de mujeres, ¿verdad?

—No.

—¿Y de hombres?

La pregunta lo cogió por sorpresa. Miró a Liam y este levantó una ceja con gesto insinuante.

—¿Me estás tirando los tejos?

—Podría ser. ¿Estás interesado? —contestó el carpintero con interés.

—Soy hetero.

—Yo también lo fui una vez, hasta que me di cuenta de que era bisexual —dijo el hombre con un encogimiento de hombros—. Repito, ¿estás interesado?

Eric puso los ojos en blanco y Liam se echó a reír.

—No. Solo me interesa Cathy.

—Qué pena —repuso el hombre y le dio una palmada en la espalda—. Aquí viene el jefe Hawkins. Que no te intimide su tamaño, es joven y bastante tolerante.

Eric se levantó con cuidado, con una mano en el estómago, para hablar con el policía. Solo quería acabar con aquello y marcharse a casa. Se daría una ducha y se metería en la cama.

E intentaría hallar la manera de que Cathy lo perdonara.

# 12 de Diciembre



La señal en la puerta de la tienda indicaba que estaba abierta, algo que ya sabía Eric. Fijó la vista en la palabra y se dijo que eso era justo lo que tenía que hacer. Abrirse a Cathy, decirle lo que sentía y explicarle el porqué de los acontecimientos ocurridos la noche anterior.

Eric ni siquiera tenía resaca. Al parecer, todo lo que se necesitaba para limpiar el cuerpo de alcohol era una pelea. Se llevó la mano al ojo de manera instintiva e hizo una mueca cuando el dolor se extendió desde la zona que se había tocado con los dedos al resto de la cara.

El ojo ya había empezado a amoratarse, pero no le importaba. Era un daño colateral a la estupidez que había cometido la noche anterior y, además, nunca le había importado su aspecto. Eric era de los que creían a ciegas en que la belleza estaba en el interior porque era la única explicación que tenía para que Cathy se hubiera fijado en él tantos años atrás. Era consciente de que no era un hombre atractivo y no le importaba lo más mínimo.

Los recuerdos de lo que había sucedido en San Francisco acudieron a él. Aquello dolía, pero no podía evitar estar también agradecido porque el vivir esa situación fue el empujón que necesitó para regresar a Shackleton. Para volver a casa y donde estaba una de las pocas personas que siempre lo había querido por él mismo. Sin artificios, sin mentiras y con total sinceridad.

Inspiró con fuerza y, con determinación, entró en la tienda de los Anderson. Echó un vistazo alrededor y comprobó que no había clientes, excepto uno con aspecto de turista que en ese momento recogía la bolsa que le entrega el padre de Cathy.

Se acercó despacio al mostrador y Bill lo miró ceñudo.

—Buenos días, señor Anderson.

—Hola, Eric. Me alegro de verte al fin, Mildred lleva días esperando que vayas a casa. Tiene muchas ganas de verte.

—Lo siento, he estado ocupado.

—Sí, de algo me he enterado.

El hombre se cruzó de brazos y lo miró expectante. Eric se aclaró la garganta.

—Siento mucho lo que pasó anoche. He venido a hablar con Cathy —dijo él y añadió—: A disculparme.

Bill lo miró unos segundos más. Descruzó los brazos y le dio la vuelta al mostrador hasta llegar a él. Le pasó un brazo por los hombros y a Eric lo asaltaron los recuerdos de su infancia, cuando el hombre hacía lo mismo para explicarle algo sobre senderismo, pesca o escalada. Bill Anderson era un hombre sencillo, feliz de vivir en Shackleton con su pequeña familia y que acogía a todo el mundo en su casa como si fueran parientes cercanos.

En el hogar de los Anderson Eric encontró un lugar al que ir cuando necesitaba alejarse de su realidad familiar. En aquel entonces, su padre hacía todo lo que podía para que Eric no echara de menos a su madre, pero a veces la añoranza le inundaba el pecho y Eric sentía que se ahogaba. En esas ocasiones, tomaba su bicicleta y pedaleaba con fuerza hasta llegar a casa de Cathy. Allí lo recibía Mildred con algún dulce, lo invitaban a quedarse a cenar y a pasar la noche. Bill se preocupaba de llamar a su padre para que supiera que estaba con ellos y durante unas horas, Eric sentía que pertenecía a esa familia. Se convencía de que era un Anderson más, algo que más tarde le hacía sentirse culpable porque Eric amaba a su padre.

Bill lo guio hasta las estanterías que albergaban el material de escalada y que quedaban junto a la puerta de la tienda.

—Sé que has vuelto por mi hija —dijo el hombre en voz baja.

Eric clavó los ojos en los de Bill y asintió mientras tragaba con dificultad.

—Sí.

—Quiero que sepas que Mildred y yo te apoyamos. Si necesitas algo, puedes contar con nosotros.

—Yo… Yo no sé qué decir.

—Sabemos que llevas toda la vida enamorado de nuestra hija. Siempre pensamos que… Bueno, que no te irías a la universidad sin hablar con ella antes. Sobre todo, cuando Cathy decidió no ir a estudiar también. —El hombre esbozó una mueca—. Ojalá Cathy se hubiera marchado contigo, pero es algo que no puedo cambiar.

—Entiendo por qué lo hizo. La familia es importante para ella.

—Lo sé, pero es joven. Debería haber disfrutado de todas las experiencias que una muchacha de su edad vive en la universidad —se lamentó el hombre.

—Cathy es inteligente, nadie la forzó y fue su decisión. Ella no se arrepiente. Yo hubiera hecho lo mismo en su lugar —le aseguró Eric.

—También lo sé y es por eso, precisamente, por lo que quiero que

sepas que, para nosotros, siempre has sido como un hijo.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Asintió sin mirar al hombre, no podía enfrentarse a esa mirada bondadosa o se echaría a llorar.

—Discúlpate con ella y hazla feliz —dijo Bill y le palmeó la espalda con fuerza—. Y, por favor, no más peleas ni más visitas de la policía.

Eric rio entre dientes. La puerta que daba al almacén de la tienda se abrió en ese momento y ambos se giraron hacia ella. Cathy apareció por el umbral de esta y al verlo frunció el ceño.



Cathy observó a los dos hombres que se acercaban a ella sin poder evitar fruncir el ceño.

Conocía a su padre bastante bien y la sonrisa que este tenía en su rostro solo significaba que había estado haciendo de las suyas. Lo que se traducía en que había hablado con Eric y se habría puesto de parte de su amigo.

Cathy estaba enfadada con su amigo, aunque también había otros sentimientos en su interior que se mezclaban con el enfado haciendo difícil mantenerse molesta con él.

—¿Qué haces aquí? —le espetó a Eric.

—¿Podemos hablar?

—No hay nada de lo que hablar.

—Discrepo. Para empezar, me gustaría disculparme por mi comportamiento de ayer.

—¿De cuál de ellos? Porque hubo varios momentos en los que te comportaste como un salvaje. Como cuando le pegaste a ese chico. O cuando decidiste que yo necesitaba que me protegieras.

La puerta de la tienda se abrió y una pareja con dos niños pequeños entró.

—¿Por qué no seguís con esta conversación en el almacén? —dijo su padre al tiempo que los empujaba a ambos hacia el lugar indicado.

Cathy resopló, pero obedeció. Conocía a Eric y sabía que no se iría hasta que pudiera soltar lo que tenía en la cabeza. Una discusión en la tienda no era buena para el negocio.

Cruzó la puerta que daba al almacén y caminó hasta llegar a la mesa que su padre tenía al fondo. En esta había un ordenador y detrás de ella una estantería metálica con numerosos archivadores. Se apoyó en la mesa y miró a Eric.

—Lo siento, Cathy. Sé que actué mal y no hay excusa posible para lo que hice excepto que había bebido y que me puso enfermo ver cómo ese tipo te manoseaba.

—Sabes que tengo veintiocho años, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí, claro. Tienes la misma edad que yo. Pero no entiendo qué tiene…

—Ese es el problema, Eric. Que no entiendes a la gente —señaló ella y sintió que su ira se disipaba porque ¿cómo iba a estar enfadada con él? Su amigo siempre había tenido dificultades para comprender a los demás—. Ese chico se estaba propasando conmigo, pero yo podía haberlo manejado y deshacerme de él. ¿Crees que es el primer baboso con el que me cruzo en la vida?

—¿Alguien más se ha propasado contigo? Si alguien del pueblo…

—Ey, tranquilo, tigre. ¿De dónde ha salido toda esta agresividad? ¿Te la contagiaron todos esos cabezas huecas con los que coincidías en el gimnasio?

Las palabras de ella parecieron confundirlo. La expresión de Eric cambió a la que siempre asomaba a su rostro cuando su mente encontraba algo difícil de comprender.

—¿Cómo…? ¿Cuándo…?

Cathy no pudo evitar reír ante la confusión de su amigo.

—¿Cómo sabes que iba al gimnasio? —preguntó él finalmente.

—Es fácil saberlo, Eric. Estás mucho más… desarrollado —dijo ella al tiempo que el recuerdo de su amigo semidesnudo se materializaba en su cabeza—. Siempre fuiste delgado y… Cuando te vi en tu casa, acababas de salir de la ducha… En fin, que vi los músculos.

—Ah, sí. Claro.

Eric no se dio cuenta de la turbación de ella, algo que Cathy agradeció.

—¿Por qué bebiste tanto?

Su amigo pareció indeciso durante un momento. Ella arqueó una ceja y Eric hundió los hombros.

—Estaba enfadado y confuso. Pensaba que me habías mentido, que no querías salir a cenar conmigo y que te habías inventado una salida de chicas para no ofrecerme una negativa directa —explicó él a toda prisa—. Luego llegó Liam y me dijo que no os habíais acostado, eso me animó un poco, pero de todas formas seguí bebiendo porque quería emborracharme y olvidarme de ti. La lógica me decía que el alcohol no te haría desaparecer de la noche a la mañana, pero me dolía aquí. —El hombre se señaló el pecho—. No sabía qué hacer con

todos esos sentimientos que tenía en mi interior.

Cathy lo miró de hito en hito. Eric acababa de vaciar su alma ante ella y ni se había dado cuenta de que lo hacía. Dolor, inseguridad, incomprensión y… amor. Todas esas emociones iban entrelazadas con cada una de sus palabras y Cathy sintió que se le derretía el corazón.

Eric apretaba los puños junto a las piernas y la miraba expectante.

—No te mentí. Era verdad que había quedado con mis amigas. ¿Por qué habría de mentirte? Nunca lo he hecho y no voy a empezar a hacerlo ahora.

—Tienes razón, pero anoche… No era capaz de verlo así. Solo tenía en la cabeza que me habías rechazado.

—Porque ya tenía un compromiso anterior.

—Pero estabas nerviosa. No me miraste a los ojos y tú siempre lo haces cuando me hablas, porque tú me ves —dijo él con desasosiego.

—Eric…

Su amigo se acercó a ella y le apartó un mechón de pelo que había resbalado y le tapaba uno de los ojos. Su oscura mirada recorrió su rostro.

—Eres preciosa, Cathy —susurró Eric—. Cuando vi a ese individuo ponerte la mano encima perdí los papeles. Lo siento mucho, sé que no debería haberme portado así, pero no puedo decir que me arrepienta. No permitiré que nadie te haga daño —dijo él con vehemencia.

Cathy suspiró. Si le quedaba alguna duda de lo que su amigo sentía por ella se desvaneció en ese momento. Tendría que ir con cuidado porque el exceso de emociones abrumaba a Eric y no podía presionarlo demasiado o a saber con quién acabaría peleándose la próxima vez.

—Está bien, te perdono —dijo ella dando un paso hacia atrás.

—¿Sí?

A Eric se le iluminó el rostro y dejó a Cathy sin aliento. Era tan guapo que la visión de su sonrisa la hacía perder el hilo de sus pensamientos.

—Con una condición.

—Lo que sea. Dime qué quieres que haga.

—No te va a gustar.

—Da igual.

—Tienes que venir a patinar conmigo —anunció ella.

—¿Patinar sobre hielo? —Ella asintió y Eric dejó escapar un gruñido—. Sabes que nunca he patinado.

—Venías siempre conmigo al lago.

—Y me sentaba en la orilla a dibujar mientras tú hacías piruetas —replicó él.

—Esta vez vas a patinar. Es hora de que aprendas y quizá algún año podrás participar en la competición navideña que se organiza en

el pueblo.

Eric la miró pensativo. Pareció querer argumentar algo contra la idea de patinar, pero pareció pensarlo mejor y solo asintió.

—Iremos mañana por la tarde, tengo que ayudar a mi padre en la tienda así que te recogeré en tu casa cuando termine.

—De acuerdo, pero no tengo patines.

—No te preocupes por eso —la tranquilizó él.

Cathy se acercó a él y lo besó en la mejilla.

—Oh —murmuró él.

—Nos vemos mañana.

Salió del almacén y Eric la siguió.

Cathy se acercó a una mujer que miraba los aparejos de pesca, le echó un último vistazo a su amigo que pareció dudar ante la puerta de la tienda. Lo vio enderezar la espalda, se despidió de ella con un gesto de la mano y salió al exterior.

Cathy sonrió y pensó que estaba totalmente colada por su mejor amigo. Que siempre lo había estado y que eso nunca cambiaría.

# 13 de Diciembre



El insistente sonido del timbre despertó a Eric. Levantó la cabeza de la almohada y comprobó la hora en el reloj de su mesa de noche. ¿Quién llamaba a su puerta a las siete de la mañana de un sábado?

Se levantó de la cama y agarró las gafas, se las puso mientras descendía por la escalera mascullando entre dientes.

Abrió la puerta y miró boquiabierto a los dos hombres que había en su porche.

—¿Qué hacéis aquí?

Damon levantó dos vasos de café para llevar. A su lado, Liam hizo lo mismo.

—No lo entiendo —dijo Eric.

—Al parecer, Liam y yo hemos tenido la misma idea hoy.

—¿Qué idea? ¿Provocarme una sobredosis de café? —replicó Eric.

Se dio la vuelta y caminó hacia la cocina sin decir nada. Se dejó caer en uno de los taburetes de la cocina y se sujetó la cabeza con ambas manos. Los dos hombres entraron en la casa, los escuchó quitarse los abrigos y segundos después su amigo le dio un pequeño toque con el café. Eric lo cogió y sin pensarlo se lo bebió entero.

—Parece que hemos acertado con el café —murmuró Liam.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo en mi casa un sábado a esta hora?

—Decidí pasarme para ver cómo estabas. Después de la que montaste en el pub quería asegurarme de que te encontrabas bien —explicó Liam

Damon dio un sorbo a su bebida y miró al otro hombre con una ceja levantada.

—¿Desde cuándo sois amigos? —preguntó su amigo.

—Desde que evité que acabara en la puerta del pub de Connor tirado en la acera con varios huesos rotos —contestó Liam.

—Sí, ahora somos amigos —confirmó Eric—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Visitar a mi mejor amigo —contestó Damon—. No nos hemos visto desde el primer día cuando llegaste al pueblo —dijo ceñudo y luego posó sus ojos en Liam—. ¿Qué pasó en el pub?

Eric resopló y Damon le dedicó una mirada divertida. Tomó asiento frente a él y Liam se sentó a su lado.

—Pues, veamos… ¿Por dónde empiezo? —dijo Liam y se golpeó la barbilla con un dedo con expresión pensativa—. Ah, sí. Llegué al bar de Connor para tomarme una cerveza, la necesitaba después de haber discutido con mi hermano por enésima vez. Me encontré a Eric en la barra emborrachándose.

—Pero si tú no bebes —interrumpió Damon mirando a su amigo.

—Al parecer, necesitaba ahogar su corazón roto en alcohol —dijo Liam—. Entonces, la cosa se complicó. Un grupo de turistas universitarios empezó a molestar a una reunión de chicas que había al fondo y, oh sorpresa, entre ellas se encontraba Cathy.

—Oh, mierda —mascultó Damon.

—Exacto —confirmó Liam y señaló con el dedo a Eric—. Decidió defender a su chica del manoseo indeseado de uno de los universitarios… a golpes.

—¡¿Eric?! —exclamó Damon—. Si tú nunca te has peleado con nadie.

Eric se levantó con brusquedad dejando caer el taburete en donde había estado sentado.

—Aquel gilipollas le estaba metiendo mano a mi… a Cathy. ¿Cómo iba a quedarme de brazos cruzados?

—A tú qué, Eric —preguntó Damon.

—Está loco por ella —aseguró Liam.

—Sí, pero ¿ella lo sabe? —insistió su amigo.

Eric se pasó la mano por el pelo, hizo el amago de tirarse de la camiseta, algo que hacía cuando estaba nervioso y se dio cuenta de que solo llevaba los pantalones del pijama. Recogió la silla que había tirado y se sentó de nuevo.

—Fui a hablar con ella ayer y creo… Me ha perdonado, aunque me ha pedido que vaya hoy a patinar con ella. Era algo que hacíamos de adolescentes. Cathy patinaba y yo la observaba desde el borde del lago, nunca se me dio bien patinar.

Los dos hombres lo observaron en silencio durante un rato.

—¿Qué? —preguntó él exasperado.

—Tienes que decírselo —dijo Damon—. Es la razón por la que has vuelto.

—Pensé que era porque echaba de menos nuestros inviernos —se burló Liam.

Eric le dedicó una mirada asesina. Damon se levantó, le dio la vuelta a la isla de la cocina y se acercó a él. Posó una mano en su

hombro y el peso le reconfortó.

—Tengo una videoconferencia a las nueve, por eso he venido tan temprano —explicó Damon—. Pero puedo cancelarla y quedarme contigo.

A Eric le conmovió el gesto de su amigo, pero negó con la cabeza.

—Gracias, pero no es necesario —contestó él y apretó la mano de su amigo—. Voy a ducharme, vestirme y me pondré a dibujar.

—Yo te veo bien así —dijo Liam con un movimiento de cejas insinuante.

Damon soltó una carcajada.

—No pierdes una oportunidad, ¿verdad?

—No es mi culpa que tenga ese aspecto —contestó Liam señalando el torso descubierto de Eric.

—Dejó claro el otro día en el pub que, si me interesaba, él estaba más que dispuesto —dijo Eric.

—Esto es un pueblo, ¿qué esperas? No hay muchas opciones, incluso siendo bisexual —se excusó Liam.

—Será mejor que nos vayamos y dejemos a Romeo prepararse para esta tarde. Aunque creo que Cathy ya lo ha perdonado, sino no le habría propuesto salir con él.

—Ojalá tengas razón —suspiró Eric.

Los tres hombres se dirigieron al vestíbulo de la entrada. Damon y Liam se pusieron los abrigos, y este último le pidió su número de teléfono.

—Así la próxima vez no tendré que venir hasta aquí para saber cómo estás.

—Sí que es verdad que ahora sois amigos —comentó Damon.

—¿Celoso? —preguntó Liam con expresión burlona.

—No eres mi tipo —replicó Damon.

—¿Y él es tu tipo? —contraatacó el carpintero señalando a Eric.

—Él es mi mejor amigo —dijo el otro hombre haciendo énfasis en la palabra «amigo»—. Y, además, está enamorado.

Liam rio, le dio una palmada en la espalda a Eric y se despidió de ambos. Damon miró a su amigo.

—Iba en serio lo de quedarme.

—Lo sé, pero no es necesario. Gracias, Damon.

—Llámame o tendré que volver a tu casa a buscarte.

Eric puso los ojos en blanco, pero asintió. Observó cómo su amigo y Liam, también su amigo se dijo, se montaban en sus respectivos coches y se perdían calle abajo. Cerró la puerta y llenó los pulmones para después soltar el aire lentamente.

Sí, necesitaba una ducha y dibujar le ayudaría a tranquilizarse. No quería llegar a su cita con Cathy hecho un manojo de nervios.



Cathy esperaba en la puerta de la tienda con dos pares de patines en las manos. Los suyos iban en una bolsa especial para patines sobre hielo, los de Eric los llevaba en una bolsa de plástico de la propia tienda de sus padres.

En la tienda también vendían todo tipo de material para el patinaje sobre hielo, pues era una afición muy extendida entre la gente del pueblo. Desde cuchillas de recambio, hasta cordones de diferentes colores, así como patines nuevos. Cathy cogió un par nuevo del número que pensó que le serviría a Eric. Su padre la pilló registrando en el ordenador la venta cuando ella metía el dinero en la caja. Le preguntó que si necesitaba patines nuevos y cuando ella le explicó que eran para Eric, su padre se opuso a que los pagara.

—Eric es como de la familia, Cathy. Considéralo un regalo de Navidad adelantado para él.

Cathy se emocionó ante el gesto de su padre, tomó el dinero de vuelta que él le entregaba y el hombre registró la salida de los patines en el ordenador como material usado para publicidad.

Un Jeep azul oscuro paró en la acera junto a ella. Miró el vehículo con los ojos entrecerrados, no lo reconoció y entonces Eric bajó del lado del conductor.

—¡Eric! —exclamó ella.

Su amigo caminó hasta llegar a ella.

—Hola, Cathy.

—¿Este coche es tuyo?

—Sí, lo compré con mi padre hace unos días. No podía seguir usando el suyo, cuando está en el pueblo lo necesita. Lo he recogido hace un par de horas —explicó él y añadió con timidez—: ¿Te gusta?

—Me encanta. Es un coche práctico, perfecto para donde vivimos y el color es precioso.

—Me recordó al color de tus ojos —dijo él mirándola con una intensidad que hizo que se le erizara la piel.

Cathy sintió que se sonrojaba y Eric dio un paso hacia ella quedando tan cerca que el olor tan especial de él le llegó apropiándose de sus sentidos.

—¿Vamos? —preguntó ella desviando la mirada.

—Por supuesto.

Eric le abrió la puerta y ella se acomodó en el asiento del acompañante. El vehículo se puso en marcha y su amigo los condujo hacia el lago, donde había algunas personas patinando.

El sol se había puesto, aunque todavía quedaba claridad en el cielo. El ayuntamiento había instalado hacía muchos años farolas alrededor del lago. En invierno, cuando este se congelaba, la gente acudía a patinar y el resto del año era un lugar en el que se hacían picnics, los vecinos iban a pasear y el cuatro de julio el pueblo entero lo celebraba junto al lago.

Llegaron a la orilla del lago y Cathy tomó asiento en uno de los bancos que estaban colocados junto al paseo que bordeaba la zona. Se colocó los patines y cuando levantó los ojos vio que su amigo no se había puesto los suyos.

—¿Eric?

—Quizá debería quedarme aquí y verte patinar.

—Venga, dijiste que patinarías conmigo. Voy a enseñarte a hacerlo de una vez por todas.

—No se me da bien ningún tipo de deporte.

—Lo sé, pero te agarraré de la mano y no pienso soltarte. Es hora de que aprendas porque yo… —titubeó un segundo, pero decidió ser sincera—. Siempre he soñado con patinar contigo.

Eric levantó la cabeza y la miró a los ojos. Cathy le dedicó una sonrisa alentadora y la resolución se dibujó en el rostro de él.

Su amigo se sentó junto a ella, se descalzó y colocó los patines. Cathy le ayudó a ajustar los lazos hasta que estuvieron lo suficientemente apretados y se alegró de haber acertado con el número. Se levantó y tomó de la mano a Eric, caminaron sobre la nieve hasta el borde del agua congelada, Cathy apoyó los patines en el hielo y tomó ambas manos de su amigo, tiró de él con suavidad y lo alejó de la orilla.

Durante un rato, se deslizaron despacio por el hielo. Eric perdió el equilibrio varias veces, pero Cathy lo retuvo sujetándolo por los codos evitando que cayera. El hombre pareció coger confianza conforme pasaron los minutos y, en un momento dado, se soltó de una mano. Siguieron patinando durante un rato hasta que él se detuvo justo en mitad del lago. Cathy miró a su alrededor y se dio cuenta de que se habían quedado solos y que había oscurecido completamente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Quiero que patines sola —dijo él—. Yo me quedaré aquí viéndote. Siempre ha sido un sueño verte patinar, eras como un ángel.

—Un ángel que a veces se caía.

—Pocas veces. Ve, por favor. Permíteme disfrutar de verte patinar.

Cathy asintió y patinó de espaldas sin dejar de mirarlo, con una

sonrisa enorme dibujada en su rostro. Le encantaba patinar y, quizá, en otra vida podría haber llegado a competir de manera profesional, pero nunca se lo planteó por lo que hubiera conllevado. Ni siquiera quiso ir a clases de patinaje cuando estaba en el instituto porque Cathy sabía que no pensaba marcharse a ningún sitio. Jamás iba a dejar a sus padres solos.

Durante media hora patinó, giró y saltó sobre el hielo. Movió piernas y brazos, los levantó y agitó, cruzó y bailó sobre la fría superficie del lago. Dio volteretas y se imaginó la música al ritmo de la que patinaba. Cuando sus músculos comenzaron a quejarse decidió que había tenido suficiente y regresó al centro del lago donde Eric seguía, observando todos sus movimientos.

Los ojos oscuros de él la distrajeron y no consiguió frenar a tiempo. Su cuerpo impactó con el de él, pero sorprendentemente no cayeron al suelo. Eric clavó las puntas delanteras de las cuchillas y quedó clavado en el hielo. Abrazó a Cathy y la apretó contra su pecho, absorbiendo el impacto del choque entre ambos.

Cathy sintió el aliento de él en la mejilla, así como el calor que emanaba de él.

—Te tengo —susurró Eric.

La voz de él en su oreja hizo que un hormigueo descendiera desde esta hasta el cuello y terminar instalándose en su estómago. Se arrebujó contra su cuerpo y Eric la estrechó contra su pecho con más fuerza. Cathy suspiró y pensó que ese era el lugar en el que quería pasar el resto de su vida.

—Me has engañado —murmuró ella con la cara enterrada en el abrigo de él.

—Jamás he hecho tal cosa.

—Me dijiste que no sabías patinar.

—Y no sé patinar.

—Has usado la parte delantera de las cuchillas para clavarte al hielo. Sabías cómo usarlas.

—Bueno, quizá me dediqué esta mañana a ver varios vídeos por internet de patinaje sobre hielo en vez de dibujar.

Cathy sonrió y levantó la cabeza.

—Deberíamos haber hecho esto cuando éramos adolescentes.

—Bah, a mí me gustaba sentarme en el borde del lago y verte patinar, aunque se me congelara el trasero y otras partes sensibles.

La chica soltó una carcajada e inclinó la cabeza hacia un lado observando a su amigo.

—¿Por qué no eres así con todo el mundo? —preguntó con verdadera curiosidad—. Eres divertido, inteligente y tienes una enorme paciencia. Sabes escuchar, eres el mejor dando consejos y siempre se puede contar contigo. No entiendo por qué no le muestras

a los demás todo lo que eres.

Eric abrió la boca y la cerró. Deslizó las manos por la espalda de Cathy y esta sintió que el calor del contacto le traspasaba las numerosas capas de ropa que llevaba.

—Porque solo contigo puedo ser yo mismo.

—Eso no es verdad.

—Sí, lo es. Solo a tu lado me siento verdaderamente libre de ser yo. Puedo decir o hacer lo que quiera, porque sé que tú nunca me juzgarás y que siempre me apoyarás.

—Eric, eso es…

—¿Cenarías conmigo mañana? —la interrumpió él—. Si no tienes ningún compromiso previo.

Su amigo frunció el ceño un instante, pero cambió la expresión con rapidez y la miró expectante.

—Me encantaría.

—¿Sí?

—Por supuesto.

—Bien, en ese caso, ya he tenido suficiente patinaje por una noche. Vámonos de aquí.

—¿Podemos parar a tomarnos un chocolate caliente? —preguntó ella con entusiasmo.

—Claro que sí. Dios no permita que pases un solo día sin tu ración diaria de chocolate y azúcar —contestó él poniendo los ojos en blanco.

Riendo, Cathy tomó a su amigo de las manos y despacio los llevó a ambos hasta el borde del lago. Siguió sonriendo mientras se quitaban los patines y todavía lo hacía cuando entraron en la cafetería a beberse su chocolate caliente.

# 14 de Diciembre



Decir que Eric se sentía eufórico no abarcaba la cantidad de emociones que tenía dentro de su ser.

Recorrió las calles que separaba su casa de la de Cathy nervioso y ansioso. Cuando se pasó un semáforo en rojo decidió que tenía que intentar contener la excitación o le acabarían multando antes de que su cita empezara.

Llegó a la casa de Cathy, paró el coche y subió las escaleras del porche a gran velocidad. Levantó la mano para pulsar el timbre, pero su amiga abrió la puerta antes de que lo hiciera.

Eric se quedó mudo ante la imagen de ella. Llevaba un vestido azul con cuello redondo y manga larga. La falda era vaporosa y se abría desde la cintura. El color resaltaba el profundo azul de sus ojos y Eric sintió que el corazón se le detenía en el pecho porque Cathy era lo más hermoso que había visto en su vida.

—Estás preciosa.

—Muchas gracias —dijo ella y se puso el abrigo, la bufanda y los guantes—. Vamos, antes de que mis padres no puedan contenerse más y salgan a despedirnos, no antes de hacerte mil preguntas sobre a dónde vamos a ir.

Cathy lo agarró de la mano y tiró de él después de cerrar la puerta. Casi lo arrastró hacia el coche. Antes de montarse en el vehículo, Eric se giró y vio a los padres de ella asomados a una de las ventanas del salón, mirando hacia el exterior a través de las cortinas. No pudo evitar sonreír.

Entró en el coche y arrancó, subió la calefacción y esperó a que ella se acomodara.

Hicieron el camino en silencio. Eric desviaba cada pocos minutos la mirada hacia ella y contenía la respiración cuando las farolas iluminaban su perfil. Cathy se había maquillado y, aunque él pensaba que no lo necesitara porque adoraba la naturalidad de la chica, tenía que admitir que los labios de ella, pintados de rojo, parecían estar

llamándolo para que los besara. Tragó con fuerza e intentó centrarse en la carretera, aunque continuó dedicándole breves miradas el resto del trayecto.

Llegaron al restaurante media hora después, bajó del coche y le dio la vuelta llegando a tiempo para abrirle la puerta a Cathy. La chica miró a su alrededor con asombro.

—Eric, ¡esto es increíble! ¿De verdad vamos a cenar aquí?

El hombre asintió con una sonrisa, pero cuando ella continuó mirando la entrada al restaurante con los ojos muy abiertos la preocupación se adueñó de él.

—¿No te gusta? Si es así, podemos ir a otro sitio.

—¿Bromeas? Estoy… impresionada. Nunca he venido aquí —dijo ella y lo miró con admiración—. Solo he estado en la estación para esquiar o patinar en la pista que tienen aquí arriba que es, por supuesto, mucho mejor que hacerlo en un lago. Pero jamás he comido en ninguno de los restaurantes de aquí, eso es para los turistas.

—Entonces, esta noche seremos turistas. Es el mejor restaurante de por aquí, pensé que merecía la pena subir a la estación de esquí.

—Lo has hecho para impresionarme, ¿verdad?

—¿Lo he conseguido?

—Por supuesto, estoy completamente deslumbrada.

Eric le entregó las llaves al aparcacoches que le dio a cambio un pequeño recibo. Miró a Cathy y le ofreció el brazo al que ella se agarró y, pegados el uno al otro, entraron en el restaurante.



Cathy estaba pasando una velada maravillosa. Comió ostras por primera vez, aunque Eric tuvo que insistirle para ello, pero consiguió evitar que su amigo pidiera caviar y lo convenció de que no le atraía la idea de comerse aquellas minúsculas huevas de pez tan oscuras.

El restaurante era fastuoso y elegante. Las lámparas de araña brillaban con la luz de las bombillas, el techo estaba cubierto de artesonado de madera oscura y los manteles que cubrían las mesas eran de seda con brocados dorados.

Cathy empezó a preocuparse por lo que la cena iba a costar cuando el *maître* se acercó a ellos en cuanto tomaron asiento y les

entregó la carta de vinos. Ella no entendía sobre vinos y se llevó una sorpresa cuando Eric se puso a debatir sobre esta bebida con el hombre.

—¿Desde cuándo sabes sobre vinos? —preguntó ella.

—Desde que tuve la primera reunión importante con los inversores de mi empresa y me di cuenta de que hablar sobre vinos hacía que se relajaran y estuvieran más dispuestos a invertir en una empresa emergente como la mía —explicó Eric.

—¿Hablar de vinos empuja a la gente a invertir?

—No exactamente, pero son tan idiotas que piensan que si entiendes sobre vinos es porque provienes de la misma clase social que ellos y, por lo tanto, comprendes sus necesidades.

—¿Qué clase social? ¿La de los ricos?

—Ricos y estúpidos —contestó él con sequedad.

Cathy no insistió en el tema, aunque le llamó la atención el cambio en la actitud de Eric. Sin duda, a su amigo no le había gustado vivir en San Francisco, aunque tenía la sospecha de que había algo más en todo aquello.

Cuando les entregaron la carta, Cathy comprobó que ninguno de los platos tenía indicado el precio. Se removió inquieta en la silla y se inclinó por encima de la mesa.

—Eric, mi carta no tiene puestos los precios —le susurró al hombre.

—En este tipo de restaurantes nunca los tienen —contestó él.

—¿Y cómo sabe entonces la gente lo que le va a costar comer?

Su amigo rio entre dientes.

—Cathy, la gente que viene a cenar a un sitio como este puede permitirse cualquier precio que el restaurante quiera cobrarle por la comida.

—Oh, ya veo.

Cathy apoyó la espalda a la silla y se mordió el labio inferior. Eric le había dicho que era rico, pero ¿no era aquello demasiado? Ella hubiera sido feliz con una hamburguesa y patatas fritas.

Su amigo pareció leerle el pensamiento y la miró con tanta intensidad que la mente de Cathy imaginó que él la miraba de esa misma forma, pero en un ambiente totalmente diferente. Sintió que se ruborizaba y fijó los ojos en la carta.

—Puedo pagar esta cena, así que no le des más vueltas a los precios o al dinero, Blancanieves —dijo él usando ese apodo tan especial que a ella le aceleraba el corazón—. Solo disfruta.

Después de eso, Cathy consiguió relajarse. Se dejó llevar y confió en Eric. Disfrutó de la comida y su amigo le contó muchas anécdotas sobre su antiguo trabajo. Ella le contó lo más importante que había ocurrido en el pueblo en los últimos años. Rieron, brindaron y

comieron.

Le sirvieron el postre y Cathy se deleitó con el mejor *coulant* de chocolate que había comido en su vida.

—Eres la única chica con la que he salido que pida postre —dijo él en voz baja.

Cathy levantó la cabeza y lo miró, sorprendida por el comentario. Eric pareció darse cuenta de lo que había dicho y desvió la mirada. Se pasó la mano por el pelo y su nerviosismo se hizo patente cuando se desabrochó el primer botón de la camisa y se aflojó la corbata. Su amigo no había querido decir aquello en voz alta, eso estaba claro, pero ahora que el tema había salido Cathy no pudo evitar preguntar algo que le había rondado por la cabeza desde que él la interrogó sobre si tenía una relación con algún hombre.

—¿Has salido con muchas mujeres?

Eric la miró con los ojos muy abiertos y tragó saliva. El movimiento de su nuez distrajo a Cathy durante unos segundos, pero se recompuso con rapidez y lo miró a los ojos.

—Sí. No… Bueno, ¿cuántas son muchas?

Cathy estuvo a punto de soltar una carcajada. Solo Eric podía responder de esa forma.

—La verdad es que no lo sé. Dime con cuántas has salido y entonces podremos valorar si son muchas —contestó ella y se llevó otra cucharada del exquisito postre a la boca.

—Pues… tres.

—Tres, ¿en cuánto tiempo?

Si Eric le decía que en el último año, Cathy pensó que no eran tantas. Era un hombre atractivo y seguro que en San Francisco se había movido en círculos donde había mujeres que dedicaban su tiempo a cuidar su cuerpo sin tener que preocuparse por trabajar.

Cualquier mujer debía estar ciega si no se sentía atraída por Eric de manera inmediata al verlo. Sobre todo, si llevaba un traje como el que se había puesto esa noche. Cathy casi se puso a babear cuando abrió la puerta de su casa y lo vio en su porche.

—En los últimos diez años.

La respuesta dejó a Cathy anonadada.

—Pero… —Soltó la cuchara y se limpió los labios con la servilleta mientras ponía sus pensamientos en orden—. Eric, te fuiste de Shackleton hace diez años.

—Sí.

—¿Solo has salido con tres mujeres en todo ese tiempo?

Él asintió y Cathy se preguntó qué les pasaba a las mujeres en San Francisco.

—No son muchas.

—¿No lo son?

—No me hubiera sorprendido si me hubieras dado un número alrededor de veinte.

—¡¿Veinte?! —exclamó él elevando el tono de voz. Algunas personas giraron la cabeza hacia ellos y Eric le dio un buen trago a su bebida—. ¿Por qué debería haber salido con tantas mujeres?

—Vamos, Eric. Mírate, eres como un anuncio andante de… Bueno, cualquier marca a la que pertenezca el traje que llevas puesto —dijo ella mientras lo señalaba.

Eric frunció el ceño claramente confundido.

—No me sorprendería que fueras…

—¡No soy virgen! —exclamó él, interrumpiendo lo que ella iba a decir.

Cathy miró a su alrededor, pero nadie los miraba.

—Bueno, no era eso lo que iba a decir —dijo ella.

—Ah, vale. Es que… Mi falta de experiencia con citas no significa que yo no tenga… No haya tenido. Bueno…

—No pasa nada, Eric. Tranquilo. Y antes de que me lo preguntes, porque sé que lo vas a hacer en algún momento: yo tampoco soy virgen —reveló ella.

Eric asintió pensativo. Cathy agarró la cuchara y cogió otro pedazo de bizcocho con chocolate derretido. Masticó mientras observaba a su amigo, sabía que había algo más que quería preguntarle.

—Y tú… ¿Con cuántos hombres has salido?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó ella.

—Sí, por favor —contestó Eric y a Cathy le sonó a súplica.

—Solo con dos.

—¿Uno de ellos es Liam? —preguntó Eric.

—Sí. Antes de él salí con Tom, fue hace tres años. Salimos unos meses, pero él vivía en Seattle y no podíamos vernos a menudo. Conoció a alguien y… Bueno, terminamos —explicó ella con resignación.

En su momento le dolió. Había tenido la esperanza de que Tom fuera la persona que le hiciera superar lo de Eric, pero no salió bien. Era un hombre divertido y perdió su virginidad con él, le pareció que era el adecuado. En aquella época se sentía frustrada y desanimada, echaba de menos a Eric y tenía el corazón roto porque él no solo era su mejor amigo, sino el amor de su vida.

Pero la distancia les ganó la batalla y Tom conoció a otra chica, vivía en Seattle y compartían aficiones. Cathy siempre supo que la distancia se le hacía muy cuesta arriba a Tom, pero ella le dejó claro desde el principio que no entraba en sus planes mudarse y abandonar Shackleton. Él lo aceptó, pero su corazón encontró a otra que pudiera darle lo que el hombre necesitaba: entrega total. Eso era algo que Cathy no podía darle completamente, porque sus padres eran una

parte muy importante de su vida y jamás los abandonaría.

Eric la había estado observando, Cathy soltó un suspiro y lo miró mientras se encogía de hombros. Su amigo le sonrió y le preguntó si le apetecía algo más, ella negó con la cabeza. Pidieron la cuenta, Eric pagó y salieron al exterior.

El aparcacoches tardó cinco minutos en traer su coche, se montaron y emprendieron el regreso al pueblo. Eric condujo directamente a casa de ella, bajaron del coche y la acompañó a la puerta.

—No te he preguntado si te apetecía ir a algún otro sitio porque he supuesto que querrías volver a casa.

—Me lees la mente. ¿Cómo puedes saber lo que quiero en cada momento? —preguntó ella y dio un paso hacia él.

—Te conozco desde siempre, Cathy. Ni siquiera recuerdo cómo era mi vida antes de que tú entraras en ella.

A ella le conmovieron sus palabras. Eric tenía razón porque a ella le pasaba lo mismo. Su vida cambió cuando se conocieron, a pesar de tener solo diez años no necesitaron más de diez minutos para saber que eran justo lo que el otro necesitaba.

—Lo he pasado muy bien, gracias por una noche mágica.

—Al principio parecías un poco incómoda —señaló él.

—No suelo ir a sitios tan… exclusivos.

Cathy se dio cuenta de que estaban muy juntos. Ella se había acercado a él, pero Eric parecía haber acortado el resto del espacio que había entre ellos. Sus abrigos se rozaron y sus alientos se mezclaron.

Sin pensarlo, Cathy levantó los brazos y unió sus manos en la nuca de él. Un jadeo se escapó de los labios de Eric y la necesidad de besarlo arrasó con cualquier otro pensamiento. Cathy se apoyó en las puntas de sus pies y se aupó hasta depositar sus labios en los de él.

Sintió que Eric se tensaba durante un instante, pero no duró mucho. Un gemido ronco resonó en la garganta de él, la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo. Los labios masculinos presionaron con los suyos y la lengua de Eric la instó a abrir su boca para él. Cathy lo hizo, sus lenguas se enredaron y la calidez de ese contacto se extendió desde su boca al resto de su cuerpo.

Eric la apretó más contra su cuerpo y deslizó las manos por su espalda. Sus labios saborearon, buscaron y acariciaron haciendo que todo desapareciera para Cathy excepto el hombre que la sujetaba contra su pecho.

La necesidad de tomar aire hizo que ambos finalizaran el beso. Con la respiración agitada y todavía abrazados, Cathy se hundió en las profundidades oscuras de los ojos de Eric pensando que quería quedarse allí y no regresar jamás a la superficie.

Eric apoyó su frente en la de ella y exhaló ruidosamente lo que hizo que Cathy soltara una risita.

—Será mejor que entre. Mañana tengo que madrugar.

—Sí, claro.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó ella un poco cohibida.

—Ni lo dudes.

Cathy presionó sus labios contra los de él de nuevo, un pequeño beso que le envió una nueva descarga por todo el cuerpo. A regañadientes se separó de él y sintió que el frío se apoderaba de ella. Retrocedió hasta la puerta, la abrió y entró. Antes de cerrar se giró hacia Eric que seguía en el mismo sitio.

—Buenas noches, Eric.

—Buenas noches, Blancanieves.

Cerró la puerta después de dedicarle una última sonrisa y subió las escaleras hacia su habitación sintiéndose igual que cuando patinaba: ligera, emocionada y con el corazón latiéndole a mil por hora.

# 15 de Diciembre



El cielo amaneció cubierto de densas nubes. Eric abrió la ventana de su habitación y dejó que la fría brisa de la mañana le acariciara la piel. Inspiró con fuerza y miró de nuevo al cielo. Nevaría más tarde, el aire estaba cargado del olor de la nieve. Pensó que, aunque había vivido fuera de Shackleton muchos años, seguía siendo parte de las montañas al igual que lo eran el resto de habitantes del pueblo. Y todos ellos podían oler la nieve.

Ocupó la mañana creando bocetos para la historia que tenía en la mente desde hacía meses y que quería convertir en su primera novela. Le costó centrarse porque sus pensamientos volvían, una y otra vez, a Cathy y el beso que habían compartido la noche anterior.

Eric se sentía exultante, ansioso y emocionado. Le costaba catalogar el cúmulo de emociones que sentía en su interior. Sin duda, se sentía feliz porque Cathy lo había besado. Tomó la iniciativa y comenzó un beso que arrasó con cualquier pensamiento coherente que él hubiera podido tener en ese momento en su cabeza.

Besar a Cathy fue como tocar el cielo con las manos. Sus suaves labios presionando contra los de él hicieron que la cabeza le diera vueltas. Fue como hundirse en un abismo para, a continuación, echar a volar.

Y Eric quería más. Porque si Cathy lo había besado era porque sentía algo por él. Quería poder besarla todo el tiempo, pegar sus cuerpos y entregarle su corazón. Aunque, en realidad, Cathy ya era la dueña de él, solo tenía que hacerle entender el hecho de que Eric le pertenecía por completo.

A la hora del almuerzo, la inquietud no lo dejaba pensar ni concentrarse en nada. No había recibido ni un solo mensaje de ella, tampoco una llamada y Eric se sentía intranquilo. Decidió bajar al centro del pueblo e ir a la tienda, quizá podría convencerla para que almorzara con él.

Se vistió con rapidez y diez minutos después cruzaba a través de

las calles residenciales hasta llegar a la avenida principal del pueblo. Estacionó su Jeep en el primer hueco que encontró y caminó hasta la tienda. Miró a través del escaparate y vio a Cathy junto a su padre al fondo del establecimiento junto al mostrador.

La visión de ella hizo que el corazón le latiera desbocado y se preguntó si llegaría el día en que mirar a Cathy no lo alterara por completo. Intentando controlar los nervios, abrió la puerta y entró en la tienda. Caminó hacia el mostrador con paso firme, el padre de Cathy levantó la cabeza y al verlo le dedicó una enorme sonrisa.

—¡Hola, Eric! ¡Qué sorpresa! —lo saludó el hombre.

—Hola, señor Anderson.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames Bill? —le regañó el hombre.

—Lo siento, es difícil deshacerse de la costumbre. Lo conozco desde que tenía diez años, siempre será el señor Anderson.

El hombre soltó una carcajada y negó con la cabeza. Eric desvió la mirada hacia su amiga.

—Hola, Cathy. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien, gracias —contestó ella con una sonrisa forzada.

Eric frunció el ceño.

—Me preguntaba si vendrías a almorzar conmigo.

—Oh, pues… La verdad es que estamos ocupados con un pedido que acaba de llegar y…

—¡Tonterías! —la interrumpió su padre—. Yo puedo hacerme cargo de esto. Anda, marchaos y no tengáis prisa.

Bill le dio un pequeño empujón a su hija y esta, a regañadientes, salió de detrás del mostrador.

—Iré a por mi abrigo —dijo y entró en la pequeña estancia lateral que servía de oficina y almacén.

El padre de ella se aclaró la garganta y captó la atención de Eric.

—No me gusta meterme en los asuntos de mi hija, pero me preguntaba si había pasado algo entre vosotros.

—¿Algo cómo qué?

—Está un poco… apagada hoy. Ya sabes que Cathy es como un rayo de sol, siempre sonriendo y charlando sin parar. Está muy callada y, por norma general, siempre te recibe con una sonrisa.

—No tengo ni idea, señor Anderson. Anoche salimos a cenar y todo fue bien —dijo Eric.

Miró hacia la puerta del almacén y la preocupación se enroscó en su corazón. ¿Quizá Cathy se arrepentía de haberlo besado? No lo pareció la noche anterior, pero tal vez se había dado cuenta de que no sentía nada por Eric y no sabía cómo actuar ante él.

Eric sopesó la situación sin saber muy bien qué hacer. Quería a Cathy, la amaba con todo su ser, pero si ella no estaba interesada en

tener una relación sentimental con él, Eric lo respetaría. Era su mejor amiga y su amistad estaba por encima de todo, incluso de su propio corazón.

—Hablaré con ella, señor Anderson —le aseguró al hombre.

—Bien, ella te… aprecia, Eric. Solo quiero que mi hija sea feliz.

—Ya somos dos.

En ese momento, Cathy cruzó la puerta del almacén envuelta en su brillante abrigo rojo, un gorro de lana verde musgo y su bufanda gris alrededor del cuello.

Eric se despidió de Bill, le hizo un gesto a Cathy y ambos salieron de la tienda. El cielo se había despejado en la última hora, aunque el aire continuaba siendo frío y cortante. Sin duda, nevaría al caer el sol.

—¿Tienes hambre? —preguntó Eric.

—No mucha.

—¿Qué te parece si compramos unos sándwiches en la cafetería de Teddy y nos los comemos en el parque?

Cathy pareció pensarlo unos segundos.

—De acuerdo, no quiero tardar demasiado. Mi padre… Necesita ayuda con la tienda. Desembalar un pedido le provoca dolor de espalda durante varios días.

Entraron en la cafetería, pidieron dos sándwiches para llevar, un refresco para Eric y un chocolate caliente. Teddy les sirvió con rapidez y pusieron rumbo al parque.

Encontraron un banco libre en uno de los rincones más alejados. El parque rebosaba de gente, había niños pequeños correteando por todas partes mientras sus madres charlaban, personas mayores paseando y gente sentada en bancos o en mantas en el suelo disfrutando del sol.

Tomaron asiento y abrieron los bocadillos, durante unos minutos comieron en silencio.

—¿Cómo puedes comerte un sándwich y beber chocolate caliente? —preguntó Eric con una mueca.

—El chocolate va bien con cualquier cosa —contestó ella con mirada desafiante.

—Tienes un verdadero problema de adicción.

Cathy sonrió y Eric sintió que el ambiente entre ellos mejoraba, por eso decidió lanzarse a averiguar qué le ocurría a su amiga.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, claro.

—Mmm… Tengo la sensación de que te ocurre algo. No has hablado apenas y pareces… distante —comentó él.

Su amiga siguió masticando y Eric pensó que no iba a contestar. Dio el último sorbo a su refresco y terminó el sándwich, se levantó y tiró los envoltorios a la papelera. Regresó al banco y tomó asiento de

nuevo junto a ella.

—¿Es real? —preguntó Cathy en un susurro.

—¿El qué?

Eric la miró, pero ella no le devolvió la mirada. Intentó buscar en su mente a qué se podría referir la chica.

—Lo que… hay entre nosotros. ¿Es real lo que está pasando? —preguntó ella de nuevo—. Quiero decir si tú también lo quieres, si deseas que pase algo entre nosotros.



Cathy sintió que se sonrojaba. Las palabras se le atascaron en la garganta y tuvo la certeza de que no había sido capaz de expresar lo que sentía.

—Cathy, mírame —le pidió él.

La chica se giró hacia su amigo y sintió el magnetismo de la oscura mirada de Eric atraerla hacia él.

—¿Te refieres a salir juntos? ¿A besarnos de nuevo? ¿A… tener una relación?

Eric se lamentaba siempre de que era, de los dos, al que peor se le daba las relaciones personales. Se quejaba de que nunca conseguía comunicarse con los demás y que la lengua se le enredaba, pero en ese momento y en solo tres preguntas consiguió poner en palabras lo que Cathy había intentado preguntarle.

—Sí —contestó ella en un susurro.

El hombre le quitó de las manos el resto del sándwich y de su bebida y las depositó con cuidado en el banco. La tomó de las manos y la miró a los ojos.

—Para mí es muy real, Cathy —dijo él con convicción—. Me gustaría intentarlo, si tú estás dispuesta y quieres. No sé si sientes algo por mí o lo de anoche fue… ¿Agradecimiento?

Cathy negó con la cabeza con vehemencia. Su beso no fue por agradecimiento o compasión. Ella jamás podría besar a Eric por ningún otro motivo que el profundo amor que nacía de su interior hacia su mejor amigo.

El movimiento de cabeza de ella pareció quitarle un peso de encima a Eric.

—Para mí siempre has sido lo más importante de mi vida, Cathy. Yo… —El hombre inspiró con fuerza y desvió los ojos hacia un par de niños que se reían a carcajadas tumbados sobre la nieve. Giró la cabeza hacia ella y fijó sus oscuros ojos en los de Cathy—. Me gustaría intentarlo, si tú quieres. Yo siento muchas cosas por ti y besarte anoche fue lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Quizá podríamos salir y ver a dónde nos lleva esto.

—¿Y si no sale bien? Eres mi mejor amigo, Eric y no quiero perderte.

—Y no me perderás. Si no funciona, volveremos a ser lo que siempre hemos sido. Sin rencores ni reproches. Solo Cathy y Eric, y nuestra amistad.

Cathy sopesó las palabras de él. No tenía claro que una vez que se entregara a Eric con todo su ser pudiera, más adelante, volver a ser solo su amiga. Llevaba toda la vida enamorada de él, la idea de que su amigo pudiera quererla, aunque solo fuera una mínima parte de la que ella lo amaba, hacía que su corazón se acelerara y una intensa excitación se adueñara de su cuerpo.

—De acuerdo, intentémoslo —accedió ella.

El rostro de Eric se iluminó con una enorme sonrisa, tiró de las manos de ella y las pegó a su pecho. Cathy sintió que dejaba de respirar. Su amigo inclinó la cabeza y cuando sus labios se rozaron una voz los interrumpió.

—¡Eric! ¡Cathy! ¡Por fin os encuentro!

Se separaron con brusquedad, ambos asustados por la inesperada voz. Cathy miró hacia el dueño de la misma y vio cómo el alcalde llegaba hasta ellos al trote.

—Buenas tardes, alcalde —lo saludó Eric.

—Teddy me ha comentado que habíais comprado comida para llevar y he pensado que, con suerte, os encontraría aquí en el parque.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—No, no. Todo está bien, o lo estará cuando me digáis que vais a hacerlo.

—¿Hacer el qué? —preguntó Eric con una ceja levantada.

—Resulta que Mary y Hugh se han peleado. Han discutido por algo sobre el dinero que ella se ha gastado en el vestido, o algo por el estilo —explicó el alcalde a gran velocidad—. ¡No tenemos a nadie que conduzca el Cadillac en el desfile de mañana! Es un enorme problema, pero he pensado en vosotros y en la bonita pareja que hacéis.

—¿Conducir el Cadillac? —preguntó Eric con la confusión dibujada en el rostro.

Cathy soltó una risita.

—Es un Cadillac de los años cincuenta, la reliquia del pueblo y

que se usa en todos los desfiles —explicó ella.

—¡Exacto! —exclamó el alcalde, entusiasmado—. Entonces, ¿lo haréis?

—¿Qué tendríamos que hacer exactamente? —preguntó Eric, claramente no convencido sobre el asunto.

—Abrir el desfile en el coche. Conducir despacio, con Cathy a tu lado. Saludar a los vecinos, tocar el claxon y poco más. Hemos limitado el recorrido del desfile solo a la calle principal porque nos dimos cuenta de que todo el mundo lo veía ahí, así que no dura más de una hora —expuso el alcalde al que le brillaban los ojos mientras hablaba.

Eric la miró y ella se encogió de hombros. El alcalde los miró expectante.

—Será divertido —dijo Cathy.

—Está bien —aceptó él con resignación.

—¡Estupendo! Voy corriendo a informar al comité de festejos. Va a ser un desfile fabuloso —dijo el hombre que se despidió de ellos con un gesto de la mano. Cuando estaba a unos metros se volvió hacia ambos y dijo—: No os olvidéis que tenéis que llevar ropa acorde a la época del coche. ¡Hasta luego!

Cathy se echó a reír y Eric refunfuñó entre dientes.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que tenemos que vestir como en los años cincuenta.

—Pero yo no tengo nada así.

—Seguro que podemos encontrar algo. Quizá en el armario de mi padre haya algo de cuando él era joven.

—Tus padres nacieron en los cincuenta. Eran niños —recalcó él.

Cathy desechó su queja con una mano.

—Encontraremos algo.

Eric resopló, pero no añadió nada más. Cathy comprobó la hora en su teléfono y se levantó de un salto.

—Tengo que irme, llevo una eternidad fuera de la tienda. Estoy segura de que mi padre habrá colocado toda la mercancía —dijo ella poniendo los ojos en blanco.

—Te acompañaré de vuelta —se ofreció él.

—No es necesario.

—Si vamos a seguir adelante con esto —dijo Eric señalándola a ella y después a sí mismo—, si vamos a intentarlo tendré que hacer lo que las parejas hacen. En este caso, acompañarte de vuelta al trabajo.

Eric agarró una de las manos de Cathy y entrelazó sus dedos con los de ella. La chica sintió cómo una corriente eléctrica surgía del contacto de sus manos y se extendía por su brazo haciendo que sintiera que el corazón iba a explotarle.

Comenzaron a andar y Cathy no dejó de sonreír todo el trayecto

hasta llegar a la tienda.

## 16 de Diciembre



Eric estaba nervioso. Ese sentimiento no era desconocido para él puesto que a lo largo de los años se había sentido así con frecuencia.

El día que llegó a la universidad era un manojo de nervios. Su padre le ayudó a llevar las cosas a la habitación que le habían adjudicado en la residencia de estudiantes y se le cayó la caja que sostenía dos veces por el camino. Las primeras clases que tuvo fueron una tortura, tenía miedo de decir algo o comportarse de forma que hiciera que los demás se fijaran en él. A Eric le gustaba pasar desapercibido. Todo cambió cuando su compañero de habitación dejó la universidad dos semanas después de que esta hubiera empezado y Damon apareció en su vida.

Aunque le costaba hacer amigos, Damon consiguió hacerse un hueco en el corazón de Eric, convirtiéndose en su mejor amigo y apoyo durante los años que estuvieron en la universidad y la vida se volvió más fácil para el informático.

La primera vez que tuvo que hablar en una reunión para conseguir inversión para su empresa fue una pesadilla. Dylan, su exsocio, estuvo a su lado todo el tiempo, interviniendo cuando Eric se atascaba en algunas partes de su presentación y al terminar tuvo que tomarse un ansiolítico porque se arriesgaba a terminar en urgencias hiperventilando. Con los años, hablar en público se hizo más fácil, pero los nervios siempre estuvieron allí.

Los nervios que Eric sentía en ese momento eran de índole diferente. Era una mezcla de expectación e ilusión, miedo y esperanza. El corazón le martilleaba en el pecho y no dejaba de mirar a su alrededor intentando localizar a Cathy. Había mucha gente a su alrededor, la mayoría disfrazados de personajes y símbolos navideños, aunque también había varias chicas llevando elegantes vestidos de fiesta.

Eric miró su atuendo y esbozó una mueca. Como esperaba, Cathy no encontró nada en el armario de su padre que le pudiera servir, pero

Damon salió en su rescate y le prestó una chaqueta de cuero que apenas abrigaba. Su amigo insistió en que tenía que representar el papel asignado y añadió que dejara de quejarse. Llevaba una camiseta blanca debajo de la chaqueta, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas. Intentó peinarse con fijador del pelo como le explicó Damon y la imagen que le devolvió el espejo no le convenció.

Y a pesar de todo, allí estaba al principio de la calle principal de Shackleton, rodeado de gente hablando, gritando y riendo. El Cadillac relucía bajo las luces de las carrozas que había a su alrededor y se preguntó si sería capaz de recordar cómo conducir un coche de marchas.

—¡Eric!

La voz de Cathy disolvió todas sus preocupaciones en un instante. Giró la cabeza hacia su izquierda y la vio andando hacia él con sus padres caminando varios pasos por detrás de ella.

Cathy llevaba un vestido verde mar con escote en forma de corazón, entallado en la cintura y con una falda de vuelo que caía hasta las rodillas. Llevaba zapatos negros de tacón y una chaqueta blanca de lana que le llegaba a la cintura. Se había recogido el pelo en una coleta alta y no llevaba maquillaje. Eric tragó con fuerza el nudo que se le había formado en la garganta. ¿Cómo era posible que Cathy estuviera más hermosa que el día anterior? Y ¿cómo iba él a poder conducir estando ella a su lado?

Sintió que alguien le palmeaba la espalda con fuerza y consiguió apartar los ojos de ella.

—Parecéis sacados de la película «Grease» —dijo el padre de Cathy.

—Papá, no digas tonterías.

—Estáis muy guapos —afirmó la madre de ella al tiempo que pellizcaba la mejilla de Eric.

La chica encargada del festejo apareció entonces y empezó a llamar a todo el mundo siguiendo el orden que tenía anotado en su cuaderno. Cathy se despidió de sus padres y enlazó su brazo en el de Eric hasta llegar al coche que los esperaba reluciente y con la capota bajada. Subieron al vehículo y la chica les indicó que se abrocharan el cinturón de seguridad.

—Bien, solo tenéis que recorrer la avenida despacio. Si ves que hay demasiada distancia con la primera carroza, disminuye la velocidad o incluso puedes detenerte. La gente estará encantada de saludaros —explicó la chica—. Cuando lleguéis al final de la calle la policía os indicará hacia dónde tenéis que ir. ¿De acuerdo?

Eric asintió y en cuanto las campanas del ayuntamiento empezaron a sonar arrancó el coche y se puso en marcha.

La calle principal del pueblo estaba tomada por la gente. No se

veía ningún hueco libre en la acera, las tiendas tenían los escaparates iluminados y sonaban villancicos de fondo. La gente saludaba y reía, los niños llevaban puestos gorros de Papá Noel y algunas personas se habían colgado guirnaldas alrededor del cuello. Los árboles brillaban con las tiras de luces pequeñas que parpadeaban alrededor de sus ramas. A los laterales de la carretera se habían colocado grandes macetas con flores de pascua y el ambiente era festivo y alegre.

Los primeros metros fueron muy despacio hasta que Eric se cercioró, mirando por el espejo retrovisor, de que podía ir un poco más rápido. Se sentía abrumado por la cantidad de personas que había en la calle viendo el desfile y como todos saludaban sin cesar.

—Vamos, Eric, saluda. Todo el mundo está deseando que lo hagas.

La voz de Cathy en su oído hizo que un escalofrío le recorriera la piel. La única forma de que él hubiera podido escuchar lo que ella decía era pegando los labios a su oreja y ese leve roce hizo que Eric dejara de sentir frío y que el deseo se extendiera por todo su cuerpo hasta acumularse en su entrepierna.

Miró a Cathy y esta le sonrió con la felicidad reflejada en su rostro. Eric levantó la mano izquierda y, mirando a la multitud que se amontaba a su lado de la calle, saludó. La gente le devolvió el saludo y lo llamó por su nombre. No pudo evitar sentir que se le encogía el corazón, la emoción de sentirse parte de aquel lugar se apoderó de él. Aquel era su pueblo, su casa, Shackleton era el lugar del mundo al que pertenecía.

El resto del recorrido lo hicieron entre risas y comentarios. Cada vez que Cathy le habló al oído su cuerpo lo registró y el deseo continuó aumentando. Su amiga brillaba como una estrella ante el clamor de la gente, reía sin parar y parecía poder elevarse del asiento por la felicidad que desprendía.

Llegaron al final de la calle y un agente le indicó a dónde tenía que ir a dejar el vehículo. Dieron la vuelta e hicieron el recorrido en dirección contraria por una calle paralela a la principal hasta llegar al punto de donde había partido el desfile.

La organizadora del evento se acercó a ellos y les dio las gracias con efusividad. Eric le entregó las llaves y agarró a Cathy de la mano, tiró de ella hasta llevarla a un callejón cercano. Se apoyó en la pared de unos de los edificios que daban a esa calle y la pegó a su cuerpo.

Sin darle tiempo a reaccionar, la besó. Eric volcó en ese beso todo el deseo que se había ido acumulando en su cuerpo durante el desfile. Introdujo su lengua en la boca de ella y la saboreó, le recorrió los dientes y se deleitó en el elixir que suponía el sabor de ella.

Con un leve roce de labios, Eric se separó de ella un poco. Cathy tenía los labios hinchados y su mirada estaba nublada por el deseo. Ambos jadeaban y no quedaba espacio libre entre sus cuerpos.

—Ven a casa, Cathy. Pasa la noche conmigo —susurró él.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y asintió mientras se pasaba la lengua por el labio inferior. Eric soltó un gruñido y la besó de nuevo, esta vez con más fuerza y pasión. Terminó el beso de manera abrupta, la agarró de la mano de nuevo y caminaron con rapidez hasta donde había dejado el Jeep.



Cathy entró en la casa de Eric con los labios pegados a los de él. Durante un instante la idea de que se estaban precipitando cruzó su cabeza, pero las manos de él parecían estar por todas partes y con cada caricia Eric borraba un pensamiento nuevo, hasta que en su mente solo quedó él.

Sin dejar de tocarse y besarse subieron las escaleras hasta la habitación principal, entraron y caminaron despacio hasta que las piernas de Cathy rozaron la cama. Eric dio un paso hacia atrás, rompiendo el beso, y la miró.

Los ojos oscuros de él desprendían un brillo que pareció abrasar la piel de Cathy. La recorrió con la mirada desde el pelo hasta los pies y soltó el aire de forma ruidosa.

—No me puedo creer que estés aquí. Que esto esté pasando —dijo Eric.

—Si no estás seguro…

—¿Tú estás segura?

—Sí —musitó ella.

Eric se abalanzó hacia ella y presionó sus labios con fuerza sobre los de Cathy. El calor abrasador que latía en las venas de la chica pareció entrar en erupción.

Con torpeza le deslizó la chaqueta por los brazos y él la dejó caer al suelo. Las manos del hombre le recorrieron la espalda al tiempo que bajaba la cremallera del vestido. Cathy se separó de él, tiró de los hombros de la prenda y esta cayó al suelo formando un charco a sus pies. Quedó en ropa interior ante él y un gemido ronco brotó de los labios de Eric.

El hombre posó su mano en el hombro de ella y, bajando lentamente, la deslizó por la piel del cuello para continuar hacia abajo

hasta llegar al borde superior del sujetador. Acarició con los dedos la prenda y, después, sostuvo el pecho de Cathy haciendo que se estremeciera. Sintió cómo el pulgar de él se detuvo en el pezón y jugueteó con él. Cathy gimió y se arqueó hacia Eric, pero este desplazó la mano hacia abajo tanteando la piel de su vientre. A Cathy se le erizó la piel y se le disparó el corazón cuando los dedos de él llegaron a sus bragas.

—¿Puedo? —preguntó Eric en un susurro.

Ella solo pudo asentir en silencio. Su cerebro parecía haber dejado de funcionar desde el momento en que la mano de él había tocado su piel.

Sintió la calidez de las manos de él en sus caderas y se le cortó la respiración cuando la prenda interior comenzó a descender por sus muslos. Sacó un pie y después el otro, Eric se incorporó y la observó. Sus mejillas se habían ruborizado y tenía la respiración acelerada. Se pegó a ella y pasando las manos por su espalda desabrochó el sujetador. Cathy quedó completamente desnuda ante él.

Eric la observó durante lo que pareció mucho tiempo. Gruñendo se sacó la camiseta por la cabeza y con manos temblorosas se deshizo de los pantalones y la ropa interior de una vez. El glorioso cuerpo de él la dejó paralizada, su mente fue capaz de conjugar la pregunta que se hizo aquel día sobre los músculos de Eric.

Su amigo, desnudo ante ella, era el hombre más hermoso y atractivo que jamás había visto.

No tuvo tiempo de pensar en nada más, Eric la abrazó y sin dejar de besarla la tumbó en la cama. Sus labios le recorrieron la mandíbula, para bajar al cuello donde le mordisqueó la piel haciendo que la necesidad de sentir más se apoderara de ella. Eric siguió recorriendo su piel con los labios, se entretuvo en sus pechos haciendo que Cathy comenzara a jadear y levantara las caderas en busca del contacto que tanto deseaba.

—Si sigues haciendo eso, Cathy, esto va a terminar demasiado pronto.

—No me importa. Te necesito, Eric —dijo ella entre jadeos.

Eric dejó escapar un gruñido que la excitó aun más. La besó con tal intensidad que Cathy se retorció bajo él y enredó los dedos en su pelo, tirando y acariciando. Aquello pareció avivar el deseo del hombre que se separó un instante de ella y abrió un cajón de su mesa de noche. Cathy no perdió el tiempo y empezó a besar el hombro de él, bajando por su bíceps. Lo escuchó rebuscar en el cajón y bufar de impotencia.

—Cathy, necesito encontrar la caja de condones.

—¿Y quién te lo impide?

—Tú y esos labios virtuosos que tienes.

Cathy soltó una carcajada y dejó de besarlo mientras reía. Aquello pareció ayudar a Eric a localizar los condones, sacó uno y tiró la caja al suelo sin contemplaciones haciendo que Cathy riera con más ganas.

—Deja de reír, Blancanieves.

—Bésame de nuevo y dejaré de hacerlo.

Eric la obedeció y la besó hasta conseguir enardecer sus sentidos llevándola a nuevas cotas de placer. El hombre se separó para tomar aire y Cathy lo escuchó rasgar el envoltorio del preservativo. Se tumbó de nuevo sobre ella, apoyándose en los antebrazos y le dedicó una mirada de veneración que hizo que Cathy sintiera que el corazón le subía a la garganta.

Movió la cabeza arriba y abajo, y Eric entendió a qué se refería. Se colocó entre sus piernas y, poco a poco, se deslizó entre sus piernas hasta quedar alojado en su interior. Cathy jadeó y él empezó a moverse, primero despacio hasta que el deseo se apoderó de él y sus embestidas aumentaron de velocidad.

Cathy sintió cómo el placer se acumulaba en el punto donde sus cuerpos estaban unidos. Levantó las piernas y rodeó la cintura de él, este jadeó y la penetró más profundamente.

Sus respiraciones se aceleraron y Cathy comenzó a gemir, Eric enterró la cara en su cuello y apretó su pecho contra ella haciendo que su piel le acariciara los pezones. Las sensaciones se agolparon en su interior y el deseo explotó en ella.

—¡Eric! —jadeó al tiempo que el orgasmo la golpea con fuerza.

Eric gruñó y la penetró con más fuerza. Tensó el cuello haciendo que las venas se le marcaran en la piel y soltó un sonoro gemido. Cathy vio cómo los espasmos lo recorrían y la expresión de placer de su rostro le pareció lo más bello del mundo.

El hombre se dejó caer sin apoyar todo su peso sobre el de ella. No supo cuánto estuvieron así, hasta que sus jadeos disminuyeron y Eric levantó la cabeza para mirarla.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto —contestó ella.

—¿Te apetece una ducha?

—Ahora solo quiero que me abraces.

Eric asintió, salió de su interior y se deshizo del condón. Retiró la colcha y las sábanas, los cubrió a ambos con ella y la abrazó contra su pecho.

El calor de él la rodeó y se sintió segura, feliz y saciada. Su mejor amigo se acababa de convertir en su amante y ella ansiaba que no quedara solo en eso.

Cathy lo quería todo con Eric. Esperaba que él también lo quisiera.

# 17 de Diciembre



La alarma del teléfono de Cathy despertó a Eric. La chica se movió y alargó el brazo para apagarla y se acurrucó bajo las sábanas. Eric apretó el brazo que tenía alrededor de la cintura de ella y la pegó más contra su cuerpo.

Eric nunca había dormido con ninguna mujer con anterioridad. Sus relaciones anteriores nunca llegaron a ese grado de intimidad. Sí compartió la cama con ellas y hubo sexo, pero nunca se quedó a dormir. Para él, pasar toda la noche con alguien era más íntimo que el sexo en sí porque suponía confiar en la otra persona, cerrar los ojos y abandonarse al sueño mientras compartía el espacio con alguien más.

Deslizó la nariz por el cuello de Cathy e inhaló con fuerza haciendo que el olor de ella despertara todas las células de su cuerpo. Sintió que el cuerpo de la chica se tensaba entre sus brazos.

—¿Qué ocurre?

—Yo… Necesito ir al baño —dijo ella, aunque su tono de voz no convenció a Eric.

Levantó el brazo y ella abandonó la cama. Se incorporó un poco y la observó entrar en el baño y cerrar la puerta. Suspiró y se pasó la mano por la cara. Se dejó caer en la cama y miró el techo. Repasó los eventos de la noche anterior y no pudo evitar sonreír al recordar como se había sentido conduciendo el Cadillac por la calle principal del pueblo. Había reído, saludado y pasado un rato estupendo. Tener a Cathy a su lado había ayudado, pero no era solo eso. La gente lo llamó por su nombre, lo saludó y él se sintió parte de aquello. La idea de que Shackleton era su hogar se asentó por completo en su interior.

Cathy salió del baño y Eric se empapó de la visión de ella llevando solo una de sus camisetas. Un sentimiento de posesividad se apoderó de él, verla llevando su ropa despertó sus instintos más profundos y fijó sus ojos en la chica hasta que ella llegó al borde de la cama.

—Ven aquí —dijo él con voz grave.

—Tengo que ir a trabajar.

—Es temprano.

—Quizá debería…

Eric alargó el brazo y agarró la mano de ella. Tiró con suavidad y Cathy cayó sobre él, sus cuerpos quedaron pegados solo separados por la ropa de cama.

—¿Qué pasa, Blancanieves?

Cathy se mordió el labio inferior y paseó los ojos por la habitación sin fijarlos en él. Eric le sujetó la barbilla con los dedos y la obligó a mirarlo.

—¿Te arrepientes? —preguntó, sintiendo el corazón en un puño.

Los ojos azules de ella lo miraron un instante antes de apartarlos de nuevo. Eric distinguió un brillo de temor en su mirada.

—No es eso… exactamente.

—Dime de qué se trata para que pueda arreglarlo.

La chica intentó incorporarse, pero Eric no se lo permitió y la rodeó con ambos brazos.

—Creo que… Quizás estamos yendo demasiado rápido —dijo ella en voz baja.

Eric levantó la cabeza y la besó. Deslizó la lengua por los labios de ella y la instó a abrirlos. El sabor de Cathy lo inundó de nuevo, Eric se deleitó en el beso. Sus lenguas se entrelazaron, buscaron y su miembro despertó ante el calor que irradiaba de la boca de ella. Las manos de Cathy se enredaron en su pelo y estuvo a punto de tirar las sábanas al suelo y arrancarle la camiseta. En el último segundo recobró la compostura, terminó el beso y apoyó su frente en la de ella.

—Cathy, llevamos juntos desde que tenemos diez años —dijo él sintiendo el corazón latirle con fuerza—. Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Era un niño y no entendí qué era lo que me pasaba, porque a los diez años no se sabe lo que es el amor. Solo tenía claro que quería estar contigo todo el tiempo posible —admitió en un susurro—. Te vi con tu pelo negro, recogido en dos coletas, tu piel blanca y esos ojos tan azules como el cielo que lo único que pensé fue que Blancanieves había salido del cuento y ahora estaba ante mí.

Cathy soltó una risita y le acarició el rostro con un dedo. El contacto envió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Yo siento que esto está bien, pero si quieres que paremos y demos un paso atrás, lo haré. Dime qué es lo que quieres, haré lo que tú quieras —dijo Eric con total sinceridad.

Ella sonrió y le depositó un pequeño beso en los labios, apena un roce.

—Quiero estar contigo —afirmó ella.

—Bien.

Volvieron a besarse y una segunda alarma los interrumpió.

—¿Cuántas veces va a sonar tu móvil? —preguntó él exasperado.

—Tengo puestas dos alarmas, por si me duermo —contestó ella entre risas—. Será mejor que me duche, no quiero dejar solo a mi padre.

Cathy se levantó de la cama y Eric la dejó ir a regañadientes.

—Por cierto, necesitaré, de nuevo, que me dejes ropa interior.

Eric gruñó en voz alta, se levantó y sacó uno de sus bóxeres del cajón que le tendió a ella, la cual entró en el baño riendo.

Decidió preparar el desayuno mientras ella se duchaba, se vistió y bajó a la planta principal. Preparó huevos revueltos y beicon, puso la cafetera y cuando Cathy bajó las escaleras con el pelo húmedo el desayuno estaba ya listo. Tomaron asiento en la isla de la cocina y comieron en silencio. Cuando Eric terminó su plato, abrió la caja de galletas y cogió uno. La masticó despacio mientras observaba a Cathy terminarse su café.

—¿Sigues comiendo una al día? —preguntó ella.

—Por supuesto —afirmó él—. ¿Cómo es eso que dijiste? Si me como una al día es como si tuviera veinticinco días de Navidad.

—Y eso que nunca te gustó esta época del año.

Eric se terminó la galleta, bebió un último trago de café y fue hacia ella. La agarró por la cintura y la hizo girar en la silla para que estuviera frente a él. Se colocó entre sus piernas y le ahuecó el rostro con ambas manos, perdiéndose en esos ojos que le hacían soñar con el mar.

—Porque tú estás en cada día de Navidad que estoy viviendo desde que llegué —confesó él—. Contigo veinticinco días de Navidad son un sueño. Todo contigo es un sueño y, cuando no estás a mi lado, tus galletas me hacen sentirte cerca.

Una lágrima se deslizó por el rostro de Cathy y él la recogió con un dedo. La chica suspiró y lo abrazó apretándolo contra su cuerpo como si no quisiera dejarlo ir. El corazón de Eric se derritió al sentir el amor que irradiaba de ella. Su mejor amiga, aquella que le robó el corazón en su infancia, en ese momento se abrazaba a él como si fuera lo más importante del mundo para ella. Eric le devolvió el abrazo y no se separó hasta que no reparó en la hora que marcaba el horno.

—Creo que será mejor que te vayas. Con la nieve no puedes conducir deprisa.

—De acuerdo.

Cathy tomó su abrigo del perchero, se colocó el resto de ropa de abrigo y las botas. Con el bolso en la mano volvió sobre sus pasos, agarró la cabeza de Eric y le plantó un ruidoso beso. Se alejó hacia la puerta con una enorme sonrisa y con un gesto de la mano salió de la casa.

Eric se llevó los dedos a los labios sintiendo en ellos el cosquilleo que había dejado el contacto de los de Cathy al besarlo.

Con una pequeña sonrisa agarró su taza y se sirvió café. Con esta en la mano fue hacia su estudio silbando un villancico navideño.



La nieve dio un respiro al pueblo y dejó de caer una hora antes del concurso de muñecos de nieve. Cathy paseaba por la zona que se había delimitado junto al lago para el evento con un bolígrafo en la mano y la carpeta que sujetaba la documentación del concurso en la otra.

Contó, de nuevo, los espacios que se habían acotado para cada participante y los comparó con los inscritos que tenía en la lista y quedó conforme con el resultado.

A las cuatro de la tarde la gente empezó a llegar. Cathy y la chica que se encargaba de los festejos navideños en el ayuntamiento fueron colocando a los participantes en sus lugares correspondientes. La mayoría eran niños acompañados de sus padres, también había algunos adolescentes y un par de parejas de mayor edad. Diez minutos antes de la hora en que comenzaba el concurso el alcalde hizo acto de presencia, dio un pequeño discurso y agradeció a los ciudadanos su entrega y dedicación para que las fiestas navideñas fueran tan especiales en Shackleton.

En el momento en que el alcalde hizo sonar el silbato dando así inicio al concurso Cathy vio a Eric que caminaba hacia el lugar mirando a su alrededor. Le hizo un gesto y el rostro de él se iluminó con una brillante sonrisa al verla. Llegó a su lado, le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él. Sin darle tiempo a reaccionar, le plantó un beso en los labios que hizo que todo desapareciera a su alrededor. Eric la soltó y le acarició la mejilla.

—¿Cómo va todo? —preguntó él.

—¿Qué? —contestó ella.

Su amigo rio y la pegó a su pecho. La besó en un lateral de la cabeza y señaló con una mano a la gente que frente a ellos se afanaba construyendo muñecos de nieve. Cathy parpadeó varias veces y se aclaró la garganta.

—Sí, el concurso. Bien, están todos los inscritos excepto uno —explicó ella y señaló a un niño que estaba a un par de metros de ello.

—¿Y él por qué no participa?

—Sus padres están trabajando. Iban a intentar salir antes, pero ninguno de los dos ha podido. Tiene cinco años y necesita que un adulto lo acompañe.

—¿Quién es la mujer que está junto a él?

—Es Daisy, la vecina que lo cuida cuando sus padres trabajan hasta tarde. Tiene ochenta años, no puede participar con él.

Eric miró al niño con gesto pensativo. Giró la cabeza hacia el lugar donde los participantes acumulaban nieve y frunció el ceño.

—¿Cómo se llama?

—Tobby.

—Anota ahí en tu lista que sí participa.

El hombre se quitó el abrigo y caminó hacia Tobby. Se agachó hasta quedar a su altura y Cathy lo vio intercambiar algunas frases con él mientras señalaba a la zona del concurso. La cara del niño se iluminó y se puso a dar saltos al lado de Eric. Este le tendió la mano y el pequeño se la agarró, juntos se acercaron a ella.

—¿Cuál es nuestra zona? Tobby y yo vamos a construir el mejor muñeco de nieve —le informó Eric.

Cathy lo miró con la boca abierta y él levantó una ceja con expresión interrogante. Le señaló el único espacio vacío que quedaba y Eric fue hacia el lugar indicado con Tobby de la mano y empezaron a trabajar de inmediato.

Se pasó el tiempo que duró el concurso observándolos. Eric movió nieve, la amontonó y formó bolas. Tobby lo ayudó lo que pudo y no dejó de reír todo el tiempo. Cathy no supo qué le decía su amigo al pequeño, pero no le cupo ninguna duda de que ambos se lo estaban pasando en grande.

El concurso llegó a su fin y el alcalde hizo sonar de nuevo el silbato dando así por concluido el tiempo. La gente allí reunida aplaudió y Eric cogió a Tobby en brazos, lo abrazó y dio un par de vueltas con él en el aire. A Cathy se le estrujó el corazón al ver a su amigo demostrar tanto afecto por un niño al que acababa de conocer. Sintió que se le humedecían los ojos y se giró, alejándose del lugar unos metros para intentar recomponerse. Ver a Eric con Tobby le hacía pensar en lo buen padre que sería algún día y se dio cuenta de que anhelaba ser ella la que compartiera esa parte de la vida con él.

La voz de la chica que organizaba el evento la devolvió a la realidad. Se frotó los ojos con fuerza para evitar derramar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos y regresó a su lugar. El alcalde dio paso a los jueces para que recorrieran la zona y anotaran en sus hojas a los que consideraban que debían ser los ganadores y Cathy aprovechó para acercarse a Eric y Tobby.

—Os ha quedado un muñeco de nieve precioso.

—¿A que sí? —dijo el niño con los ojos brillantes y sin dejar de sonreír.

—Hemos trabajado muy duro, aunque casi todo lo ha hecho Tobby. Yo solo he ayudado un poco —explicó Eric.

El niño se abrazó a la pierna del hombre y Cathy se conmovió al ver el gesto. En el fondo, pensó, no le sorprendía porque su amigo tenía un enorme corazón y mucho amor para dar. Siempre se había escudado en su dificultad para hacer amigos, pero la realidad era que la mayoría de la gente se sentía intimidada por la inteligencia de Eric. Él no lo hacía a propósito, pero siempre destacaba ante los demás cuando hablaba. Sin embargo, Tobby era un niño y era capaz de ver lo que Eric guardaba en su interior sin dejarse influenciar por prejuicios porque a su corta edad no los tenía.

—Creo que tenéis muchas posibilidades de ganar. No se lo digáis a nadie —dijo bajando la voz—, pero es el mejor muñeco de nieve del concurso.

El niño comenzó a dar saltos tocando las palmas al mismo tiempo y Eric soltó una carcajada al verlo. Cathy les guiñó el ojo a ambos y volvió a donde estaba el alcalde que hablaba con los jueces. Intercambió unas frases con ellos, parecieron estar de acuerdo con su idea y unos minutos después se procedió a anunciar a los ganadores.

Cuando el alcalde anunció que Tobby y Eric habían quedado en tercer puesto y vio al niño abrazar a su amigo con fuerza mientras ambos sonreían sin parar, se dijo que había hecho lo correcto pidiéndole a los jueces un pequeño favor.

Eric le dedicó una mirada cómplice que le dejó claro que su amigo sabía lo que había hecho. Ella se encogió de hombros y le lanzó un beso, y sintió que el corazón le iba a explotar de todo el amor que sentía por Eric.

# 18 de Diciembre



Eric contempló la casa que tenía frente a él y pasó el peso de una pierna a otra. Llevaba diez minutos allí y sabía que, en cualquier momento, Mildred abriría la puerta y le preguntaría si le pasaba algo.

Se regañó mentalmente por las dudas que lo asaltaban pues no tenían ningún fundamento. La madre de Cathy lo había tratado siempre como a un hijo, sobre todo después de que su propia madre los abandonara a él y a su padre. Era ese hecho, precisamente, lo que inquietaba a Eric. Temía que pensara que se había aprovechado del trato familiar que le habían dado los Anderson toda su vida.

Apretó los puños y, decidido, subió los escalones del porche. Levantó la mano para llamar a la puerta, pero Mildred la abrió antes de que lo hiciera.

—Empezaba a pensar que no ibas a llamar nunca —dijo la mujer con una sonrisa.

—Lo siento, yo…

—Pasa, llevas ya tiempo suficiente bajo la nieve. No quiero que vayas a resfriarte justo antes de Navidad.

Eric entró y los recuerdos lo golpearon con fuerza en el momento en que la calidez de la casa lo rodeó.

La casa de los Anderson no era grande, pero ellos siempre habían sabido sacarle partido al espacio. El vestíbulo de entrada era estrecho, con un armario empotrado en un lateral y un pequeño mueble en el otro sobre el que colgaba un espejo. Eric se descalzó y le entregó el abrigo a la mujer.

—Llegas justo a tiempo, acabo de sacar las galletas del horno.

Le hizo un gesto para que la siguiera y Eric caminó tras ella hasta la cocina. Tomó asiento en el taburete que siempre había usado y observó a la mujer trastear en la cocina.

—¿Te apetece un café?

—Me encantaría.

Mildred charló sobre el pueblo mientras preparaba la bebida, le

preguntó cosas sobre San Francisco y depositó las galletas en un plato que empujó hacia él. Le puso una taza de café por delante a Eric y le señaló las diferentes formas de jengibre que había ante él.

—Ya me he comido mi galleta del día —respondió Eric y le dio un sorbo a su café.

—¿Tu galleta del día? —repitió la mujer, extrañada.

Eric sonrió y pasó a explicarle a Mildred lo que significaba.

—El día que llegué a Shackleton le pedí a Cathy que me hiciera veinticinco galletas, para comerme una cada día hasta Navidad. Me dijo que no sería capaz de aguantar y me las acabaría en dos días, así que no puedo comer más o tendré que darle la razón.

—Ya veo —comentó la mujer con una sonrisa.

—Cathy dice que de esa manera tengo veinticinco días de Navidad porque vosotros solo las coméis ese día.

—Y tiene razón. Estas que he hecho son para llevarlas al colegio donde están recogiendo comida, ropa y juguetes para las familias más desfavorecidas del pueblo. Todos los días preparo una caja —dijo la mujer y señaló un rincón de la cocina donde se apilaban pequeñas latas decoradas con motivos navideños.

—¡Vaya! Debe de haber….

—Veinte, hasta ahora —dijo ella—. Hay familias que no pueden permitirse comprar los ingredientes para hacer galletas para los más pequeños. Nadie debería pasar una Navidad sin galletas de jengibre.

—Es increíble, señora Anderson. Todo ese trabajo… Todos los días —dijo él con admiración.

—No es nada. Es un pequeño esfuerzo para ayudar a los demás —contestó ella—. Por cierto, Cathy me ha dicho que tú también has colaborado.

—Sí, pero nada comparado con todo esto. —Señaló el plato de galletas y las latas—. Yo solo hice varias compras por internet.

—Importantes compras —señaló Mildred—. Gastaste mucho dinero y antes de que digas que tienes de sobra, déjame aclararte que no todo el mundo que lo tiene lo dona de manera tan generosa. Porque no todos tienen el corazón que tú tienes.

La mujer alargó la mano y la posó en la de él dándole un apretón cariñoso. Eric tragó con fuerza en un intento de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Gracias.

—Es la verdad.

Mildred lo miró por encima del borde de su taza y Eric reconoció la expresión de la mujer de inmediato. Era la que siempre les dedicaba cuando niños para averiguar qué travesura habían hecho.

—Ahora dime el verdadero motivo por el que has venido a verme —le pidió ella.

Eric dejó la taza en la encimera de la cocina e inspiró con fuerza.

—Quería hablarte de Cathy —dijo y frunció el ceño porque la frase no le sonó bien—. En realidad, sobre Cathy y yo.

Una sonrisa de comprensión se formó en el rostro de la mujer. Le dio la vuelta a la pequeña isla de la cocina, se acercó a él y lo abrazó. Eric le devolvió el abrazo con torpeza e intentó contener las lágrimas que amenazaban con salir. La mujer se separó de él y lo observó con las manos apoyadas en sus hombros.

—Me alegro mucho por vosotros —dijo Mildred.

—Yo… Yo…

—Las palabras nunca fueron lo tuyo, Eric, pero para eso siempre estuvo mi hija.

—Sí, ella es… Mi universo. Siempre lo ha sido.

La mujer le pellizcó la mejilla y tomó asiento junto a él.

—¿Por eso has regresado?

—Sí, mi vida en San Francisco ya no tenía sentido para mí. Necesitaba volver a casa y si… —Se detuvo un momento para buscar las palabras correctas—. Si Cathy no hubiera querido que nuestra amistad pasara a ser otra cosa, no me habría importado. —Se dio cuenta de lo que había dicho y negó con la cabeza con fuerza arrancándole una carcajada a Mildred—. Quiero decir, que por supuesto que quiero estar con ella. Lo significa todo para mí, pero hubiera respetado su decisión de ser solo amigos.

—Y te habrías quedado en Shackleton de todas formas, ¿verdad?

—Sin duda —confirmó él—. San Francisco… Aquello nunca fue mi hogar. Estuvo bien porque me permitió hacer lo que quería, ayudar a los demás con mi tecnología. Ahora ya lo he conseguido y… Pasaron cosas que me hicieron ver que mi sitio no estaba allí.

—Bueno, siento que tuvieras que pasar por malos momentos, pero me alegro que te hayan traído de vuelta a casa.

—Entonces… ¿le parece bien, señora Anderson?

—Lo único que me parece mal de todo lo que has dicho hasta ahora es que no me llames Mildred.

—El señor Anderson me dijo lo mismo el otro día. Me va a ser difícil acostumbrarme a usar Bill y Mildred.

—Tienes el resto de tu vida para hacerlo —lo tranquilizó ella—. ¿Estás seguro de que no quieres una galleta? —le preguntó la mujer.

Eric rio y negó con la cabeza.

—No, tengo que cumplir mi norma de una galleta al día, pero si me ofreces otro café, lo aceptaré.

—Por supuesto. Además, no voy a dejar que te marches todavía, tienes que contarme a qué te vas a dedicar ahora. Te conozco y por muy rico que seas no sirves para estar sin hacer nada.

—¿Cómo sabes que soy muy rico?

—Por la donación que has hecho para ayudar a las familias con pocos recursos y…. —La mujer lo miró y le guiñó un ojo—. Quizá, cierta amante del patinaje sobre hielo me lo haya susurrado al oído.

Eric soltó una carcajada, aceptó la nueva taza de café que le ofrecía Mildred y se pasó la siguiente hora contándole sus planes para el futuro.



La noche había caído trayendo nieve con ella, aunque el frío era soportable. Cathy y Eric paseaban por el mercado navideño que el ayuntamiento instalaba todos los años en la plaza principal del pueblo, deteniéndose en cada uno de los puestos de madera y comentando los artículos que en ellos se vendían.

Eric parecía llevar mejor el frío y el corazón de Cathy se llenó de calidez al observar que su amigo se había vuelto a adaptar al clima del norte del estado de Washington. No podía evitar pensar que, quizá, en algún momento Eric se diera cuenta de que su vida en San Francisco era mejor que aquel pequeño pueblo de montaña.

Se detuvieron delante del puesto de chocolate caliente, que también vendía dulces típicos navideños, y Eric le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Qué? —preguntó ella con gesto inocente.

—Todo este paseo por el mercado era para que pudieras beberte uno de tus chocolates calientes, ¿verdad?

—Por supuesto que no —contestó Cathy con falsa indignación—. Quería que disfrutaras de los puestos, la música y la compañía de los vecinos del pueblo.

—Claro —repuso él poniendo los ojos en blanco.

Eric se acercó a la chica que atendía el puesto y pidió dos chocolates, pagó y le entregó uno a Cathy que lo recibió con una enorme sonrisa.

—Solo por verte sonreír así merece la pena sufrir una sobredosis de azúcar.

Continuaron paseando mientras disfrutaban de sus bebidas. La gente caminaba a su alrededor, charlaban los unos con los otros y reían. Los niños corrían entre los puestos mientras la nieve continuaba

cayendo de manera suave. Cathy se sintió feliz, en ese momento tenía todo lo que podía desear. Amaba su pueblo y tener a Eric con ella hacía que se sintiera que su vida estaba completa.

—No recordaba que hubiera tantas actividades por Navidad en Shackleton cuando éramos pequeños —comentó Eric.

—Es todo obra del alcalde Wilson —dijo ella—. Desde que salió elegido hace cinco años ha mejorado mucho el pueblo. Siempre tuvimos turistas, pero desde que él lo dirige lo ha convertido en un lugar turístico importante. La gente viene a esquiar durante el invierno y a realizar otras actividades durante el resto del año. A los negocios les va bien y hay dos nuevos moteles —explicó Cathy—. El alcalde siempre está organizando actividades, tanto para los turistas como para la gente del pueblo, pero la Navidad es su época favorita.

Eric la escuchó con atención, asintiendo mientras miraba a su alrededor y sonrió cuando sus pasos los llevaron al cenador que estaba situado en un lateral del edificio del ayuntamiento.

Un pequeño grupo de músicos, sentados junto al cenador, tocaba versiones lentas de villancicos conocidos. Algunas parejas bailaban dentro de la estructura que había sido decorada con guirnaldas, tiras de luces y ramas de acebo. Eric extendió la mano hacia ella.

—¿Bailas? —preguntó él.

Cathy lo miró atónita.

—¿Sabes bailar?

—Por supuesto, era requisito imprescindible para acudir a las galas importantes a las que nos invitaban en San Francisco —contestó Eric.

Depositaron sus vasos vacíos en una papelera y él la guio hacia en centro del cenador. Pasó ambos brazos por su cintura y la pegó a su cuerpo. Cathy sintió que el corazón se le aceleraba y se preguntó si alguna vez su cuerpo dejaría de reaccionar de esa manera ante la proximidad de Eric.

Bailaron un par de canciones en silencio, despacio al sol de la música y Cathy apoyó la cabeza en el pecho de él sintiendo el latido acelerado del corazón de su amigo. Sonrió a pensar que a él le afectaba su cercanía tanto como a ella.

—Deberías saber que esta mañana fui a hablar con tu madre.

Las palabras de Eric hicieron que Cathy levantara la cabeza y lo mirara a los ojos.

—¿Por qué sospecho que no ha sido solo para saludarla y comprobar cómo estaba?

Eric rio y negó con la cabeza.

—Me conoces demasiado bien.

—¿De qué has hablado con ella? —preguntó Cathy.

—Es verdad que me apetecía ver a tu madre y hablar con ella,

pero también quería que supiera lo que hay entre nosotros.

Cathy desvió la mirada y sintió que se ruborizaba.

—¿Y qué te ha dicho?

—Ha intentado por todos los medios que comiera sus galletas, pero le he dejado claro que para mí solo existen las tuyas y que mi límite es una al día hasta Navidad.

—No me puedo creer que lo estés haciendo —dijo ella entre risas —. Pensé que acabarías con ellas en la primera semana.

—Estoy disfrutando de mis veinticinco días de Navidad —contestó él con expresión petulante que le arrancó a Cathy una carcajada.

Bailaron unos minutos más en silencio, Eric la hizo girar sobre sí misma y ella volvió a reír.

—Tu madre nos ha dado su bendición y… tu padre también.

—¿Has hablado también con él?

—La semana pasada, cuando fui a la tienda para disculparme contigo —dijo Eric—. Me dijo que arreglara las cosas contigo y que me apoyaría en todo.

Una profunda emoción embargó a Cathy. Sentía un amor infinito por sus padres y nunca se había arrepentido de haberse quedado en el pueblo porque eran su vida. En ese momento se sintió orgullosa de ellos y agradecida de tenerlos en su vida.

—Quizá debería contarte que mi padre también lo sabe.

—¿Hay alguien en el pueblo a quien no se lo hayas dicho? —preguntó Cathy al tiempo que sonreía.

Eric esbozó una mueca que le hizo reír.

—Hay algo que quería preguntarte y necesito que seas completamente sincero conmigo.

—Siempre lo soy.

—Yo… —Cathy tragó saliva para empujar el nudo que se le había formado en la garganta—. Yo no puedo ser el único motivo por el que has regresado.

—¿Y qué si lo fueras?

—Eric…

La intensidad con que él la miró hizo que el aire se le atascara en los pulmones.

—El motivo principal eres tú, Cathy. No voy a mentir sobre ello, ni a ti ni a nadie que me pregunte.

—¿Cómo puedo aceptar que hayas abandonado tu vida en San Francisco, tu negocio y todo lo que tenías allí solo por mí? Es demasiada responsabilidad porque ¿y si esto no sale bien? —preguntó ella señalando a ambos con la mano.

—Eres el principal motivo, sí, pero no el único —explicó él—. Pasó algo en San Francisco que… Podría decirse que me hizo abrir los ojos. Me di cuenta de que aquella vida no era lo que quería para mí y

en ese momento lo único que tuve claro era que tú eras mi vida, que siempre lo habías sido y que eras lo que quería tener.

—Yo… no sé qué decir —musitó Cathy.

—No digas nada, solo déjame hacerte feliz porque así yo también lo seré.

—Supongo que puedo aceptar eso, pero ¿qué pasó en San Francisco?

Sintió que Eric se tensaba y Cathy deslizó las manos por sus hombros hasta enlazarlas en la nuca de él.

—Te lo contaré, pero en otro momento. No quiero estropear esta noche.

—Nada de lo que me cuentes…

Eric la besó interrumpiendo así sus palabras. El beso fue dulce, solo los labios de él sobre los de Cathy y ella sintió cómo el amor que su amigo sentía se derramaba sobre su ser.

—Te prometo que te lo contaré, solo necesito… unos días.

—Vale —contestó ella y empujó la cabeza de él hacia abajo hasta que sus labios quedaron unidos de nuevo.

Se besaron mientras bailaban, rodeados de otras personas y con la música navideña flotando hasta ellos. La nieve caía a su alrededor, pero para Cathy todo dejó de existir aquella noche excepto Eric.

# 19 de Diciembre



El timbre de la puerta resonó por la casa al mismo tiempo que Cathy apagaba la alarma de su móvil. Eric dejó escapar un gruñido y abrió un ojo.

—Como sean Damon y Liam de nuevo, te juro que les voy a dar muérdago para desayunar.

Cathy soltó una risita, se incorporó y se frotó los ojos. Eric salió de la cama, se puso los pantalones del pijama sin preocuparse por la ropa interior y ella lo observó embobada. Todavía le costaba asociar al hombre atractivo y musculoso con su mejor amigo, sobre todo porque la ropa disimulaba lo que había debajo.

Cathy recogió su ropa interior y se la puso junto con una camiseta de Eric y salió de la habitación. Descendió los escalones al tiempo que él abría la puerta.

—¿Qué demonios queréis ahora? —dijo él de malos modos.

—No era el recibimiento que esperaba y, además, vengo solo.

Terminó de bajar las escaleras y observó que la espalda de Eric se tensaba.

—¿Dylan? ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. ¿Puedo entrar? Se me están congelando las pelotas aquí fuera.

Eric se apartó y dejó entrar al otro hombre. Se giró al escuchar los pasos de ella y apretó los labios al verla. Cerró la puerta y se adentró en el salón.

—¿Cómo has sabido dónde vivía?

—Vamos, Eric. Somos informáticos, nada es difícil de averiguar para nosotros —dijo el hombre con una ceja levantada—. En realidad, pregunté en el hotel donde me alojo.

—¿En el hotel?

La tensión emanaba de Eric en oleadas que Cathy podía sentir desde donde estaba al pie de las escaleras. Era consciente de que solo llevaba una camiseta y un par de calcetines, pero el instinto de

proteger a Eric fue más fuerte que su pudor. Se acercó a ellos y al notar su presencia, el otro hombre esbozó una sonrisa y paseó su mirada por todo el cuerpo de ella hasta detenerse en las piernas desnudas de Cathy.

El hombre llevaba un abrigo con aspecto de ser caro, una bufanda elegante y, por lo que se podía entrever entre ambas prendas, un jersey oscuro. Cathy deslizó la mano en la de Eric y este pareció relajarse un poco.

—¿No vas a presentarnos? —preguntó el hombre con una sonrisa ladeada.

—Cathy, este es Dylan Stepleton, mi exsocio —dijo Eric con voz monótona—. Dylan, esta es Cathy Anderson.

Dylan dio un paso hacia ellos y extendió el brazo, Cathy hizo lo mismo y le estrechó la mano. El hombre le devolvió el gesto y, cuando ella deshizo el agarre, Dylan no soltó la mano de ella de una vez y deslizó la palma y los dedos despacio por los de Cathy, como si la estuviera acariciando. Un escalofrío desagradable le subió por el brazo y contuvo las ganas de restregar la mano en la camiseta. Miró de reojo a Eric, pero este no había apartado su mirada del rostro de su exsocio.

—Ahora lo entiendo —dijo Dylan con una mueca que a Cathy le puso los pelos de punta.

Eric abrió la boca para decir algo y Cathy decidió intervenir.

—Encantada de conocerte, Dylan. Me encantaría poder quedarme, pero tengo que ir a trabajar. Quizá volvamos a coincidir en el futuro.

Le dedicó un gesto de cabeza al hombre y le dio un apretón en el brazo a Eric que esperaba que le resultara tranquilizador. Se dio media vuelta y con rapidez subió las escaleras hacia el dormitorio.



—Ya has comprobado que me encuentro bien, puedes marcharte —dijo Eric.

Su exsocio soltó una carcajada y se adentró en el salón. Dio una vuelta sobre sí mismo observando su alrededor.

—Siempre has tenido un sentido del humor muy especial, Eric —dijo y se acercó a la chimenea—. Te has comprado una bonita casa de vacaciones.

—Este es mi hogar —replicó él.

En ese momento, Cathy bajó las escaleras y se acercó a él.

—Me marcho, no quiero llegar tarde. Llámame más tarde.

Eric asintió y la besó en la mejilla. Ella pareció sorprenderse, pero se lo explicaría más tarde. Lo último que iba a hacer es demostrar ante Dylan lo importante que Cathy era para él.

—Hasta pronto, Cathy —dijo su exsocio y ella solo respondió con una sonrisa forzada.

Eric no pudo evitar sentir cierta satisfacción pues a Cathy parecía no haberle gustado Dylan. No le sorprendía, ella siempre fue distinta a las demás mujeres, desde que eran niños demostró tener un carácter independiente y no dejarse llevar nunca por lo que otros decían. Nunca había dudado que ese fue el motivo por el que se hicieron amigos, Cathy nunca permitió que la opinión de otros la condicionaran hacia alguien.

Esperó a que ella abandonara la casa y en el momento en que la puerta se cerró tras ella se giró hacia Dylan.

—¿A qué has venido?

—Te lo he dicho, quería saber cómo estabas. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y estaba preocupado.

—Y una mierda, Dylan. Te vendí mis acciones a través de un abogado porque no quería verte y lo sabes. Ahora dime la verdad.

El hombre tomó asiento en uno de los sillones y Eric resopló con frustración. Fue hacia la cocina y enchufó la cafetera.

—Para mí solo, por favor —dijo su exsocio.

—No voy a ofrecerte un café, Dylan. Quiero que me digas a qué has venido, por qué me has buscado y que luego te largues de vuelta a San Francisco.

El hombre se levantó del sillón y caminó hacia la cocina. Se acomodó en uno de los taburetes de la isla y se encogió de hombros.

—Está bien, he venido a hablar de negocios.

—No tengo nada que hablar contigo sobre ese asunto. Te vendí mi parte de la empresa y ahora es tuya. Puedes hacer lo que te plazca con ella —le espetó Eric que empezaba a sentir que la irritación se apoderaba de él.

—Eric, no podemos permitir que lo que pasó con… —Dylan se detuvo a media frase y esbozó una mueca—. Lo que pasó en San Francisco no debería de haber interferido con nuestros negocios. He venido para pedirte que vuelvas, te devolveré tus acciones por el mismo importe que pagaste por ellas.

—No quiero las acciones ni la empresa y, por supuesto, no voy a volver a San Francisco. No hay ya nada para mí en la Bahía.

—¿Es por ella? —preguntó Dylan señalando hacia la puerta—. Porque lo entiendo, tiene buenas piernas y es guapa.

Eric estuvo a punto de perder los papeles. Inspiró con fuerza e intentó aplacar las ganas que tenía de estamparle el puño en la cara a Dylan.

—Deja en paz a Cathy, ella no tiene nada que ver con lo que pasó en San Francisco así que no la vuelvas a mencionar.

—Tráetela a la Bahía contigo. Cómprale una bonita casa y preséntale a las esposas de algunos de nuestros inversores y clientes. Le encantará vivir en San Francisco —expuso Dylan, en un tono que a Eric le recordó a los subastadores cuando enumeraban las maravillas del objeto a la venta.

—Debes de estar perdiendo audición, pero te lo repetiré: no voy a volver, ahora lárgate de mi casa.

El hombre lo miró apretando los labios con un brillo amenazante en los ojos. Aunque solo duró unos segundos, Eric lo vio. Conocía a Dylan demasiado bien para saber que su negativa lo había enfurecido. Su exsocio y examigo estaba acostumbrado a conseguir siempre lo que quería. Esta vez no sería así.

—Está bien, me marcho, aunque voy a quedarme unos días —le informó el hombre—. Me alojo en el hotel de la estación de esquí. Llámame y almorzaremos juntos, charlaremos tranquilamente sobre todo esto. Estoy dispuesto a escuchar tus condiciones y estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo.

—Dylan…

—Estupendo, estaré esperando tu llamada.

El hombre bajó del taburete, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Salió y cerró tras él sin añadir ni una sola palabra más.

Eric apoyó los codos en la encimera de la cocina y se sujetó la cabeza sintiéndose frustrado y enfadado porque, una vez más, Dylan pretendía conseguir lo que quería.

Todo lo que le había dicho era verdad. Eric no iba a volver a San Francisco, cuando tomó la decisión de volver a Shackleton lo hizo sabiendo que se quedaría a vivir en el pueblo, incluso si Cathy no correspondía a sus sentimientos. Dylan no parecía entender que alguien renunciara al poder, al dinero o al éxito. Eric, sin embargo, tenía claro que había cosas mucho más importantes.

Se sirvió el café y con la taza en la mano subió a su habitación. Agarró el teléfono y le envió un mensaje a Cathy para decirle que la esperaría en la puerta de la tienda a la hora de cierre.

Se tomó la bebida caliente despacio, mirando cómo la nieve caía a través del enorme ventanal que cubría una de las paredes de su habitación. Cuando se terminó el café, dejó la taza encima de la cómoda y se metió en la ducha. Esperaba que el agua caliente lo relajara lo suficiente para poder pasar el día hasta que pudiera volver a ver a Cathy.

## 20 de Diciembre



El concurso de tartas estaba en pleno apogeo. La nieve estaba dando una tregua y tanto los vecinos del pueblo como los turistas paseaban por el mercado navideño haciendo compras y charlando los unos con los otros.

La venta de las tartas iba a buen ritmo y empezaban a quedar pocas porciones de la mayoría de los participantes. Cathy había apartado un pedazo de la suya en un recipiente para Eric y apenas quedaban dos trozos de la que había preparado para el concurso.

Se preguntó, por enésima vez, dónde estaba Eric. No se habían visto a la hora del almuerzo, pero la había llamado y le aseguró que pasaría por la plaza del ayuntamiento para probar su tarta y acompañarla hasta que el concurso terminara. Lo notó distraído y lo achacó a la visita sorpresa de su exsocio.

La tarde anterior Eric la esperó en la puerta de la tienda y cuando esta cerró fueron a pasear y dieron buena cuenta de hamburguesas y patatas fritas para la cena. Todo el tiempo, su amigo pareció estar perdido en su mundo, solo contestando con monosílabos y apenas participando en la conversación. Al término de la cena, Eric la acompañó a su casa y se despidió de ella con un rápido beso en los labios.

A Cathy no le preocupaba que los sentimientos de él pudieran haber cambiado. Lo conocía bien y sabía que simplemente la mente del hombre estaba en otros asuntos. Pero estaba preocupada, porque no había lugar a dudas de que la visita de Dylan le había afectado.

Una voz, que reconoció al instante, la sacó de sus pensamientos.

—Me encantaría probar tu tarta, Cathy.

Se incorporó de la silla y miró a Dylan que le dedicaba una enorme sonrisa ladeada desde el otro lado de la mesa donde se hallaban expuestas las tartas junto con platos y cubiertos de papel para servirlas. La expresión del hombre dejaba claro que sus palabras contenían más de un significado y Cathy hizo un enorme esfuerzo para

no mostrar la repugnancia que le provocaba. Porque Dylan era un hombre atractivo, con el pelo negro peinado hacia un lado y unos ojos avellana llamativos que atraían la atención de cualquiera que pasara junto a él. Era alto, más que Eric, y tenía una espalda ancha y músculos que se marcaban bajo su ropa cara. Pero a Cathy todo eso le daba igual por dos motivos. El primero era que estaba enamorada de Eric y para ella no había nadie más. El segundo motivo ahondaba más en el aura que desprendía Dylan, había algo oscuro en el hombre que hacía que Cathy sintiera escalofríos al verlo.

—El trozo de tarta cuesta cinco dólares. El dinero recaudado se dedica a realizar mejoras a lo largo del año en el pueblo. Además, te entregamos la papeleta para votar por tu favorita. La puedes dejar en esa caja que hay en el otro extremo de la mesa —explicó ella con voz neutra.

—Por supuesto que participo. Estoy deseando probar tu tarta y, si además es por una buena causa, sabrá incluso mejor.

El hombre sacó su cartera del pantalón y le tendió un billete a Cathy. Esta lo recogió y depositó en el bolsillo de su delantal. Sirvió un trozo de tarta en un plato y se lo dio a Dylan junto con un tenedor y la papeleta.

—Gracias por tu colaboración —dijo ella a modo de despedida.

El hombre levantó una ceja, separó un poco de tarta con el tenedor y se lo llevó a la boca. Masticó y saboreó el dulce al tiempo que emitía un gemido de satisfacción.

—Es la mejor tarta de chocolate que he probado en mi vida. ¿La has hecho tú?

Cathy frunció el ceño. ¿Por qué no se marchaba? No se sentía cómoda ante ese hombre y él parecía estar demasiado a gusto hablando con ella.

—Sí, me gusta la repostería. —Fue la escueta respuesta de Cathy.

—Otro punto más a tu favor —contestó el hombre. Se llevó el tenedor de nuevo a la boca y masticó con parsimonia sin dejar de mirarla—. No me extraña que Eric lo haya dejado todo para venir hasta aquí y estar contigo.

Cathy lo miró confundida.

—No sé a qué te refieres. Eric no quería vivir en San Francisco, aquel no es su lugar.

—¿Es eso lo que te ha dicho o lo que tú piensas?

Dylan terminó la tarta, se acercó a la papelera más cercana y tiró dentro el plato y el tenedor, para después regresar a la mesa y situarse frente a ella.

—Eric lo tenía todo en San Francisco —manifestó él—. Una carrera de éxito realizando un trabajo apasionante que, además, va a ayudar a miles de personas alrededor del mundo. Una casa en la zona

más exclusiva de la ciudad, dinero, contactos, amigos y reconocimiento a nivel científico. Sin embargo, lo ha abandonado todo por… —La observó con una ceja levantada—. Supongo que hay algo en este pueblo que no podía tener en la Bahía.

—Cambiar de vida cuando no se es feliz no es un delito —repuso ella.

—Por supuesto que no —contestó él con rapidez—. Pero hay muchas formas de cambiar tu vida o conseguir lo que deseas sin dejar todo atrás. Sus inventos, descubrimientos e investigaciones son importantes para el mundo. Eric ha conseguido mejorar la vida de muchas personas y podría seguir haciéndolo, pero supongo que ahora es feliz.

—Yo jamás le habría pedido que…

Dylan se inclinó sobre la mesa y le agarró la barbilla con los dedos. La miró a los ojos y le dedicó la sonrisa más dulce que ella le había visto hasta el momento.

—Claro que no. Eres buena persona Cathy y entiendo que Eric se sienta atraído por ti. Solo quería que supieras cómo son las cosas.

La voz de un hombre claramente enfadado los interrumpió.

—Quítale las manos de encima.

Cathy se enderezó y Dylan se retiró de la mesa, se metió las manos en los bolsillos y le guiñó un ojo a ella.

—¡Eric! ¡Qué sorpresa!

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Pues disfrutar del mercado navideño y de una sabrosa tarta de chocolate —explicó Dylan.

Eric le dio la vuelta a la mesa y deslizó un brazo por la cintura de ella pegándola a su cuerpo. Cathy paseó la mirada de él al otro hombre. Dylan soltó una risita y se encogió de hombros.

—Será mejor que deje mi voto para el concurso. Gracias por la tarta y por la charla, Cathy. Hasta pronto.

Antes de poder articular palabra, Eric la giró hacia él y la besó con fuerza, la presión de sus labios un tanto agresiva y Cathy entendió el beso como lo que era: un acto de posesividad y de mostrar que ella le pertenecía.

La chica depositó sus manos en la nuca de él y el hombre suavizó el beso, la apretó contra su torso y el contacto de sus bocas hizo que Eric se relajara. Cathy se dijo que, por el momento, con eso bastaría.



El concurso de tartas terminó y, aunque Cathy no ganó, su pastel quedó en tercer lugar. Eric estaba enfurruñado porque sabía que la mejor tarta de todas las que esa noche habían participado era la de ella. Cathy le aseguró que lo importante era que se habían vendido todas las porciones y el dinero recaudado se usaría para mejorar el pueblo.

Caminaron cogidos de la mano hasta la casa de ella. A Eric le hubiera gustado llevarla a la suya, pero la conversación que iban a tener era difícil para él y no tenía ni idea de cómo iba a sentirse cuando le contara a Cathy lo que había pasado en San Francisco.

Subieron los escalones del porche y Eric señaló ensilencio el columpio de madera que colgaba en uno de los extremos de este. Tomaron asiento y Cathy cubrió las piernas de ambos con la manta que la madre de ella siempre dejaba allí.

Eric se removió en el columpio y este se balanceó de manera inesperada. Cathy rio y apoyó una mano en el brazo de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz suave.

—Tengo que contarte una cosa.

—Suena importante.

—Es sobre… lo que pasó en San Francisco —soltó él a gran velocidad—. Quería haber esperado un poco más para contártelo, pero Dylan está aquí y…

—¿Tiene que ver con él?

—Y con el segundo motivo por el que dejé la Bahía.

Cathy asintió y Eric la observó en silencio. Los nervios le atenazaban el estómago y, aunque en su interior sabía que no había sido su culpa, las dudas sobre su capacidad para tener una relación no habían desaparecido por completo.

—Poco antes de decidir dejar San Francisco… —Eric se detuvo, no era esa la forma en que quería contar la historia—. Estuve saliendo con una chica en San Francisco, se llamaba Tara. Llevábamos juntos seis meses cuando descubrí que me engañaba con otro.

—¡Oh, Eric! ¡Cuánto lo siento!

—Tara me gustaba de verdad e incluso llegué a pensar que estaba enamorado de ella, aunque ahora sé que no era así. Lo que siento cuando estoy contigo no se parece en nada a lo que sentía con ella —constató él—. Además, había muchas cosas que no hacíamos como el

resto de parejas y que yo no supe ver en su momento —admitió Eric.

Los recuerdos volvieron a él. Solo podía culpar a su falta de experiencia en relaciones, pero tampoco podía exonerarse a sí mismo del todo.

—Nunca dormíamos juntos. Sí manteníamos… Había sexo —dijo él con franqueza y sintió que se le calentaban las mejillas. No le era fácil admitir ante Cathy que se había acostado con otras mujeres, aunque ninguna de ellas hubiera significado para él lo mismo que su amiga—, pero cuando terminábamos, ella se marchaba a su casa o yo a la mía. A Tara le gustaba salir a clubs, a bailar y beber y…

—A ti no —dijo Cathy, terminando la frase por él.

—No, nunca ha sido lo mío. Pero a ella le hacía feliz, así que no me parecía mal que saliera con sus amigas. Siempre me acompañaba a las fiestas, eventos o cenas de negocios donde se esperaba que todo el mundo llevara a sus parejas. Era encantadora y se le daba muy bien relacionarse con todos —explicó él—. Tara trabajaba en atención al cliente, en un «call center» de una empresa de telefonía. Su sueldo no era nada del otro mundo y a mí no me importaba pagar cuando salíamos. Tengo más dinero del que nunca podré gastar.

—No me lo recuerdes —murmuró Cathy.

—¿Te molesta mi dinero? —preguntó él intrigado.

Ella rio y negó con la cabeza.

—A veces me cuesta aceptar que eres multimillonario. Sigues siendo el Eric de siempre y es difícil relacionarte con esa cantidad de dinero porque, excepto por tu casa, sigues siendo tú. ¿Tiene sentido?

—Tiene todo el sentido del mundo —contestó él.

Eric se inclinó hacia ella y la besó con dulzura. Era un misterio para él entender cómo había podido vivir tantos años sin Cathy en su vida. Tenerla a su lado le hacía verlo todo de manera distinta.

—Cuando llevábamos cuatro meses juntos le di una tarjeta de crédito a su nombre —continuó él— con un tope de mil dólares al mes para que lo gastara en cualquier cosa que necesitara. No sé ni cómo surgió la conversación, algo sobre que necesitaba un par de zapatos y tendría que esperar al mes siguiente para cambiarlos… En un principio pensé que la idea fue mía, con el tiempo me di cuenta de que fue ella quien la plantó en mi cabeza. —Eric negó con la cabeza y se maldijo por haber sido tan idiota.

»Dylan me preguntaba continuamente sobre Tara. A dónde habíamos ido, si salíamos mucho, si le había regalado algo… Su interés me conmovía porque pensé que se preocupaba por mí. Lo conocí en mi último año de universidad, éramos amigos y teníamos una empresa juntos. Pero no era ese el motivo. —Eric cerró los ojos y las imágenes de aquella noche regresaron a él. Una enorme vergüenza se apoderó de él—. Aquella noche fui a una reunión con el director de

una empresa japonesa que quería desarrollar nuestra tecnología en su país. Dylan me dijo que no podía ir, pero que estaba seguro de que me las apañaría bien sin él y me dijo que, quizá, la noche se alargara porque el hombre le había comentado que quería salir y conocer la vida nocturna de San Francisco.

Eric paró un momento y cogió aire.

—Deduzco que no fue así —dijo Cathy, animándolo a seguir.

—El hombre con el que cené estaba casado y tenía dos hijos. Era una persona tradicional que solo había venido a Estados Unidos por negocios y que en cuanto acabamos la cena, después de haber hablado sobre lo que le interesaba, se despidió y se marchó —explicó Eric—. Yo le había dicho a Tara que acabaría tarde y que nos veríamos al día siguiente, así que ella no me esperaba. Era temprano y tenía una llave de su apartamento, decidí ir y darle una sorpresa, pero la sorpresa me la llevé yo. Entré en su casa, fui hacia su habitación y me la encontré en la cama con otro.

Cathy dejó escapar un jadeo y se aferró con más fuerza al brazo de él. Con la otra mano le giró la cabeza hacia ella hasta que sus miradas conectaron.

—Era Dylan quien estaba con ella.

—Eric…

—Intenté marcharme, pero Tara me lo impidió. Me dijo que se sentía sola porque yo trabajaba muchas horas, pero que había sido un error. Me dijo que me quería —dijo Eric y soltó una agria carcajada—. Justo en ese momento me confesó su amor. —Negó con la cabeza y exhaló con fuerza.

»Dylan mientras tanto se sentó en la cama, desnudo, observándolo todo con una sonrisa. Cuando Tara y yo dejamos de hablar, se levantó y cogió un pedazo de papel de la cómoda. Era un cheque que él había extendido a nombre de ella por valor de diez mil dólares. Me dijo que se lo había ofrecido a cambio de una noche de sexo y que con eso demostraba que ella solo estaba conmigo por mi dinero. Miré a Tara y lo único decente de aquella noche fue que no lo negó. Dijo que había venido a San Francisco para ganar dinero, sus padres tenían una granja en Arkansas y estaban en la ruina.

—Eso no es excusa, Eric.

—Por supuesto que no, Cathy. Me engañó, mintió y me hizo creer que le importaba. Me sentí usado.

—¿Qué pasó con Dylan?

—Aquella noche me fui. Al día siguiente, en la oficina, me buscó y me dijo que lo había hecho por mí. Estaba perdiendo el tiempo con una furcia a la que no le importaba y que necesitaba concentrarme en el trabajo. Dylan quería de mí lo mismo que Tara: mi dinero. Solo que él necesitaba que yo trabajara para que él pudiera ganarlo. —Desvió

la mirada y se cubrió la cara con las manos—. Recogí mis cosas, hablé con mi abogado y le dije que quería vender mi parte de la empresa. Bloqueé el número de Dylan y un mes después regresé a Shackleton. Es la primera vez que hablo con él desde aquel día.

El silencio se hizo entre ellos y unos minutos después Cathy comenzó a balancear el columpio con un leve movimiento del pie, apoyó la cabeza en su hombro y Eric dejó salir el aire de sus pulmones. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta y le echó el brazo por los hombros a ella.

Estuvieron así mucho tiempo, hasta que empezó a sentir que el frío se colaba por el interior de su ropa y decidió que no iba a permitir que Cathy se congelara.

—Será mejor que entres.

—De acuerdo.

Se levantaron y ella dobló la manta, que dejó en el columpio. Cathy abrió la puerta y titubeó un momento, miró al interior de la casa y Eric adivinó que ella no sabía si debía invitarlo a pasar. Los padres de Cathy estaban allí y, además, después de contarle su historia, Eric necesitaba tiempo a solas. Los recuerdos y las emociones se habían apoderado de él, pensó que lo había superado, pero solo había pasado un mes y medio de aquello. Estaba claro que ver a Dylan de nuevo no le estaba ayudando.

Eric dio un paso hacia atrás y Cathy pareció entenderlo. Siempre había sido así entre ellos, la mayoría de las veces no necesitaban palabras para comprender lo que el otro necesitaba.

—No fue tu culpa, Eric —dijo ella y lo besó en la mejilla—. Buenas noches.

Su amigo entró y cerró la puerta. Eric la observó durante unos instantes.

—Buenas noches a ti también, Cathy.

Se dio la vuelta y regresó andando hasta el centro del pueblo donde había aparcado el coche. Montó en este y condujo de vuelta a su casa pensando en qué iba a hacer para que Dylan regresara a San Francisco y se olvidara de él.

# 21 de Diciembre



La nieve caía con suavidad sobre la ladera de la colina donde se había organizado el concurso de trineos. Cathy miró hacia el cielo y deseó que hubiera amanecido soleado, aunque un poco de nieve no detendría a los vecinos de Shackleton en su afán de participar en los eventos navideños. El alcalde ya hacía rato que se paseaba por la zona, saludando a la gente y alabando los trineos.

El concurso era en realidad una carrera colina abajo, donde la gente podía participar con cualquier objeto que semejara un trineo y que se deslizara por la nieve. Los vecinos convirtieron la carrera, en sus primeros años, en un concurso de trineos artesanales, hechos en casa con diversos materiales y, aunque había personas que participaban con modelos comprados, casi todos los vecinos dedicaban varios meses a fabricar el suyo propio.

El rango de edad de los participantes era muy amplio, pero la mayoría eran niños. Los más pequeños montaban con sus padres y los más mayores iban solos. El ayuntamiento colocaba todos los años dos enormes altavoces y un sistema de sonido en la meta, buscaba a algún adolescente dispuesto y lo dejaba a cargo de la música que consistía siempre en villancicos.

Cathy continuó con su labor de repartir los dorsales a los inscritos, asegurándose de que los pequeños iban acompañados de un adulto.

—Estás en todas partes —dijo una voz masculina tras ella.

Se giró al reconocer la voz y se encontró con Dylan. El hombre llevaba un grueso abrigo gris y una enorme bufanda alrededor del cuello.

—Me gusta participar en los eventos del pueblo.

—Deduzco que eres de esas personas a las que les encanta la Navidad.

—Sí, siempre me ha gustado —respondió ella de manera escueta.

—Me gustaría saber qué es lo que he hecho para no caerte bien —comentó él mientras la observaba con intensidad.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en Shackleton? —contestó ella con una pregunta.

No pensaba contarle que sabía lo que le había hecho a Eric en San Francisco, aunque la rabia que sentía hacia el hombre amenazara con salir a la superficie. Su amigo era perfectamente capaz de defenderse y solucionar sus problemas por sí mismo.

—Solo un par de días más. Quizá tres. Me gustaría poder hablar con Eric, el otro día no tuve la oportunidad cuando estuve en su casa y tenemos asuntos que tratar —expuso Dylan y la miró de reojo—. Estoy seguro de que tú podrías convencerlo para que me dedicara un par de horas.

—¿Yo? ¿Qué te hace pensar que lo haría?

—Además de guapa eres inteligente y sé que has comprendido la importancia del trabajo de Eric. Lo que puede suponer para millones de personas en el mundo que él siga trabajando en su tecnología para prótesis humanas —expuso él en tono ligero y Cathy se preguntó si era el mismo que usaba para convencer a inversores y clientes para que gastaran el dinero en su empresa—. Es una pena que lo tire todo por la borda y desaproveche el potencial que tiene. Y que eso conlleve que mucha gente no pueda mejorar su calidad de vida.

Cathy reconocía cuando alguien le estaba haciendo chantaje, pero al mismo tiempo las dudas del día anterior la asaltaron de nuevo. ¿Tenía ella la culpa, aunque indirectamente, de que Eric lo hubiera dejado todo? Sus avances tecnológicos en medicina eran increíbles y Cathy sentía un peso enorme sobre sus hombros al pensar que su amigo no siguiera con ello cuando podría ayudar a tantas personas en un futuro.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

La voz de Eric sonó a su espalda, se dio la vuelta y lo vio junto a Liam, el cual portaba un trineo de madera en cada mano.

—Buenos días a ti también, Eric —saludó Dylan.

—¿Por qué no vuelves a San Francisco de una vez? —le espetó Eric.

Cathy le hizo un gesto con los ojos a Liam esperando que el hombre lo entendiera. Este dejó uno de los trineos en el suelo y se acercó a Dylan.

—Hola, soy Liam Sawyer, amigo de Eric.

El empresario lo miró extrañado, pero estiró el brazo y le estrechó la mano.

—Dylan Stepleton, socio de Eric.

—Exsocio —masculló el aludido.

—¿Estás de vacaciones? Si es así, has venido al lugar ideal en Navidad —dijo Liam esbozando una enorme sonrisa—. Shackleton es el sitio perfecto en las fiestas, todos los días hay algo con lo que

entretenerse. Hoy nos toca carrera de trineos —explicó y señaló a los dos trineos que había traído.

—Ya me he dado cuenta de ello. Todo es muy… navideño —comentó Dylan.

—Si ya has terminado de venderle las maravillas de nuestro pueblo —dijo Eric mirando a Liam para después fijar sus ojos en Dylan—, es hora de que te marches. Tenemos un concurso en el que participar.

Dylan apretó los dientes y durante un instante Cathy pensó que iba a replicar, pero el hombre se recompuso con velocidad y sonrió.

—Por supuesto. Además, tengo unas llamadas que hacer y estoy esperando una documentación que van a enviarme al hotel —dijo el hombre sin darle importancia al hecho de que Eric lo estaba echando—. Encantado de conocerte, Liam. Cathy, piensa en lo que hemos hablado. Hasta pronto.

Dylan dio media vuelta y lo vieron descender despacio por la colina. Cathy sintió que la tensión la abandonaba, atendió a dos adolescentes que necesitaban sus dorsales y miró a Eric y Liam.

—No sabía que participabas en la carrera, Liam. —Comprobó su lista y no encontró el nombre del carpintero—. No estás inscrito.

—En realidad, voy a participar con Tobby McMillan. Me crucé con Daisy ayer y me dijo que los padres del niño no podrían acompañarlo hoy, así que he hecho un trineo más grande para que quepamos los dos.

—¿Otra vez los padres están trabajando? —preguntó Cathy con preocupación.

—No creo que sea el trabajo lo que los mantiene tan ocupados —masculló Liam—. El caso es que voy con él y como veo que está esperándome junto a Daisy, os dejo que tenemos que subir la colina.

—¿Y el otro trineo para quién es? —preguntó ella.

—Para mí —contestó Eric—. Al parecer, somos buenos amigos ahora y Liam pensó que me vendría bien tomar parte en las actividades del pueblo. Como si ser el invitado a inaugurar la iluminación navideña o el que condujera el Cadillac en el desfile no hubiera sido suficiente —protestó el informático mientras miraba a Liam con el ceño fruncido.

—Te va a encantar —dijo el carpintero, que le dio una palmada en la espalda y se marchó hacia donde Tobby lo esperaba.

Eric lo observó marcharse y entonces miró a Cathy fijamente.

—¿Qué te ha dicho Dylan?

—Nada que no sepas —contestó ella.

—¿El qué exactamente?

—¿No has pensado en hablar con él? Quizá os venga bien aclarar algunas cosas. No pierdes nada por dedicarle un par de horas.

Eric se acercó hacia ella y le pasó los brazos por la cintura.

—No quiero que te preocupes por mí ni por las decisiones que he tomado.

—Solo pienso que, ya que ha venido hasta aquí, no pierdes nada por hablar con él. Escuchas lo que tenga que decirte y tú puedes hacer lo mismo —expuso Cathy—. Creo que tenéis asuntos pendientes, cosas que no le dijiste en su momento porque te negaste a hablar con él y, quizá, ahora sea un buen momento para poner todas las cartas sobre la mesa.

El hombre la miró a los ojos. Cathy sintió, una vez más, que esa mirada oscura se adentraba en su alma y las piernas se le aflojaron un poco. Cuando Eric la miraba así, todo desaparecía a su alrededor y desde que estaban juntos, ella solo quería acurrucarse con él bajo un montón de mantas y sentir su piel contra la de ella. Parpadeó varias veces y se regañó por dejar que sus pensamientos la desviaran del asunto que trataban en ese momento.

—Está bien, lo pensaré —dijo él.

—Estupendo. Ahora, será mejor que te des prisa y subas esa colina con tu trineo. La carrera va a empezar en… —Cathy sacó el móvil del bolsillo de su abrigo y comprobó la hora—. Diez minutos.

Eric le dio un beso rápido en los labios, agarró su trineo y se perdió colina arriba al trote.

Cathy lo observó llegar a la cima y colocarse junto a Liam, quien en ese momento sentaba a Tobby en el trineo. Los dos hombres charlaron mientras se preparaban y cuando el alcalde hizo sonar la bocina que indicaba el inicio de la carrera, Cathy no pudo dejar de sonreír mientras observaba a Eric deslizarse por la nieve riendo sin parar.



Eric entró en el vestíbulo del restaurante y la recepcionista lo recibió con una sonrisa.

—Bienvenido, ¿tiene reserva?

—He quedado con Dylan Stepleton, soy Eric Ferguson.

La chica miró hacia la hoja que tenía en el atril ante ella y asintió.

—Sígame, por favor.

Eric siguió a la recepcionista que lo llevó hasta la mesa donde Dylan bebía una copa de champán. Pensó que era típico del hombre tomarse esta cena como una celebración.

—¡Eric! Cuánto me alegro de que hayas aceptado reunirte conmigo —lo saludó Dylan levantándose de la silla al tiempo que le hacía un gesto con la mano para que Eric tomara asiento.

—Sí, claro.

Un camarero se acercó a ellos, le preguntó a Eric lo que iba a tomar y cuando regresó con el refresco que este había pedido les dejó también las cartas en la mesa.

—Creo que hoy me apetece carne, algo sabroso —comentó Dylan.

—Bien, ya estoy aquí. Querías hablar, así que hablemos.

—¿Cuál es la prisa, Eric? Pidamos primero y charlemos un rato. Disfrutemos de la cena y pongámonos al día. Hace un mes que no nos vemos.

—No hace un mes —replicó Eric.

—Casi, han sido muchos días sin hablar. Me gustaría saber cómo te ha ido desde que te mudaste. Echo de menos charlar con mi amigo.

Eric fue a replicar de nuevo, pero el camarero llegó con los entrantes, que Dylan debía de haber pedido antes de que él llegara, y tomó nota de los principales.

—He pedido lo que sé que te gusta —dijo Dylan con una enorme sonrisa.

Eric se dio cuenta de que así era y comenzó a comer. Nunca le había gustado tirar comida y no iba a hacerlo en ese momento. Además, Dylan había acertado con lo que había pedido.

Dylan empezó a hablar de San Francisco, un par de restaurantes que habían abierto y que estaba seguro de que a Eric le gustarían. También lo puso al día sobre amigos comunes y le explicó la última exposición de arte a la que había ido.

Para cuando sirvieron el plato principal, Eric estaba ya cansado de la incesante charla de Dylan, quien no parecía darse cuenta de que él apenas había participado en la conversación.

Cortó un trozo del pescado que había pedido y antes de metérselo en la boca, interrumpió a su exsocio que, en ese momento, alababa el vino tinto con el que estaba acompañando su plato de carne.

—Dylan, dime de una vez de qué querías hablar.

Observó al hombre mientras masticaba y este se removió en la silla. Se llevó la copa de vino a la boca y le dio un sorbo. Eric pinchó otro trozo de pescado sin apartar la vista de Dylan.

—Tienes que volver a San Francisco —soltó su exsocio—. Sabes que te apasiona tu trabajo y se te da bien. La empresa iba bien y nuestros productos están llegando a todas partes. La tecnología que has desarrollado ha supuesto un avance increíble para todas esas

personas que necesitan prótesis. Tu lugar está en la Bahía, trabajando conmigo en mejorar el mundo.

Eric lo observó, masticó despacio y soltó los cubiertos en el plato.

—No voy a volver, Dylan. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? La empresa, la investigación… tú, todo formáis parte de mi pasado.

—¿Es que no vas a perdonarme lo que pasó con Tara? —le espetó Dylan—. Solo hice lo que pensé que tenía que hacer por ti. Era tan obvio que ella solo te quería por tu dinero… Deberías estarme agradecido, Eric. —Este frunció el ceño y Dylan pareció darse cuenta de su error—. Eres mi amigo y estaba preocupado por ti.

—¿Por qué no hablaste conmigo? ¿Por qué no me dijiste lo que pensabas de Tara? —le preguntó mientras un regusto amargo le subía a la boca—. Tú y yo ya no somos amigos, Dylan. Un amigo no traiciona a otro de esa forma. Yo confiaba en ti y lo arruinaste.

—Te conozco y nunca me hubieras creído. Tenías que verlo con tus propios ojos —dijo Dylan—. Por desgracia, las mujeres que se acercan a hombres como nosotros suelen hacerlo por nuestro dinero. Por lo menos querías el motivo por el que ella estaba contigo y si hubieras querido seguir con ella… —El hombre se encogió de hombros y bebió el resto de su copa de vino.

—¿Qué le dijiste a Cathy?

—¿A quién?

—Venga, Dylan, no te hagas el tonto. Sé que le dijiste algo a Cathy sobre nuestro trabajo.

—Vaya, ¿problemas en el paraíso?

El tono sarcástico de Dylan lo enfureció y tiró la servilleta encima del plato.

—No es asunto tuyo lo que pase entre nosotros.

Eric resopló frustrado. Esa conversación no estaba yendo a ningún sitio y se dio cuenta de que por más que intentara explicarle a Dylan la situación, no serviría para nada porque su exsocio no quería entenderlo.

—Dylan, no voy a volver a San Francisco. Te lo he repetido ya bastantes veces desde que apareciste en Shackleton y, sinceramente, no encuentro otra manera de hacerte ver que no me interesa volver a mi vida anterior —explicó Eric con voz calmada—. Si accedí a cenar contigo esta noche fue precisamente porque Cathy insistió en que teníamos que hablar, pero, en realidad, no hay nada más de qué hablar. La empresa es tuya ahora, haz con ella lo que quieras porque yo no tengo ya nada que ver con el negocio. De todas formas, a ti siempre te interesó más el dinero que a mí —constató él.

—Eric, piénsalo bien. Podemos llegar tan lejos… Con mis contactos y tu cerebro, solo hemos tocado una pequeña parte del negocio de la inteligencia artificial. Esto es el futuro, ¡imagina la

cantidad de dinero que podríamos llegar a ganar! —exclamo Dylan con entusiasmo.

Eric negó con la cabeza, retiró la silla y se levantó.

—Dylan, ya tengo dinero más que suficiente para diez vidas. No necesito más —dijo él con simpleza—. Espero que te vaya bien y que seas feliz.

Dio media vuelta y se encaminó a la salida del restaurante. En el vestíbulo de entrada, la recepcionista le dio su abrigo y él se lo agradeció con una propina. Hizo lo mismo con el aparcacoches, montó en su vehículo y condujo en dirección a su casa, dejando atrás de una vez por todas su pasado.

# 22 de Diciembre



Cathy salió temprano del trabajo ese lunes. Habló con su padre y este prácticamente la echó de la tienda diciéndole que no se preocupara. La chica agarró sus patines y caminó hacia el lago, se sentó en uno de los bancos para colocárselos y se deslizó por el agua congelada.

Patinar siempre le había ayudado a relajarse, era el lugar al que se retiraba en invierno cuando necesitaba pensar porque patinando sobre el hielo conseguía distanciarse de todo y poner las cosas en perspectiva. Se concentraba en la velocidad, el equilibrio y la fuerza que ponía en cada giro o movimiento, pero todo ello no requería su completa capacidad mental. Patinar era para ella como respirar y se deslizaba por el hielo como si hubiera nacido con unos patines puestos, lo que hacía que pudiera pensar en otras cosas.

Aquella tarde, Cathy necesitaba pensar. No podía apartar de la cabeza lo que Dylan le dijo el día anterior y se sentía culpable al pensar que ella tuviera algo que ver con que su amigo hubiera abandonado su carrera.

La historia de Tara le repugnaba. ¿Cómo esa chica había podido hacerle eso a Eric? Él era… Él lo era todo para Cathy, siempre lo había sido.

Eric era bueno, no había ni una pizca de maldad en su interior y lo único que evitó que tuviera amigos en el colegio y en el instituto fue su timidez y su incapacidad para relacionarse con los demás, lo cual se debía, principalmente, a su apabullante sinceridad.

Eric decía lo que pensaba y, a veces, a la gente no le gustaba que le dijeran a la cara ciertas cosas. A Cathy siempre le había hecho reír el hecho de que él no comprendiera por qué no podía decir lo que pensaba con libertad y llegó un momento en el que ella dejó de intentar explicárselo porque le gustaba cómo era Eric y no quería que cambiara.

Lo que Tara le había hecho a Eric era horrible y motivo suficiente para que él hubiera querido alejarse de Dylan y todo lo que pudiera

estar relacionado con su exsocio. Pero… Cathy se preguntaba si su amigo habría tomado la misma decisión si ella no hubiera existido.

Hizo un doble *salchow* y al aterrizar en el hielo vio una figura al borde del lago que reconoció de inmediato.

Miró a su alrededor y comprobó que casi había oscurecido, las farolas que rodeaban la superficie helada estaban encendidas. Cathy se dio cuenta de que llevaba más tiempo patinando de lo que pensaba, pero siempre le pasaba igual cuando las cuchillas de sus patines tocaban el hielo. El tiempo volaba y solo paraba cuando sus músculos empezaban a quejarse por el esfuerzo físico.

Patinó hacia el hombre que la observaba desde el paseo cubierto de nieve y cuando llegó a su altura este la estrechó entre sus brazos. A Cathy se le calentó el corazón cuando Eric deslizó la nariz por su cuello. Cada vez que él la abrazaba era como estar en casa, la sensación de hogar se apoderaba de ella.

—He ido a la tienda a esperarte, pero tu padre me ha dicho que habías venido a patinar.

—Necesitaba pensar.

—¿Y lo has conseguido?

Cathy dudó un instante y Eric la besó, solo la presión de sus labios en los de ella. La dulzura del contacto la hizo suspirar. Se separaron y caminaron de la mano hasta el banco donde ella había dejado sus botas. Tomaron asiento en silencio mientras ella se cambiaba. Al terminar se giró hacia él.

—¿Qué tal fue la cena anoche? Sé que me dijiste en un mensaje que lo habías aclarado todo con Dylan, pero no quise insistir. Tuve la sensación de que no querías hablar del tema.

—Me conoces muy bien —contestó Eric—. Sí, no me apetecía hablar de ello porque tenía que procesar lo que hablé con él, pero te aseguro que todo está aclarado. Por lo menos por mi parte —especificó él.

—¿Estás seguro de que no quieres volver a San Francisco? Yo… lo entendería si quisieras retomar tu carrera. Al fin y al cabo, tu trabajo es muy importante para muchas personas.

—¿Qué es lo que en realidad te preocupa? —respondió él.

—Tú también me conoces demasiado bien, Eric —dijo ella con una sonrisa—. Me preocupa que por mi culpa haya gente en el mundo que no pueda beneficiarse de los avances que podrías realizar si siguieras allí, con tu empresa y con Dylan. Eso… —Cathy se detuvo y tragó con dificultad—. Es una carga con la que no podría vivir. Ayudar a miles de personas a poder llevar una vida mejor es más importante que yo. Más importante que tú y yo…

—Nada es más importante para mí que tú, Cathy —la interrumpió él y le sujetó las manos—. Como ya te dije, tú has sido un factor

importante, pero no el único. Reconozco que si tú no hubieras sido parte de mi vida, quizá yo habría buscado una alternativa y ¿quién sabe? Tal vez seguiría en San Francisco —admitió él y Cathy sintió que el corazón se le detenía en el pecho. Eric se dio cuenta y le sostuvo ambas manos en las suyas—. Pero hay una manera de arreglarlo.

—¿Cómo?

—Liberando la patente de la tecnología que he creado.

—¿Y eso qué significa exactamente? —preguntó Cathy confundida.

—Una patente es simplemente tener los derechos de uso de un invento o creación. Si alguien quiere usarla, tiene que pagarle a su dueño la cantidad que este establezca —explicó Eric—. En este caso, la patente es mía y, en teoría, yo puedo hacer lo que quiera con ella.

—¿Y Dylan?

—Él no está registrado como dueño. Cuando empezamos a trabajar juntos yo ya tenía el diseño y estructura, ya había creado la tecnología —contó él—. La registré en cuanto pensé que estaba lista para usarse y, aunque Dylan y yo ya nos conocíamos y teníamos planes para montar nuestra empresa, esta todavía no existía. Acordamos que debía registrarla para evitar cualquier robo.

—Entonces, ¿tú puedes… liberarla? —preguntó Cathy.

—Como te he dicho, puedo hacer lo que quiera —repitió él—. Mientras formaba parte de la empresa, esta la ha usado sin tener que pagarme nada, pero firmamos un contrato que se renovaba todos los años. Ya no formo parte de la empresa por lo tanto Dylan tendrá que pagarme por su uso a partir del uno de enero. Firmamos el acuerdo cuando le vendí mis acciones.

—Eso es…

—Complicado, lo sé —admitió él—. Y si libero la patente a primeros de año tendré que rescindir el contrato. Dylan, casi con total seguridad, me pedirá una indemnización por daños y perjuicios, pero no me preocupa.

—Ya, porque eres multimillonario —dijo ella poniendo los ojos en blanco.

Eric la abrazó y pegó su cuerpo al de ella.

—Creo que mi dinero supone un problema para ti —señaló él.

—Sigo intentando hacerme a la idea de que tengo un novio rico. Es algo que nunca me planteé.

—¿Novio?

—Claro, ¿qué otra cosa eres?

—Yo seré lo que tú quieras que sea —dijo él con los ojos brillantes.

Se miraron en silencio, ambos sonriendo, perdidos el uno del otro.

Eric sacó el teléfono del bolsillo. Cathy lo vio buscar un número entre sus contactos, pero no consiguió discernir de quién se trataba.

—¿A quién llamas?

—A Dylan. Quiero que sea el primero en saber que voy a liberar la patente.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Cathy se acurrucó a su lado y Eric le pasó un brazo por los hombros. Ella se deleitó con el calor que emanaba de él hasta que el hombre resopló y miró su teléfono.

—No contesta.

—Puedes hablar con él mañana.

—Lo llamaré más tarde.

—Tengo frío y hambre —anunció ella y Eric rio—. ¿Qué te parece si comemos una hamburguesa antes de que empiece la subasta benéfica?

—Me había olvidado de la subasta. ¿Es que no hay ni un día de diciembre en el que no haya algún evento en este pueblo?

—Ya te dije que al alcalde le encanta la Navidad.

—Eso parece —masculló Eric y se levantó del banco—. Venga, vayamos a alimentarte y después a gastar dinero en cosas que no necesito.

Cathy lo besó con pasión y el beso se alargó hasta que ambos tuvieron que separarse para tomar aire.

—¿Y eso a qué ha venido? —preguntó Eric.

—Por ser como eres.

Agarrados de la mano pusieron rumbo al pueblo.



Eric se sentía intranquilo. Tenía un nudo en el estómago desde el día anterior y después de hablar con Cathy en el lago el malestar había aumentado.

El salón de actos del ayuntamiento estaba a rebosar, tener tanta gente a su alrededor no ayudaba a calmar su inquietud. Su padre, sentado a su lado, hojeaba el pequeño catálogo que entregaban a los asistentes a la entrada. Eric seguía asombrado de la capacidad que el

alcalde tenía para organizar eventos a lo largo de todo el mes de diciembre y la imaginación de la que disponía el hombre para que todos los días hubiera algo distinto en el pueblo. Esa tarde se llevaba a cabo la subasta benéfica que recaudaba dinero para el mantenimiento y mejora de los edificios municipales, algo que parecía entusiasmar a los habitantes de Shackleton.

—Bill Anderson ha donado una caña de pescar completa, además de cebo y un set entero de anzuelos —comentó su padre.

—Si te interesa podemos pujar por ella —dijo Eric.

—El precio de salida no está mal, pero no sé a cuánto pueda llegar a subir…

—Papá, el dinero no es problema.

—Ya que sacas el tema… —Su padre lo miró con gesto interrogante y Eric le hizo un gesto con la cabeza para que continuara —. Esta mañana he hablado con Damon y le he dicho que me retiro. Quizá debería haberlo comentado contigo antes, pero me aseguraste que no sería ningún problema para ti y este último viaje me ha dejado agotado —explicó el hombre—. Ya no tengo treinta años y la carretera se hace pesada. La espalda me duele constantemente y cuando tengo que salir del estado es como si me enviaran al mismo infierno. Espero que tu oferta siga en pie, Eric, porque le he comunicado mi renuncia a Damon y solo trabajaré hasta el treinta y uno de este mes.

Eric miró a su padre con la boca abierta. Cuando le propuso a su padre la jubilación pensó que le llevaría meses convencerlo. Sin embargo, el hombre acababa de confirmarle que lo dejaba y que aceptaba su ayuda. Sintió que el pecho se le henchía de felicidad porque, por primera vez, podía devolverle a su padre parte de lo que este le había dado a lo largo de su vida.

Sin pensarlo dos veces, abrazó al hombre que le había dado la vida y lo había cuidado desde pequeño. Su padre le devolvió el abrazo y estuvieron así lo que pareció una eternidad, hasta que su padre se separó y se pasó las manos por los ojos.

—¿Estás llorando?

—Mi hijo me acaba de abrazar, pues claro que estoy llorando.

Las palabras del hombre hicieron reír a Eric.

—Me alegro mucho de que hayas decidido dejar de trabajar. Mañana mismo iremos al banco y haré una transferencia con lo que calculemos que necesitarás —dijo él mientras programaba en su cabeza el día siguiente—. Si en algún momento necesitas más por el motivo que sea, solo tienes que decirlo. Quizá podríamos arreglar un par de cosas de la casa, como ponerle un tejado nuevo, algunas partes no parecían estar en buenas condiciones…

—Eric, tenemos tiempo de sobra y tampoco voy a estar pidiéndote dinero cada mes. No necesito mucho para vivir.

—Papá, tienes que prometerme que si surge cualquier cosa me lo dirás y lo pagaré. Como te dije, tengo dinero de sobra, puedo hacerme cargo de todo lo que necesites —dijo Eric y añadió—: Por favor.

Las dos últimas palabras parecieron ser lo que su padre necesitaba oír.

—Está bien, lo haré.

En ese momento, el alcalde subió al escenario y comenzó a hablar. Eric desconectó de lo que ocurría a su alrededor y sus pensamientos regresaron a Cathy. La chica era parte del comité que organizaba la subasta y por eso no estaba entre el público. La buscaría al término del evento y hablaría con ella porque, a pesar de la conversación que habían mantenido horas antes, la sensación de que ella seguía preocupada por el hecho de que Eric había abandonado San Francisco no lo abandonaba.

Eric pujó por la caña de pescar que su padre quería y la consiguió por mucho más dinero del que en realidad valía. Su progenitor protestó un poco, pero fue obvio que estaba exultante por haber conseguido el objeto.

La subasta terminó y todo el mundo se empezó a levantar. Los padres de Cathy aparecieron y le dieron las gracias por haber pujado por la caña de pescar, Eric los dejó bromeando sobre que ahora que él y Cathy salían juntos se podía considerar que eran todos familia. Puso los ojos en blanco y se dirigió al lateral derecho del escenario, por donde había subido el alcalde al principio de la subasta y donde Eric supuso que se encontrarían las personas que participaban en la organización del evento.

Se acercó a las cortinas que separaban la sala principal de la zona entre bastidores y escuchó una voz familiar que hizo que se detuviera en el acto.

—Tienes que aceptarlo —dijo Dylan.

¿Qué hacía su exsocio allí? No recordaba haberlo visto en la subasta, pero con la cantidad de asistentes que habían acudido hubiera sido casi imposible verlo.

—No sé si debo aceptarlo…

¿Cathy? ¿Dylan estaba hablando con su Cathy?

—Tus padres se han sacrificado mucho. Sabes que este dinero hará mucho bien y os ayudará a todos.

Un sudor frío le recorrió la espalda y Eric se aferró a la pesada cortina. Necesitaba mirar y confirmar que eran ambos, aunque en el fondo de su corazón sabía que se trataba de Cathy y Dylan. Hubiera reconocido sus voces en cualquier lugar del mundo.

Se asomó por el borde de la cortina y vio cómo Dylan agarraba las manos de Cathy mientras ella sostenía un pedazo de papel que Eric reconoció de inmediato. Era un cheque. Dylan le estaba dando dinero

a Cathy, pero ¿a cambio de qué?

—Esto debe quedar entre nosotros, Cathy —dijo Dylan—. Eric no puede enterarse, pero a cambio tendrás todo ese dinero.

—Yo… No sé qué hacer.

El tono de duda en la voz de ella hizo que Eric se tambaleara y su corazón se rompiera en mil pedazos. ¿Cathy estaba sopesando aceptar el dinero? ¿Su Cathy?

Eric negó con la cabeza, intentó dar un paso hacia atrás y tropezó con una persona.

—¡Eric! Espero que hayas disfrutado de la subasta —dijo el alcalde con entusiasmo.

Dylan y Cathy se giraron hacia donde él estaba. La cortina a la que Eric se aferraba se había movido y ambos lo miraron con diferentes expresiones en el rostro. La de su exsocio mostraba una sonrisa de satisfacción que hizo que la bilis le subiera a la garganta. Cathy lo observaba horrorizada.

El alcalde empezó a hablar de nuevo, pero Eric lo interrumpió.

—Lo siento, tengo que salir de aquí.

Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y abandonó el edificio a la carrera.

# 23 de Diciembre



—¿Estás seguro de que no quieres que llame a nadie?

Era la tercera vez que Connor le hacía la misma pregunta a Eric. Este negó con la cabeza y movió el vaso que sostenía en una mano delante de la cara del camarero.

—Ponme otro.

—Te has bebido dos ya, no voy a ponerte un tercer *whisky* y ser testigo de cómo te emborrachas a las doce del mediodía.

—Connor, alguien debería explicarte cómo funciona un negocio —dijo Eric—. Si alguien te pide una consumición, tú se la sirves y la otra persona te paga por ello. Así es como ganas dinero.

Connor puso los ojos en blanco, le quitó el vaso de la mano y se lo llenó de nuevo.

—Bien, gracias.

Eric observó el líquido ambarino moverse dentro del vaso. Los pensamientos no dejaban de dar vueltas en su mente y se dijo que, quizá, debería pedirle a Connor que le dejara la botella. Si no era capaz de dejar de pensar en Cathy, eso solo significaba que no estaba borracho. O no lo suficiente.

La puerta del pub se abrió, pero él lo ignoró. Bebió un sorbo del vaso y decidió tomárselo todo de un solo trago.

—Otro —le dijo a Connor.

Pero el camarero se había desplazado al otro extremo de la barra. Eric vio que hablaba con alguien, entrecerró los ojos para discernir de quién se trataba y creyó reconocer a Liam. El hombre asintió a algo que el camarero le dijo y caminó hacia él a grandes zancadas.

—Buenas tardes, Eric.

—Me había parecido que eras tú.

—Bebiendo temprano, ¿eh?

—Tu poder de observación es sorprendente, Liam.

El carpintero soltó una carcajada.

—Creo que será mejor que nos marchemos.

—¿A dónde? No tengo ningún sitio en el que estar, ninguna cita y creo que ya no tengo ni novia —comentó Eric y la barra se movió ante él—. Connor, trae la botella y ponle un vaso a Liam.

—De eso nada. Vamos, te llevo a casa.

—Liam, ¿qué haces aquí? —balbuceó Eric.

—Llamé a Damon, pero no conseguí localizarlo. Su asistente me dijo que estaba en una reunión, así que mi segunda opción fue llamar a Liam —explicó Connor.

—Te he dicho…. —Eric perdió el hilo un instante cuando la barra se volvió a mover ante él—. ¿Qué es lo que te he dicho? Ah, sí. Que no quería que llamaras a nadie.

—Bueno, pues ya estoy aquí y he tenido que dejar una mesa a medio hacer. Así que ahora voy a llevarte a casa.

Liam lo agarró del brazo y tiró de él. Eric era alto, pero el carpintero era un gigante.

—Eres enorme —señaló él.

—Vamos, lumbrera. Es hora de que duermas un rato.

El hombre consiguió arrastrarlo hasta el exterior. La luz del sol le cegó. Cuando llegó al pub una hora antes el cielo estaba cubierto de nubes grises y ahora la claridad le abrasaba las pupilas.

—¿Por qué ha salido el sol?

—La mayoría de las personas se alegran cuando el día está soleado.

—Yo quiero estar a oscuras. Quiero meterme en un agujero y no salir de ahí en un año —dijo Eric con anhelo.

Liam lo llevó hasta su camioneta, lo subió en el asiento del acompañante e incluso le colocó el cinturón de seguridad. Después se montó tras el volante y condujo hasta la casa de Eric.

Al llegar rebuscó entre los bolsillos del abrigo de Eric hasta que encontró las llaves, abrió la puerta y lo metió dentro. Este se tambaleó hasta el sofá y se desplomó encima de los cojines. Un minuto después Liam le tendió un vaso de agua y dos pastillas.

—Eso evitará que tengas resaca.

—No he bebido tanto —se quejó Eric, pero se tomó los medicamentos con el vaso de agua.

Liam tomó asiento en uno de los sillones frente a él.

—Como Damon no está disponible me toca hacer de mejor amigo. Cuéntame, ¿por qué te estabas emborrachando en el pub de Connor a plena luz del día?

—¿Es que hay una hora oficial establecida para emborracharse?

—Por norma general la gente suele esperar a la *happy hour* para hacerlo.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Liam rio y Eric no pudo evitar sonreír también. La verdad es que

el carpintero le caía bien y teniendo en cuenta lo ocupado que Damon estaba siempre, no le vendría mal tener otro amigo. Sobre todo, cuando había perdido a su mejor amiga. Se le escapó un suspiro y se tapó los ojos con el brazo.

—Ese suspiro me hace sospechar que tu problema es de origen romántico y, entonces, tiene que ver con Cathy.

—¿Ahora eres psicólogo? —preguntó Eric con sarcasmo.

—No, pero quiero ayudarte. Recuerda que somos amigos.

—No vas a irte hasta que te lo cuente, ¿verdad? —dijo Eric sintiendo cómo la cabeza empezaba a dolerle.

Liam negó con la cabeza, se reclinó hacia atrás en el sillón y puso los pies encima de la mesa auxiliar.

—Está bien, si insistes —cedió Eric—. Anoche, en la subasta, vi cómo Dylan le daba un cheque a Cathy. Dylan es mi exsocio, teníamos una empresa juntos de inteligencia artificial aplicada a las prótesis humanas.

—Vale —dijo Liam.

—¿Eso es lo único que tienes que decir?

—¿Qué quieres que diga? Era una subasta y Cathy era parte de la organización. Que Dylan le diera un cheque no me parece tan malo. Supongo que compró algo y lo pagó de esa forma.

Durante un momento, la duda se apoderó de Eric. ¿Y si era eso todo lo que había pasado? ¿Y si lo había malinterpretado? Pero, en ese caso, ¿por qué habría dudado Cathy en tomar el dinero? ¿Y la mención a sus padres? No, el dinero no podía ser para pagar algo que su exsocio hubiera comprado en la subasta.

—Hay algo más. Algo que pasó entre Dylan y yo en San Francisco —dijo Eric y pasó a contarle a Liam la historia de Tara.

Cuando terminó, Liam lo miraba con el ceño fruncido y expresión asesina.

—Hiciste bien en vender las acciones y volver a casa —dijo el carpintero—. Ese pedazo de mierda no merece obtener nada más gracias a ti.

Eric sintió que se le humedecían los ojos. Se incorporó en el sofá y se dio cuenta de que tenía la mente más despejada. Las pastillas que Liam le había dado debían de haber empezado a hacer efecto.

—Gracias. Eso… significa mucho para mí.

—¿Qué clase de amigo le hace eso a otro? Puede que esa tal Tara fuera realmente tras tu dinero, pero hay muchas otras formas en las que Dylan podría haberte hecho ver la situación —expuso Liam.

El silencio se hizo entre ellos, pero Eric no se sintió incómodo. Empezaba a gustarle Liam, era fácil hablar con él porque era sincero y decía lo que pensaba. Al mismo tiempo era amable y se preocupaba por los demás.

—Un momento, ¿piensas que Dylan estaba haciendo lo mismo con Cathy anoche?

Eric asintió y se cubrió la cara con ambas manos.

—Mmm…

—¿Qué? —preguntó él con vehemencia.

—Cathy no es ese tipo de persona —constató Liam—. La conozco desde siempre. Cathy es buena, sus padres son buenas personas y están muy involucrados con el pueblo. Además, es tu mejor amiga.

—Todo eso lo sé, pero lo que vi anoche…

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que pudiera ser una trampa de Dylan? Hacer algo parecido a lo de San Francisco, teniendo en cuenta lo que me has contado de él y lo desesperado que está porque vuelvas, no me parece tan inverosímil.

Eric miró a su amigo, porque sí, Liam era ahora su amigo, y negó con la cabeza. Abrió la boca, pero los pensamientos se agolpaban en su cabeza y no fue capaz de articular palabra.

¿Una trampa? ¿Alguna idea maquiavélica de Dylan? Sí, existía la posibilidad de que hubiera querido hacer algo así y mostrarle, una vez más, que lo hacía por él porque eran amigos y hacerle ver que no podía confiar en ninguna mujer.

Se levantó con brusquedad del sofá, pero perdió el equilibrio y cayó sentado de nuevo. Liam soltó una risita.

—Tengo que hablar con Cathy.

—Me parece bien, pero no ahora.

—¿Por qué no? —preguntó Eric.

—Porque todavía estás borracho —señaló Liam—. No vayas a intentar contradecirme porque acabas de caerte de culo en el sofá.

—Por favor, tengo que hablar con ella.

—Y lo harás, pero antes deberías dormir. Cuando te despiertes, te hayas dado una buena ducha y hayas comido algo, entonces podrás ir a buscarla —insistió Liam.

—Odio que tengas razón —murmuró Eric.

—Lo sé, pero ahora soy tu amigo y tendrás que acostumbrarte.

Liam se levantó del sillón, se acercó a él y le palmeó la espalda.

—Suerte con Cathy, aunque sé que todo saldrá bien.

—Espero que tengas razón.

El carpintero fue hacia la puerta, se despidió de él con la mano y abandonó la casa.

Eric se levantó, se tambaleó un poco y maldijo entre dientes porque Liam tenía razón. Subió las escaleras con cuidado y se desplomó en la cama. Se quitó solo los zapatos, se tapó con la colcha y se quedó dormido en menos de un minuto.



Sentada en el porche trasero, Cathy se acurrucó bajo la manta que le cubría desde el cuello hasta los pies. Sostenía en las manos un pedazo de papel que doblaba y desdoblaba una y otra vez. Llevaba un gorro de lana y una gruesa bufanda, pero sentía el frío en el rostro. En cualquier momento su madre saldría a instarle a que regresara dentro, había salido después de cenar y de eso hacía ya una hora.

La oscuridad se extendía a su alrededor por el jardín cubierto de nieve. La única luz que iluminaba el porche era una solitaria lámpara que había sobre la puerta, pero Cathy no necesitaba más. La puerta se abrió y el olor a jengibre le llegó de inmediato haciéndole saber que se trataba de su madre.

—En seguida entro, mamá.

—En realidad, he venido para decirte que tienes una visita. Eric está aquí.

Cathy se enderezó en la silla y la manta le resbaló de los hombros.

—¿Eric ha venido?

—Sí, tu padre no lo ha dejado pasar de la entrada. Dice que quiere hablar contigo, pero eso, por supuesto, depende de ti.

—Yo… Creo que debería hablar con él.

—Estoy de acuerdo —coincidió su madre—. Le diré a tu padre que deje de amenazarlo con la mirada y a Eric que pase.

—No deberías haberos contado lo que ocurrió ayer en la subasta.

—Si alguien te hace daño, nos lo hace también a nosotros, cariño —dijo su madre con suavidad.

—Eric no me ha hecho daño —lo defendió Cathy.

—Pero no te dio la oportunidad de explicarte ayer y estás triste. Ni tu padre ni yo queremos verte así.

—Lo sé, mamá.

Su madre volvió a entrar. Cathy intentó hacerse a la idea de que Eric estaba en su casa y de que iba a hablar con él. Sacó las manos de debajo de la manta y observó el pedazo de papel, se subió la manta hasta los hombros e inspiró y exhaló varias veces para serenarse.

La puerta se abrió de nuevo y Eric salió al porche. Cathy le hizo un gesto con la cabeza para que tomara asiento en la silla junto a la de ella y él obedeció.

—Hola, Cathy.

—Supongo que has venido a hablar sobre lo que pasó ayer después de la subasta —espetó ella.

—Siempre tan directa —dijo Eric con una pequeña sonrisa.

Cathy sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos. Quería estar enfadada con Eric porque había salido corriendo, sin darle una oportunidad a explicar lo que estaba ocurriendo, pero no podía. Porque Cathy entendía completamente el comportamiento de él.

—No es lo que piensas, Eric. Mira —dijo y le tendió el pedazo de papel que sostenía en las manos.

El hombre lo cogió y lo miró con expresión impasible. Pasaron varios minutos y Cathy estaba a punto de hablar cuando él se adelantó.

—Está a nombre del ayuntamiento —constató Eric.

—Sí. Dylan me lo dio antes de que llegaras, quería colaborar con el pueblo, pero no había comprado nada en la subasta porque, según me dijo, no podría llevarlo de vuelta en el avión —explicó ella—. Yo no quería aceptarlo, porque sé lo que ese hombre te ha hecho, pero el dinero no era para mí. No sabía qué hacer y, entonces, apareciste tú.

—Pero… —Eric miró el papel de nuevo y después a ella—. Escuché cómo te decía que tus padres se habían sacrificado y que todos os lo merecíais. Pensé… que te estaba dando dinero a ti y, si ese era el caso, ¿a cambio de qué?

—Dylan se refería a que mis padres habían donado material de buena calidad de su tienda para colaborar en la subasta y que sabía que para los pequeños negocios supone un esfuerzo deshacerse de algo valioso a cambio de nada. Aunque…

—¿Qué?

—Cuando te fuiste, Dylan sonreía demasiado y me insistió en que no me preocupara. Repitió que el dinero era para una buena causa y tuve la sensación… No sé cómo explicarlo. —Cathy intentó encontrar las palabras adecuadas para describir lo que pensó y sintió el día anterior—. Estaba demasiado exultante y antes de marcharse me dio las gracias por haberle dejado ayudar, porque también suponía un triunfo para él.

—Vi su sonrisa cuando descubrió que yo estaba tras la cortina. Cathy, lo conozco y sonrió porque sabía que yo había escuchado vuestra conversación. Créeme que lo planeó. Seguramente me hubiera buscado para decirme que habías aceptado dinero de él…

—Pero el dinero es para el pueblo —reiteró ella.

—Lo sé ahora, pero ayer él podría haberme convencido de que eras igual que Tara. Y el caso es que yo… lo pensé. Por eso me marché corriendo. Lo siento mucho, Cathy. Ojalá pudiera volver al día de ayer y quedarme para hablar contigo —se lamentó él.

A Cathy se le contrajo el corazón al escuchar a Eric. Había

asumido que ella era igual que la otra mujer que lo engañó, y no estaba bien, pero Cathy era empática por naturaleza y, además, conocía a Eric desde siempre.

—No estuvo bien lo que hiciste. Te fuiste sin darme tiempo a explicar lo que pasaba. ¿Cómo vamos a tener una relación de confianza si no hablamos cuando nos moleste algo? —preguntó ella.

—¿Tú… tú quieres seguir…? Es decir, ¿no quieres terminar nuestra relación?

Cathy sonrió con ternura y extendió el brazo agarrando una de las manos de él.

—Eric, te quiero —dijo con sencillez—. Te he querido desde siempre. Estoy enamorada de ti desde que éramos niños y no voy a permitir que un malentendido acabe con esto que, por fin, hemos empezado.

—Tú… ¿Me quieres? —preguntó Eric con voz temblorosa.

—Pues claro, bobo.

Eric se levantó de la silla con brusquedad y se dejó caer de rodillas ante ella. Le agarró el rostro entre las manos y la besó con una mezcla de pasión y adoración que hizo que las lágrimas que Cathy había estado reteniendo se deslizaran con suavidad por sus mejillas.

—Yo también te quiero, Cathy. Toda la vida te he amado y no puedo creer que me correspondas. Siento mucho lo de ayer, soy un imbécil, pero te prometo que no volverá a pasar —dijo Eric hablando con rapidez sin dejar de mirarla a los ojos—. Yo… No puedo vivir sin ti, Blancanieves —dijo en un susurro.

—Y no tienes que hacerlo. Estamos juntos, Eric, mientras los dos queramos estarlo. Solo habla conmigo, siempre que haya algo que te perturbe, te inquiete o te moleste. Dímelo. Siempre hemos podido hablar el uno con el otro, siempre hemos sido sinceros. No podemos dejar de ser mejores amigos porque seamos pareja —señaló ella.

—Tienes razón. Siempre has sido la más lista de los dos.

Cathy rio y tiró de él para que se levantara. Lo empujó con suavidad y Eric se sentó de nuevo en la silla. Lo vio llevarse una mano al bolsillo del abrigo y sacar una de sus galletas de jengibre.

—¿Qué haces con una galleta en el bolsillo?

—Es la de hoy. No me la he comido todavía porque pensé que no me la merecía, pero creo que ahora…

—Cómetela, te mereces tu día de Navidad.

—Necesito mi día de Navidad —la corrigió él.

Eric se llevó la galleta a la boca y gimió con el primer bocado. Cathy soltó una carcajada y lo observó masticar en silencio.

Una agradable calidez se extendió por su pecho y se dijo que todo estaba en su lugar y su mundo volvía a estar completo.

## 24 de Diciembre



Era Nochebuena y la fiesta en casa de los Anderson estaba en pleno apogeo.

Los padres de Cathy la organizaban todos los años e invitaban a medio pueblo. Los invitados siempre traían comida y bebida, dulces y tartas, aunque su madre siempre cocinaba sus platos favoritos. Decía que nunca había demasiada comida y la que sobraba se llevaba al albergue del pueblo para que se repartiera el día de Navidad entre los acogidos allí.

Cathy llevaba platos de la cocina a la mesa que se había colocado en un lado del salón y que servía de bufé. La gente reía y hablaba sin parar, la música navideña sonaba de fondo y, en general, todo el mundo estaba pasando un buen rato.

Divisó a Eric en un rincón, apoyado en la pared con Liam a su lado. Ambos parecían estar inmersos en una conversación seria y decidió que no permitiría que esa noche su novio se encerrara en sí mismo o se limitara a hablar solo con la gente con la que se sentía cómodo. Los vecinos no paraban de preguntarle a Cathy sobre él, todo el mundo quería hablar con el héroe del pueblo. Sabía que a Eric le molestaba que lo llamaran de esa forma, pero sus éxitos constituían motivo de orgullo para la gente de Shackleton. Él no era un millonario más puesto que su tecnología había mejorado la vida de muchas personas alrededor del mundo.

Dejó en la mesa el cuenco con salsa ranchera que llevaba en la mano y dirigió sus pasos hacia Eric y Liam, pero Damon la paró antes de que llegara al rincón donde estaban los otros dos hombres.

—¿Has visto a Seth? —le preguntó el hombre.

—¿A quién?

—Seth, mi asistente. Lo vi llegar a la fiesta hace una hora, pero no consigo encontrarlo.

Cathy miró a su alrededor intentando recordar el aspecto que tenía el asistente de Damon. Lo conocía porque había estado en la

tienda varias veces comprando material para hacer senderismo.

—Es un chico más joven que nosotros, ¿verdad? ¿Con el pelo castaño claro? —preguntó ella.

—Sí, y unos impresionantes ojos de un azul pálido que jamás había visto en mi vida —comentó Damon.

La chica lo miró con una ceja arqueada y el empresario carraspeó al tiempo que se sonrojaba.

—Creo que lo vi antes junto al ponche, pero fue hace un buen rato.

—Siempre me evita fuera del trabajo —se quejó él.

—¿Y por qué te evita Seth?

Damon fue a decir algo, pero el timbre de la puerta sonó y Cathy se disculpó con él. Miró a su alrededor, no localizó a ninguno de sus progenitores así que fue hacia a la puerta, preguntándose porque quién fuera que estuviera en el porche no entraba simplemente. Era una fiesta, la gente siempre iba y venía sin pararse a llamar al timbre.

Cathy abrió la puerta y se quedó de piedra al ver a Dylan en el porche.

—Buenas noches, Cathy.

—¿Qué haces aquí?

—Me enteré de que había una fiesta en tu casa y como necesitaba hablar contigo pensé que podía pasarme e intentar conseguir que me dedicaras unos minutos —explicó el hombre con una sonrisa.

Cathy miró a su espalda y comprobó que Eric no estaba a la vista. Salió al porche, cerrando la puerta tras ella y se arrebujó bajo su chaqueta de lana.

—Dylan, no tenemos nada de qué hablar y no entiendo por qué no te has marchado de una vez —le recriminó ella—. Sé lo que intentaste hacer en la subasta, pero no ha funcionado. Eric no quiere volver a San Francisco, ¿es que no puedes aceptarlo y seguir con tu vida? ¿Qué es lo que quieres de él?

El hombre resopló y se pasó las manos por el pelo.

—¿Es que no entiendes la cantidad de dinero que podríamos ganar Eric y yo si sigue trabajando en la empresa? —preguntó Dylan con expresión trastornada—. Lo que hemos conseguido hasta ahora es solo el principio, si continuamos con la investigación y desarrollo podríamos llegar a cualquier sector. Seríamos… los amos del mundo.

—¿Dinero? ¿Poder? ¿Eso es lo que buscas? —preguntó Cathy con asombro—. ¡Ya tienes ambas cosas!

—Pero podríamos tener mucho más.

—Estás desquiciado, Dylan —musitó ella y observó al hombre ante ella—. Debes irte, olvídate de Eric y de este pueblo. No vas a conseguir lo que pretendes.

—Te equivocas, yo siempre consigo lo que quiero —contestó él en

tono amenazante.

Dylan la agarró de los brazos y la pegó a él.

—¿Qué es lo único que ata a Eric con esta mierda de pueblo perdido en las montañas? Eres tú, ese es el único motivo —masculló él y apretó el agarre haciendo que el pánico se adueñara de Cathy—. Solo tengo que mostrarle que no vales nada, que eres una furcia más que busca dinero.

—¡Suéltame! —exclamó ella.

El hombre se inclinó sobre ella y posó sus labios con rudeza en los de Cathy. Esta se revolvió hasta que sintió que una mano tiraba de ella hacia atrás, separándola de Dylan.

—¡Déjala en paz! ¿Se puede saber qué haces?

Cathy miró al hombre que se había interpuesto entre ella y Dylan. Era Seth, el asistente de Damon.

—¿Y tú quién eres? ¿Otro niñato paleto de este pueblo? Vete por donde has venido y no te metas en los asuntos de los adultos —le espetó Dylan al tiempo que le dio un empujón.

Seth se balanceó, pero clavó los pies en el suelo y apretó los puños.

—Mira, no sé quién eres y no me importa, pero si ella no quiere que te acerques ni la molestes, lo mejor será que te vayas.

—¿Que me vaya?

Dylan levantó un puño y golpeó el rostro de Seth que cayó al suelo. Cathy gritó y se agachó junto al chico, quien se pasó la mano por la boca para limpiarse la sangre.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, no te preocupes.

Seth se levantó del suelo y se encaró con Dylan. Este intentó golpearlo de nuevo, pero el chico lo esquivó y agarró uno de los brazos del otro hombre sujetándolo a la espalda de este. Dylan consiguió soltarse y le golpeó las costillas.

Cathy se incorporó con rapidez y abrió la puerta.

—¡Ayuda! ¡Que alguien nos ayude!

Las conversaciones del interior parecieron detenerse y un ruido de pasos apresurados le hizo saber que alguien la había escuchado. Se giró hacia los hombres que peleaban en el porche y vio que Seth estaba en el suelo recibiendo patadas de Dylan. Cathy se acercó a este e intentó agarrarlo, pero el hombre la empujó y cayó al suelo golpeándose la cadera.

Varias personas salieron al porche. Reconoció las voces de Damon y Eric, también la de su padre. Alguien le pasó un brazo por la cintura y la ayudó a levantarse.

Miró a su alrededor y vio que Damon estaba en el suelo junto a Seth pidiendo a gritos que alguien llamara a una ambulancia. En el

otro extremo del porche, Mason, el jefe de policía, esposaba a Dylan y Liam y Bill, el padre de Eric, agarraban a este en un intento de que este no se abalanzara hacia su exsocio.

Suspiró aliviada de que la pelea se hubiera detenido. Sintió las piernas aflojarse y dejar de sostener su cuerpo, y entonces se hizo la oscuridad.



Una hora después de la visita de Dylan, las personas que quedaban en casa de Cathy y sus padres eran pocas.

Eric se paseaba por el salón de una pared a otra intentando controlar la rabia que lo recorría por dentro. Cathy estaba sentada en el sofá con su madre al lado, una manta sobre las piernas y un té caliente en las manos.

El jefe de policía se había marchado hacía un buen rato después de recoger los testimonios de todo el mundo. Damon acompañó a Seth en la ambulancia al hospital y el padre de Eric se marchó no sin hacerle antes prometer que le avisaría si surgía algo. Las amigas de Cathy se habían ofrecido a quedarse y pasar la noche con ella, pero esta lo descartó de inmediato diciendo que no estaba sola.

Una enorme mano se posó en el hombro de Eric y lo detuvo de su constante paseo por el salón.

—Vas a desgastar el suelo y tendré que venir a instalar un nuevo parqué para los Anderson.

La profunda voz de Liam lo calmó. Era su amigo, era conocido, era alguien a quien le importaba.

—Tengo que ir a la comisaría, necesito que me dejen ver a Dylan y…

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pegarle una paliza?

—Es lo menos que se merece. Lo que ha hecho…

—Lo sé. Seth está en el hospital y Cathy… Afortunadamente, ella está bien, aunque asustada solo tiene un pequeño golpe en una pierna. El desmayo fue por el estrés de la situación.

—¡Le puso las manos encima! —exclamó Eric llamando la atención de Cathy y su madre.

—No es culpa tuya —dijo ella.

—Yo debería haber estado contigo —se lamentó él.

—Eric, siéntate aquí con mi hija. Ven, Liam, vamos a ayudar a mi marido a recoger la cocina —dijo Mildred y desapareció por el pasillo junto a Liam.

Cathy le hizo una seña para que se sentara junto a ella. Eric obedeció y la abrazó con fuerza.

—Estoy bien, solo ha sido un susto.

—Lo siento tanto, Cathy. Solo te he causado dolor desde que llegué y es justo lo contrario a lo que pretendía hacer —se lamentó él —. No sé cómo ser un buen novio y, al parecer, tampoco puedo protegerte. Lo de Dylan es mi culpa, él te ha atacado para llegar hasta mí. Si lo tuviera frente a mí…

—No merece la pena, Eric. Dylan está enfermo y ahora tendrá su castigo y recibirá ayuda —lo tranquilizó ella.

—Dios, es que yo…

—¿Qué te parece si paso la noche en tu casa? —preguntó ella y Eric abrió mucho los ojos—. No quiero dormir sola y, aunque sé que a mis padres no le importa que duermas conmigo, mi cama es demasiado pequeña. ¿Qué opinas?

—¿Que qué opino? —preguntó él con incredulidad.

—No sé si quizás quieras estar solo esta noche.

—Yo siempre quiero estar contigo, tenerte a mi lado y despertar junto a ti es como estar en el cielo, Cathy —admitió él sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta—. Claro que quiero que vengas a casa conmigo, esta noche y todas las noches. Aunque no quiero precipitarme y no me importa esperar a que estés lista.

Cathy soltó una carcajada y lo miró con ternura.

—Lo siento, estoy divagando —se disculpó él y la miró a los ojos —. Coge lo que necesites y vamos a casa.

Ella se levantó y fue hacia la cocina, la escuchó hablar con sus padres y después subir la escalera. Liam se dejó caer junto a él en el sofá.

—Bueno, pues creo que mi trabajo aquí ha terminado.

Eric lo miró de reojo con el ceño fruncido y el hombre rio con ganas.

—No sé si quiero llegar a casa. A saber lo que mi hermano habrá hecho mientras yo no estaba. Quizá incluso haya montado su propia fiesta —dijo Liam con una mueca.

Le palmeó la espalda a Eric, se despidió de los Anderson y salió al exterior.

Cinco minutos después, Cathy entró en el salón seguida de sus padres. Estos los abrazaron a ambos y Eric sintió que el cariño por esa familia lo inundaba por completo. Se repitió que estaba en el lugar del mundo donde tenía que estar. Con el amor de su vida y rodeado de

personas que lo querían.

Salieron al porche, los Anderson se despidieron de ellos y ambos montaron en el coche de Eric. Este arrancó y condujo todo el trayecto sin dejar de tocar a Cathy porque necesitaba asegurarse de que ella se encontraba bien.

Llegaron a su casa y subieron a la habitación. Se cambiaron de ropa y usaron al baño. Arropados bajo las mantas, Eric abrazó por la cintura a Cathy y fue en ese momento cuando, por fin, sintió que la culpa se diluía un poco en su interior y recuperaba la calma.

## 25 de Diciembre



El día de Navidad amaneció nevando copiosamente. Cathy abrió los ojos y fijó la vista más allá del enorme ventanal que cubría una pared de la habitación.

Observó cómo la nieve caía con rapidez cubriendo los árboles y los arbustos que se extendían desde donde terminaba el jardín posterior de la casa hasta perderse por la ladera de la montaña más próxima.

La vista era espectacular, el bosque brillaba bajo la tenue luz del amanecer que, poco a poco, se abría paso en el cielo. Debía ser temprano, quizá alrededor de las siete y media. Al contrario de lo que pensó cuando se metió bajo las mantas, consiguió dormir toda la noche. Sentir a Eric a su espalda le dio la tranquilidad necesaria para conciliar el sueño.

La suave respiración de él en su cuello le hizo suspirar. El brazo de Eric le rodeaba la cintura y, aunque era pesado, suponía para ella seguridad y hogar. Quería despertar a su lado todos los días del resto de su vida.

Con mucho cuidado y moviéndose despacio se alejó del cuerpo de Eric, levantó el brazo y abandonó la cama. Fue de puntillas al baño y cerró la puerta tras ella. Vació la vejiga, se lavó los dientes y la cara, y regresó a la habitación. Se sorprendió al encontrar a Eric sentado en la cama.

El hombre parecía sacado de un catálogo de ropa interior. Con los ojos entrecerrados por el sueño, el pelo despeinado y el torso desnudo, Eric era el hombre más atractivo que Cathy había visto nunca y casi un mes después de que hubiera regresado a su vida seguía preguntándose cómo era posible que Eric sintiera por ella lo mismo que Cathy sentía por él.

—Durante un momento he entrado en pánico pensando que te habías ido sin avisarme. Entonces he escuchado el sonido de la cisterna —dijo él con voz rasposa.

—Necesitaba usar el baño con urgencia.

—Ven aquí.

Cathy regresó a la cama y se metió bajo las sábanas, acurrucándose contra el cálido cuerpo de él.

—¿Has dormido bien?

—Sí. ¿Y tú? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

—Por extraño que parezca, no me he despertado ni una sola vez. Creo que…

Eric dejó la frase a medias y fijó la mirada en un punto distante del exterior. Cathy esperó con paciencia, dándole tiempo a organizar sus pensamientos.

—Lo de anoche fue terrible, Cathy, y jamás me perdonaré por ello, pero de alguna forma… Creo que sirvió para poner punto y final a mi vida en San Francisco.

—Yo estoy bien y el mensaje que Damon te envió anoche decía que Seth estaba estable y consciente.

—Lo sé, pero nadie debería haber sido atacado por una persona a la que pensé que conocía —se lamentó él—. Conozco a Dylan desde hace años, siempre supe que el éxito y el dinero eran importantes para él. Jamás pensé que llegara a ese punto y me pregunto si no se ha metido en algún lío. Vi desesperación en sus ojos.

—Mason dijo antes de irse que le harán una evaluación psiquiátrica antes de llevarlo ante el juez. Si tiene algún trastorno mental, lo sabremos.

—Si tiene problemas de dinero no quiero saber nada de él, Cathy. Nada justifica su comportamiento de anoche. Cuando pienso que Seth está en el hospital…

—No es tu culpa, pero se me acaba de ocurrir una idea. Bajemos a desayunar y te la cuento mientras me preparas tortitas.

—¿Tortitas? Pensé que la experta repostera eras tú —dijo él.

—Sí, pero tus tortitas saben mejor que las mías.

Eric puso los ojos en blanco, pero asintió y salió de la cama. Fue al baño y se puso ropa cómoda, Cathy decidió quedarse en pijama y bajaron a la cocina.

Mientras él preparaba las tortitas, la chica se acercó al árbol de Navidad y vio que había muchos regalos bajo este.

Se agachó para comprobar los nombres que había en las etiquetas y se sorprendió al ver que Eric había comprado regalos para tantas personas. Estaban los padres de ella, el padre de Eric, Damon y Liam, pero también el alcalde, Seth, Teddy, Connor y varias de las amigas de Cathy. Ni siquiera sabía que Eric conociera a estas últimas por nombre.

Con los ojos húmedos regresó a la cocina y se sentó en uno de los taburetes. Miró al hombre que tenía frente a ella y se le derritió el corazón al saber que había pensado en todas las personas a las que

conocía a la hora de comprar regalos de Navidad. Había tanta bondad en Eric que le enfurecía el hecho de que alguien como Dylan se hubiera cruzado en su camino causándole tanto dolor.

Tragó con dificultad el nudo que se le había formado en la garganta y sonrió.

—Sobre la idea que he tenido…

—Dime —dijo él sin girarse.

—¿Podrías llamar a Damon y preguntar cómo se encuentra Seth? Lo haría yo, pero no tengo su número.

Eric se dio la vuelta y le hizo un gesto con la cabeza señalando su móvil, el cual estaba en una esquina de la encimera de la cocina.

—El pin de desbloqueo es tu cumpleaños. Solo el día y el mes.

Cathy abrió la boca, pero fue incapaz de decir nada. Negó con la cabeza mientras sonreía. Agarró el teléfono, lo desbloqueó y buscó entre los contactos a Damon. Marcó el número y el hombre contestó al segundo tono.

—Hola, Eric.

—Hola, Damon. Soy Cathy, le he tomado prestado el teléfono a Eric.

—¡Cathy! Me alegro de escucharte, ¿cómo estás?

—Estoy bien, gracias. Quería saber cómo se encuentra Seth.

—Un momento.

Cathy escuchó un murmullo de voces y una puerta cerrándose.

—¿Cathy?

—Sí, sigo aquí.

—He salido al pasillo porque no quería despertar a Seth —dijo Damon—. Dentro de la gravedad de lo ocurrido, se encuentra bien. Está estable, tiene una fractura en el antebrazo izquierdo, las costillas magulladas y, por suerte, no ha sufrido traumatismo craneal. Al principio, los médicos pensaron que quizás los golpes podrían haberle causado una conmoción cerebral por el aspecto de la cara… —Damon se detuvo y Cathy lo escuchó resoplar, cuando habló la voz del hombre era apenas un susurro—. Pensé que lo había matado, Cathy. Cuando me agaché junto a él y vi la sangre, yo… Pensé lo peor.

—Lo siento mucho, Damon —dijo Cathy, acongojada. Seth parecía un chico muy dulce y no se merecía lo que le había pasado—. Estoy segura de que se recuperará completamente y podrá volver a hacer senderismo.

—¿Seth hace senderismo?

—Sí. Ha estado un par de veces en la tienda —contestó ella.

—No tenía ni idea —musitó Damon.

—¿Crees que le apetecería compañía esta tarde? Se me ha ocurrido que Eric y yo podríamos ir al hospital y… Llevarle la Navidad a Seth. Es un día especial y nos encantaría acompañaros.

Eric la miró desde el otro lado de la isla de la cocina y le sonrió. Le puso un plato delante con una montaña de tortitas y le sirvió una taza de café.

—Eso sería estupendo —dijo Damon al otro lado del teléfono.

—Por supuesto será solo un rato y si no se encuentra bien, o está cansado, nos iremos.

—Muchas gracias, Cathy. Es…

—No hay que darlas. Te avisaremos antes de salir de casa.

Intercambiaron un par de frases más y Cathy se despidió del hombre. Le contó a Eric el estado de Seth y este asintió en silencio. Tomó asiento junto a ella y comenzó a dar cuenta de sus tortitas.

—Está bien, Eric. Seth es joven y no tiene nada grave.

—No debería estar en un hospital el día de Navidad —aseveró él.

—Por eso vamos a llevarle la Navidad allí, para que pueda disfrutarla. Y nos iremos en cuento nos lo pida.

—Está bien. Es… un detalle muy bonito, Cathy.

El hombre se inclinó hacia ella y la besó. Sus labios sabían a sirope de arce y a Cathy le pareció el mejor beso del mundo.

—Por cierto, te queda una galleta, ¿verdad?

—Sí, pero no me la voy a comer.

—¿Ya te has cansado de comer galletas de jengibre? —se burló ella.

—Jamás —dijo él de forma tangente—. Pero la que queda es para Seth.

Cathy sonrió, besó a Eric en la mejilla y pinchó un trozo de tortita que le supo mejor que cualquier otro manjar exquisito que pudiera existir en el mundo.



Por suerte, a Seth lo habían instalado en una habitación individual lo que facilitó el despliegue de comida que Eric y Cathy llevaron con ellos

Damon salió a recibirlos y Eric se alegró de ver que su amigo no tenía tan mal aspecto como había esperado.

—¿Cómo está? —preguntó Eric.

—Bien, está despierto y ya me ha echado de la habitación tres

veces.

Cathy rio y besó en la mejilla a Damon.

—Voy a entrar e ir colocando esto —dijo ella señalando las bolsas que llevaba.

Eric miró a su amigo, este resopló y se dejó caer en una de las sillas de plástico que había a unos metros de la entrada a la habitación.

—Es una suerte que hayan podido darle una habitación individual.

—He tenido que sobornar al director del hospital —aclaró Damon.

Eric no pudo evitar soltar una carcajada y se cubrió la boca con rapidez mirando a su alrededor. La enfermera que estaba en el mostrador cercano lo miró mal y él le dedicó una mirada compungida.

—No te rías, Eric. Me he comprometido a organizar una recogida de sangre en la empresa. Vendrá personal sanitario para gestionar las donaciones, así que tendré que convencer a mis trabajadores de que donen sangre. Quizá tenga incluso que ofrecerles a cambio un incentivo o algo —se quejó Damon—. También se espera que haga una donación económica para el ala de oncología del hospital.

Su amigo puso los ojos en blanco y Eric se cubrió la boca con la mano una vez más en un intento de retener la risa que amenazaba con escapársele.

—Piensa que es por una buena causa y Seth está más cómodo estando solo en la habitación.

—En realidad, no me molesta. Lo importante es que él esté bien y que se recupere. Cada vez que lo miro a la cara yo…

La voz de Damon se quebró.

—¿Qué es lo que hay entre tú y Seth? —preguntó Eric.

En ese momento, Cathy asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—La comida se va a enfriar.

—Enseguida vamos —contestó Eric y miró a su amigo—. La conversación sobre Seth queda pendiente, pero no pienses que te vas a escapar.

Ambos hombres se levantaron y entraron en la habitación. Seth estaba en la cama con la espalda incorporada y miraba el plato que le había servido Cathy con gesto interrogante. El chico tenía un brazo escayolado y gran parte de la cara inflamada. Parecía mucho más joven de lo que Eric pensó el día que lo conoció.

—¿Cuántos años tienes, Seth?

El aludido y Damon lo miraron con diferentes grados de extrañeza, Cathy simplemente sonrió.

—Tengo veinticuatro años —contestó el chico en voz baja.

—Le he explicado a Seth que hemos venido para celebrar la Navidad con él. La comida es de mi madre así que puedo asegurar que es deliciosa —explicó Cathy—. Te he puesto guisantes en el plato,

pero en realidad no sé si te gustan. A Eric no le gustan demasiado, pero se los come cuando viene a casa de mis padres —dijo ella.

—Si tu madre me ofrece guisantes, yo me los como. Jamás le haría un desaire de ese tipo —gruñó Eric.

—¿A tus padres no les ha importado que no celebréis la Navidad con ellos? —preguntó Seth.

—Todo lo contrario —contestó Cathy—. Querían venir, pero no sabíamos si habría problemas con el hospital.

—Yo me hubiera hecho cargo de ello —afirmó Damon.

—Sí, Damon es experto en hacerse cargo de todo —refunfuñó Seth.

Damon tomó asiento en la silla que había al lado derecho de la cama y le dirigió una mirada de frustración a su asistente.

Eric se sentó a los pies de Seth, con cuidado de no rozarlo y Cathy lo hizo en la silla que había en el lado izquierdo.

—Déjame que te ayude —dijo Damon y cogió la cuchara del plato de Seth.

—Puedo comer solo. Te he dicho varias veces que soy diestro y la fractura la tengo en el brazo izquierdo —dijo el chico molesto.

—Está bien. —Damon levantó las manos en señal de rendición y volvió a tomar asiento.

Cathy repartió la comida en los otros tres platos que había llevado, les dio los cubiertos a Eric y Damon, y comenzó a charlar entre bocado y bocado. Le habló a Seth del pueblo, le preguntó desde cuándo llevaba trabajando para el aserradero y sobre su familia. A esta última cuestión el chico no contestó y Cathy cambió con rapidez de tema.

—Damon, tendrás que buscarte a alguien mientras Seth no pueda trabajar —señaló Eric.

—Podré trabajar en cuanto me dejen salir de aquí —dijo Seth.

—No vas a trabajar mientras estés lesionado. Tienes que recuperarte completamente —manifestó Damon de forma tajante.

Seth frunció el ceño y Eric observó divertido a los dos hombres.

—Como he dicho, soy diestro y mis piernas están bien. Por lo tanto, puedo trabajar. Tengo un alquiler que pagar y comida que comprar para alimentarme.

—Teddy mencionó que vives con él —intervino Cathy.

—Sí, somos compañeros de piso. Nos conocimos en la universidad y… cuando necesité un lugar en el que quedarme me ofreció su casa —explicó Seth y a Eric no se le escapó la pausa en la última frase.

Alguien golpeó la puerta y, a continuación, Liam entró en la habitación. Llevaba en las manos un recipiente de cristal y sonreía de oreja a oreja.

—¡Feliz Navidad a todos!

—¡Liam! ¡Qué sorpresa! —exclamó Seth devolviéndole la sonrisa.

Eric paseó la mirada de su amigo al chico y, después, se fijó en que Damon apretaba los dientes.

—Cathy me dijo que habíais organizado una pequeña reunión, así que he venido a compartir mi famosa tarta de zanahoria.

—Me encanta la tarta de zanahoria —dijo Seth.

—Lo sé —respondió Liam y le guiñó el ojo.

—Yo he traído un postre especial para Seth —dijo Eric con timidez.

Los demás lo miraron expectantes y Cathy lo animó a seguir con un gesto de la cabeza.

—Es la última de las galletas de jengibre de las que me hizo Cathy el primer día de mi regreso a Shackleton —explicó él—. Me he comido una cada día porque así la sentía cerca de mí, incluso cuando no estaba con sus galletas ella traía la Navidad a mi vida. —Eric suspiró y miró a su novia a los ojos.

»He tenido veinticuatro días de Navidad gracias a Cathy, pero hoy no necesito comerme esta galleta. Porque es Navidad, ella está a mi lado y estoy rodeado de mis amigos. Así que esta galleta es para Seth, porque él necesita sentir la Navidad hoy más que nunca y para que sepa que siempre estaremos cerca si nos necesita.

Cathy se levantó de un saltó y se abalanzó hacia él. Lo besó con pasión y Eric sintió que las lágrimas de ella le empapaban sus mejillas.

—Pensé que se le daba mal hablar en público —murmuró Liam.

Eric rio y abrazó a Cathy. Miró a sus amigos y le tendió la galleta a Seth, que se limpiaba las lágrimas en ese momento. Damon miraba a su asistente embobado y Liam se apoyaba en la puerta, cruzado de brazos y sonriendo.

Pensó que no se había equivocado al volver a Shackleton y que estaba exactamente en el lugar donde tenía que estar. Sus veinticinco días de Navidad habían sido maravillosos y pensaba repetirlos todos los años a partir de ese momento.

En realidad, con Cathy junto a él, todos los días serían tan extraordinarios como si fuera Navidad. Y Eric estaba deseando vivirlos y empezar su nueva vida junto a ella.

# EPÍLOGO

## ENERO



Cathy entró en la cafetería, saludó desde la puerta a Teddy que estaba tras la barra y paseó la mirada por el establecimiento. Localizó a Seth sentado en la mesa del fondo y caminó hacia allí.

—¡Hola! ¿Qué tal estás?

—Me gustaría que todo el mundo dejara de preguntarme cómo estoy cada cinco minutos —contestó Seth.

—Oh, vaya.

El chico se sonrojó y suspiró.

—Lo siento, Cathy. Es que… —Apoyó el codo derecho en la mesa y se sujetó la cabeza con la mano—. Damon me está volviendo loco. Todas las noches viene a casa, si es temprano aparece con la cena para los tres. Creo que Teddy ha debido engordar cinco kilos desde que salí del hospital —explicó Seth—. Y si es demasiado tarde para cenar, entonces trae el postre o cualquier cosa que se le ocurra. Tengo ocho tipos diferentes de cremas para los hematomas de la cara —recalcó él.

Cathy no pudo evitar soltar una carcajada.

En ese momento, Teddy dejó una taza de chocolate caliente delante de ella y Cathy consiguió dejar de reír para darle las gracias. Este tomó asiento en la silla que había libre entre ellos dos.

—¿Qué es tan divertido?

—Seth me estaba hablando de la estupenda farmacia que tiene en casa.

—Ya veo —dijo Teddy arqueando una ceja.

—Ni se te ocurra —le advirtió Seth.

—¿Qué? No he dicho nada.

—Pero vas a decirlo.

—No sé a qué te refieres —se defendió Teddy—. El hecho de que un hombre guapo, interesante y rico sea también atento y dulce, se preocupe por tu bienestar y te haya asegurado varias veces que no vas

a perder tu trabajo… En fin, no tiene por qué ser un tema tabú a tratar en conversaciones con amigos. En este caso, Cathy que es quien está con nosotros.

Seth le dirigió una mirada asesina a su amigo que hizo que ella riera de nuevo.

—Por lo que me cuenta Eric, Damon siempre ha sido así. Es atento con aquellas personas a las que aprecia.

—Pero yo solo soy su empleado —dijo Seth.

—Eso no significa que no pueda sentir cariño por ti —señaló Cathy—. Shackleton, aunque es un lugar turístico, es también un pueblo pequeño. Todos nos conocemos y ayudamos, para mí no hay otro sitio mejor para vivir.

—Ni para mí tampoco —dijo una voz a su espalda que hizo que todos se giraran.

Eric sonrió, se acercó a Cathy y depositó sus labios sobre los de ella. Fue solo apenas un roce, pero suficiente para arrancarle a la chica un suspiro. Su novio agarró una silla de la mesa más cercana y tomó asiento junto a ella.

—¿Cómo estás, Seth?

Este esbozó una mueca y negó con la cabeza.

—Estoy bien —afirmó él—. ¿Podrías decirle a tu amigo que deje de llamarme, visitarme y, en general, acosarme?

—¿Te refieres a Damon? —preguntó Eric confuso.

—¡Claro!

—Pero lo hace porque se preocupa por ti. Todos lo hacemos, lo que te pasó…

—Eric, por favor, no volvamos a eso de nuevo. Ya te has disculpado suficientes veces —le interrumpió Seth—. Yo solo quiero retomar mi vida. En unos días me quitarán la escayola del brazo y las costillas apenas me molestan. Los hematomas de la cara casi han desaparecido… Solo quiero volver a hacer vida normal. ¿Tan difícil es de entender? —preguntó el chico a nadie en particular.

Cathy bebió de su taza y saboreó el chocolate. Teddy le dedicó una mirada compasiva a su amigo y Eric pareció reflexionar sobre las palabras de Seth.

—Cathy, ¿has pensado en lo que te dije sobre las galletas?

—Pues la verdad es que no sé…

—Lo hará —la cortó Eric de forma tajante.

—¿Perdón?

—Te encanta la repostería y es una buena oportunidad para que tus galletas se den a conocer —explicó Eric—. Teddy las venderá en su cafetería y será un negocio estupendo para ambos.

—No sé si voy a tener tiempo. La tienda de mis padres…

—Podrían contratar a alguien para que les ayude —sugirió Teddy.

—La tienda no es tan rentable como para permitir contratar a nadie más —dijo Cathy.

—Yo podría invertir en el negocio —dijo Eric.

Cathy lo miró sorprendida, pero el asombro se diluyó con rapidez. Por supuesto que Eric se ofrecería a ayudar. Su mejor amigo, y ahora también novio, siempre había tenido un corazón bondadoso.

Cuando Cathy se mudó a su casa dos semanas antes, justo con la llegada del nuevo año, Eric le aseguró que se dedicaría el resto de su vida a hacerla feliz. El hombre seguía culpándose de lo sucedido con Dylan, a pesar de que tanto como ella y Seth le habían insistido en que no era culpa de él.

—Está bien, hablaremos con mis padres —accedió Cathy.

—Estupendo, cuando lo hayas decidido, házmelo saber —dijo Teddy, que se levantó de la silla y volvió a su puesto tras la barra.

El teléfono de Seth sonó, este lo sacó del bolsillo de su abrigo y miró la pantalla. Frunció el ceño y resopló. Se levantó de la silla con brusquedad y musitó algo entre dientes.

—Me marcho, necesito que me dé el aire, aunque sea helado —dijo Seth.

Besó a Cathy en la mejilla y le estrechó la mano a Eric. Con paso rápido abandonó la cafetería.

—Me gustaría saber qué es lo que pasa entre Damon y Seth.

—A mí también y eso me recuerda que tengo una conversación pendiente con Damon —dijo Eric.

Cathy lo miró y sonrió. Enero estaba siendo un mes muy frío, no había dejado de nevar desde Nochevieja, pero a ella no le importaba. Cada vez que miraba a su novio o este le dedicaba una sonrisa, su corazón se calentaba y el amor que sentía por él le recorría el cuerpo.

Le encantaba la Navidad y el invierno, pero ahora todas las estaciones serían especiales porque Eric estaría a su lado.

Miró a su novio y sonrió, apoyó la cabeza en el hombro de él y dejó que el olor de Eric le inundara los sentidos mientras se sentía la persona más feliz del mundo.

# AGRADECIMIENTOS

**¡FELIZ NAVIDAD!**

Espero que hayáis disfrutado con esta historia. Me encanta la Navidad y quise escribir algo que fuera bonito, dulce y lleno de momentos especiales. Espero haberlo conseguido, me encantará saber qué os ha parecido la historia de Eric y Cathy.

Muchas gracias a los sospechosos habituales: mi familia de seis, las autoras que me apoyan y con las que puedo contar siempre, el diccionario de la RAE, a los fabricantes de café y, sobre todo, a mis queridas lectoras. Agradezco cada mensaje, comentario y opinión que me hacéis llegar.

Y para finalizar, os deseo que paséis una fantástica Navidad. Que todos vuestros deseos se hagan realidad y, especialmente, que seáis muy felices.

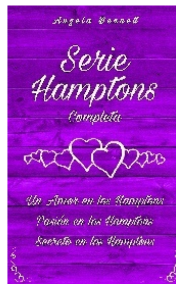
Hasta el próximo libro.

# OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Serie Hamptons:




Serie Hamptons Completa:




Serie Lobos de Montana:




Otros:



## SIGUE A LA AUTORA EN REDES

 Angela Bennett - Autora

 @angelabennett.author